

# *Me quiero, más a mí*

*Tamara Marín*



ME QUIERO MÁS A MÍ

*Tamara Marín*

**Me quiero más a mí**

Octubre 2018

© de la obra Tamara Marín

tamaramarin0403@gmail.com

Instagram: [@tamaramarin04](#)

Twitter: [@tamaramarin04](#)

Facebook: [Tamara Marín](#)

Edita: [www.mundopalabras.es](http://www.mundopalabras.es)

contacto@mundopalabras.es

Tel: 944 06 3746

Diseño de cubierta y maquetación:

Nerea Pérez Expósito de [www.imagina-designs.com](http://www.imagina-designs.com)

ISBN: 978-84-949165-5-7

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

*Me parecía imposible quererte tanto como la quería a ella.  
No podía dividir mi corazón.  
Pero me di cuenta poco a poco de que el corazón no se divide,  
simplemente se hace más grande.*

*Eres la pequeña de la casa, sin embargo, sé que harás grandes cosas.  
Tu sonrisa conquistará el mundo, pero si no lo hace, sigue sonriendo.  
Disfruta de cada momento, aunque si no puedes, no te agobies.  
No te conformes, o confórmate, pero que sea porque quieres.  
Sé feliz, pero si lloras no pasa nada.  
Quiere mucho, aunque si alguna vez odias, no te castigues por ello.  
Que el miedo no te paralice, pero si lo hace, seguro que seguirás avanzando.  
Enamórate, y si no es de otra persona, que sea de ti misma.  
Y ahora recuerda bien esto:  
De todo lo que te he dicho, puedes no hacer caso de nada, aunque hay una palabra que me  
gustaría que guiara tu vida.  
Sé LIBRE de hacer siempre lo que quieras.*

*Firmado: Mamá*

A mis hijas (aplicable a todos los niños y todas las niñas del mundo)

*Que nadie os diga jamás hasta dónde podéis llegar. Porque no es verdad.  
Vosotras llegaréis donde os propongáis.  
Así que soñad bonito y hacedlo en grande.*

*Firmado: Mamá*

# Índice

[Final de No soy una princesa](#)

[Prólogo](#)

[1. Yo](#)

[2. Mi sueño](#)

[3. Alba, Raquel y yo](#)

[4. La entrevista](#)

[5. ¿María?](#)

[6. Nuestra eterna discusión](#)

[7. Rodrigo](#)

[8. Mi familia](#)

[9. Pena y rabia](#)

[10. El viaje](#)

[11. ¡Vámonos!](#)

[12. El viaje](#)

[13. México](#)

[14. La noche](#)

[15. Dejarse llevar](#)

[16. Abrazos, besos, sol y agua](#)

[17. La cena](#)

[18. Volver](#)

[19. Mi realidad](#)

[20. El compromiso](#)

[21. Mi padre](#)

[22. No, no y no](#)

[23. Mi abu](#)

[24. El ramo](#)

[25. ¿Cómo hemos llegado a esto?](#)

[26. Enfadado](#)

[27. ¿Por ser mujer?](#)

[28. Lo que me faltaba](#)

[29. Nueva York](#)  
[30. O luchaba por ella o la dejaba marchar](#)  
[31. Día de cine](#)  
[32. El pasado siempre vuelve](#)  
[33. Mi casa](#)  
[34. Soy un tío paciente](#)  
[35. Álex](#)  
[36. La cena con Alba](#)  
[37. El secreto de Raquel](#)  
[38. Somos amigos. Nada más](#)  
[39. Los cachorros](#)  
[40. La cita](#)  
[41. Mi primera boda](#)  
[42. Alba y sus planes](#)  
[43. El estreno](#)  
[44. El beso](#)  
[45. Siempre ella](#)  
[46. Hacer algo al respecto](#)  
[47. Me quiero más a mí](#)  
[48. Cásate conmigo porque...](#)  
[49. Papá](#)  
[50. La cena de la abu](#)  
[51. La noche antes de la boda](#)  
[52. Mi hija](#)  
[Epílogo](#)  
[Nota de la autora](#)  
[Agradecimientos](#)

## *Final de No soy una princesa*

*Actualidad  
Olivia*

María había llegado rarísima de la entrevista que tantas ganas tenía de hacerle a aquel actor. Entró en la habitación que siempre dejábamos preparada para cuando quería quedarse a dormir y yo me dirigí a la cocina. Preparé mojitos —sabía que íbamos a necesitarlos — y me fui hacia allí.

Me la encontré sentada en la cama, tesa como un palo. Sentí una pena infinita por mi niña; se había convertido en la mujer perfecta, pero sus ojos solo reflejaban tristeza.

—Hola, cariño. Te he preparado un mojito, ¿quieres?

—Pues no sé, no debería, pero es que te salen buenísimos. Vale, pero solo uno.

Ella siempre tan bien peinada, tan erguida, tan responsable, tan comedida. No podía evitar echarme parte de culpa por todo eso.

—Lo sé, solo uno. Y ahora, ¿podrías explicarme qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Vamos, cariño, seguro que sabes hacerlo mejor. Llevas más de una semana preparándote para la entrevista, tanto informándote de todo lo referente a ese actor como arreglándote, parecía que ibas a entrevistar a un premio nobel. Y ahora llegas hecha un manojo de nervios y pretendes que crea que no te pasa nada.

—Es un poco largo de explicar.

—Tengo toda la tarde. Hugo está de guardia y la *abu* y Manolo se han llevado a Natalia al cine. Además, hay ingredientes suficientes para hacer mojitos para un regimiento. Así que desembucha.

—¿Recuerdas a Álex, aquel chico de mi colegio que fue conmigo a Londres?

—Sí, lo recuerdo. —Se me puso la piel de gallina.

—Pues cuando llegué a Londres...

CONTINUARÁ...

# Prólogo

*Diez años antes*

Mi madre se pensaba que yo era tonta. Después de tanto tiempo pidiéndole que me dejara ir a Londres, ahora le entraban las prisas, y pretendía hacerme creer que era porque a mí me apetecía. A veces las madres se piensan que no nos enteramos de nada. Eso sí, yo no podía estar más feliz. Por si el hecho de que iba a pasar una temporada en un país extranjero, lejos de las faldas de mamá, fuera poco, en este viaje coincidía con Álex.

¡Ay, Álex! Me tenía loca; lástima que nos tuviera locas a mí y al resto de chicas del instituto. Y es que era guapísimo: alto, moreno, ojos verdes... y aunque sacaba muy buenas notas tenía una especie de halo de rebeldía que aún hacía que estuviéramos más coladas por él. Bueno, no todas estábamos enamoradas de Álex, el único caso que se salvaba de su hechizo era mi amiga Alba, que decía que tenía pinta de macarra, desequilibrado, y que para eso ya estaba ella. Y tenía mucha razón, no conocía a nadie más desequilibrado que Alba.

Había sido una pena que no hubiera podido venir conmigo en este viaje, la iba a echar mucho de menos.

Me despedí de mi madre lo más rápido que pude, ya que me daba miedo que se arrepintiera en el último momento y no me dejara ir. Me dio pena verla así, y más sabiendo que algo le pasaba; algo como para mandarme a Londres con tanta urgencia.

Cuando llegué al avión me tocó sentarme al lado de Raquel, una compañera de mi instituto a la que no conocía mucho porque iba a otra clase. Nos pasamos todo el viaje hablando y se me hizo muy corto. Álex estaba dos asientos por delante de mí. A su lado iba Miriam, una chica guapísima de su clase con la que se rumoreaba que salía. Yo preferí no mirar.

Cuando llegamos al colegio donde íbamos a pasar el siguiente trimestre lo primero que hicieron fue agruparnos y enseñarnos

nuestras habitaciones. Tuve la suerte de que me tocó compartir cuarto con Raquel. Los días empezaron a pasar con la misma monotonía que en Madrid, solo que estaba lejos de casa y, aunque me costaba reconocerlo, echaba mucho de menos a mi madre.

Un día al salir de clase vi a Álex apoyado en la pared, parecía que estaba esperando a alguien. Me quedé muy sorprendida cuando me di cuenta de que se dirigía hacia mí.

—Hola; perdona, eres María, ¿verdad?

—Sí. —Estaba tan cortada que me costó hasta que me saliera un «sí».

—Yo soy Álex, quería preguntarte algo. Verás, me han dicho que se te dan muy bien las mates, y me gustaría saber si podrías echarme una mano. En Madrid tenía algunos problemas con ellas, pero si encima me las explicas en inglés, ya es cuando no pillo nada.

—Claro. —Me salió una risa de lo más escandalosa y rara. Que me tragara la tierra, por favor.

—Si quieres podría pagarte. Entiendo que sea un rollo dar clases de algo que tú ya dominas y no necesitas practicar.

—No te preocupes, nunca está de más practicar.

—Estupendo, quedamos el jueves en la biblioteca a las seis; si te va bien, claro.

—Sin problema. —Como si me hubiera dicho a las tres de la mañana en Marte, habría ido donde él me dijera.

—Estupendo, em...

—María.

—Eso, María, pues nos vemos el jueves.

Me quedé allí parada casi sin poder respirar. No me lo podía creer, ¿de verdad iba a estar una hora a solas con Álex? Tenía ganas de chillar. Aún faltaban dos días para que llegara el jueves, así que lo mejor era que me lo tomara con calma.

Los dos días siguientes pasaron lentos y aburridos, pero por fin había llegado el esperado jueves. Nada más acabar la última clase recogí mis cosas lo más rápido que pude, lo metí todo en la mochila sin ni siquiera guardar las hojas en la carpeta. Cuando vi que los papeles se estaban arrugando, preferí no mirar. No me gustaba hacer

las cosas así, pero tenía mucha prisa. Me estaba poniendo la mochila cuando me llamó el profesor, no podía ser más oportuno. Estuvo un cuarto de hora hablándome sobre mis capacidades, nada que no me hubieran dicho en Madrid; por lo visto yo era bastante inteligente. Le di la razón en todo y salí corriendo hacia la biblioteca.

Álex estaba sentado en una mesa, con cara de andar bastante mosqueado. Hasta con esa cara estaba guapísimo. Tenía que tranquilizarme, lo último que quería era que Álex se diera cuenta de que estaba colada por él.

—Hola, Álex. Perdona, es que el profe Taylor no me dejaba irme.

—No pasa nada; pensaba que te habías olvidado, pero ahora que ya estás aquí podemos empezar.

A partir de ese día le di clases a Álex de manera habitual y poco a poco fuimos conociéndonos. Me enteré de que no salía con Miriam, aunque no era por falta de ganas de ella.

Álex me contó que sus padres lo habían cambiado de ambiente para ver si mejoraba sus notas; aunque eran bastante buenas, ellos querían más. Su hermano, que era un año mayor que él, por lo visto era un cerebritito y sus padres esperaban lo mismo de él. Lo último que quería Álex era complicar su estancia en Londres saliendo con alguien.

Con el paso de los días me di cuenta de que a Álex se le daban fatal las mates, así que decidimos vernos tres veces por semana. Nuestra relación se fue estrechando. Normalmente estudiábamos como mucho una hora, las siguientes dos horas nos las pasábamos explicándonos nuestras vidas. Lo que nos gustaría ser, lo que nos preocupaba...

—Lo que tengo clarísimo es que no quiero seguir los pasos de mi madre, la sangre me da grima; además, a mí lo que me atraen son los números, así que me gustaría hacer alguna ingeniería, pero aún no me he decidido por ninguna.

—No tendrás problemas en ser lo que quieras, conozco a poca gente tan inteligente como tú. No quiero que te rías, pero a mí lo que de verdad me gustaría sería ser actor.

—¿Y por qué iba a reírme? Cada uno puede hacer con su vida lo que quiera, y puedes dedicarte a lo que más te guste. Si eso es ser actor, pues perfecto.

—La gente suele reírse de mí cuando lo digo, por lo que he optado por no explicarlo. Siempre me dicen lo mismo, y que conste que soy consciente de que es difícilísimo abrirse paso en ese mundillo, más aún si no tienes detrás a algún padrino o alguien famoso que te apoye. Pero eso no me quita ni la ilusión ni las ganas. No soy de los que se rinden. Y encima en mi casa todavía es peor, porque no quieren ni oír la palabra «actor». Mi padre tiene una empresa y quiere que mi hermano y yo nos hagamos cargo de ella. He terminado por no sacar el tema, por no discutir.

Me quedé un rato mirándolo y siendo consciente de que lo iba a tener difícil para dedicarse a lo que quería, pero no pensaba ser yo quien le quitara ni un ápice de ilusión. Asentí con la cabeza y él sonrió. Ese simple gesto calentó algo dentro de mí. Le devolví la sonrisa, pero se me borró de golpe cuando lo vi acercarse. ¿Iba a besarme?

Antes de darme cuenta sus labios se pegaron a los míos. Fue un beso tierno y bastante dulce, hasta que empezó a coger otro cariz, y se transformó en apasionado y salvaje. Álex lo cortó mucho antes de lo que me hubiera gustado, pero es que estábamos en la biblioteca. Fue apartándose de mí mientras refunfuñaba algo. Yo aún me quedé unos instantes más con los ojos cerrados, saboreando el momento.

Esperé unos días por si él sacaba el tema del beso, pero no volvimos a hablar de aquello, aunque nuestra relación cada día se estrechaba más.

Siempre que quedábamos conversábamos sobre mil cosas sin que los temas se acabaran nunca. Cada día que pasaba me gustaba más Álex, y no sabía qué hacer con semejante cúmulo de emociones. Tenía diecisiete años y tantos sentimientos que me veía totalmente desbordaba.

Llevábamos un mes quedando prácticamente todos los días. Aquel día nuestras charlas fueron interminables, como siempre, así que se nos hizo tan tarde que nos cerraron la biblioteca. Decidimos ir a

terminar el ejercicio que estábamos haciendo a su habitación. Cuando llegamos y la puerta se cerró detrás de mí, empecé a ponerme nerviosa. Nos encontrábamos solos en su habitación y a mí todo aquello me pareció muy íntimo.

—No creo que podamos permanecer mucho rato aquí, ya sabes que está prohibido que chicas y chicos estén en el mismo dormitorio.

—Y la señorita Ramírez no hace nada prohibido, ¿verdad?

—No es eso, pero preferiría que no nos alargáramos mucho.

—Vamos, María, tranquilízate. De vez en cuando va bien relajarse un poco. —Me guiñó un ojo y me dejó sin respiración.

Nos sentamos en el suelo, saqué todos los apuntes y empecé a explicarle el ejercicio que nos faltaba, pero me di cuenta de que, como muchas otras veces, Álex no miraba la hoja, sino que me estaba mirando a mí.

—Álex, ¿has entendido algo de lo que te he dicho?

—La verdad es que no. Me estaba fijando en que eres bastante guapa.

—Déjate de tonterías y estate por lo que tienes que estar.

Álex soltó una carcajada con la que no pude evitar sonreír.

—¿Siempre hablas así?

—¿Así cómo?

—Como si fueras mi madre.

Fue acortando la distancia que nos separaba; me centré en sus ojos para tranquilizarme, pero cuando sus labios se pegaron a los míos los cerré para saborear el montón de sensaciones que me hacía sentir. Nos pasó exactamente lo mismo que en la biblioteca, la diferencia era que en esos momentos estábamos solos en su habitación. El beso pasó a ser demasiado apasionado y antes ni siquiera de saber lo que estaba haciendo me había puesto a horcajadas encima de él. Cuando Álex pasó su mano por debajo de mi blusa y tocó mi pecho algo en mí se incendió.

No era tonta, tenía diecisiete años, no era la primera vez que un chico me besaba, pero Álex había despertado algo en mí que hasta ese momento ni siquiera sabía que existía. Algo que era muy difícil de explicar, un calor intenso que recorría toda mi piel. Allí donde él

me tocaba, sentía que me quemaba. Una sensación de querer pegarme tanto a él que nos fundiéramos el uno con el otro. Un deseo de algo que no sabía ni lo que era.

Nuestras ropas desaparecieron poco a poco, nos pusimos de pie sin separar nuestras bocas y fuimos caminando sin apartarnos el uno del otro, hasta que terminamos tumbados en la cama.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Yo de lo único que estaba segura era de que no quería que parara. Entonces se me iluminó la bombilla.

—Si no tienes preservativos, no. —Lo vi dudar un momento.

—Yo no tengo, pero creo que Ramón sí.

Se levantó y abrió la mesita de noche que había junto a la otra cama, sacó un envoltorio plateado y volvió a su cama conmigo.

—¿Estás segura, María? —Su voz sonaba rara, me pareció que era una mezcla de preocupación y deseo.

—Sí, pero ve con cuidado.

—¿No querrás decir que tú nunca...?

—Yo nunca me he acostado con nadie.

Vi cómo paraba lo que estaba haciendo, tragó saliva con dificultad y me miró con una cara que no supe interpretar.

Fue muy delicado conmigo en todo momento. No sentí ese dolor tan intenso del que hablaban todas mis amigas, fue más bien una pequeña molestia, pero lo que sí pude sentir fue el placer más grande que había experimentado nunca. Guardé esa noche en mi memoria como la más bonita de mi vida.

Unas horas más tarde desperté sobresaltada; miré el reloj que había en la mesita de noche, eran casi las tres de la madrugada. Me había despertado un ruido. Recogí toda mi ropa y me metí en el lavabo para poder vestirme, ya que en la habitación casi no veía y no quería encender la luz y despertar a Álex, que dormía profundamente. No podía creerme que hubiera pasado, ¡CON ÁLEX! Estaba en una especie de nube y con una sonrisa tan grande en la cara que me dolía la mandíbula.

Pude oír cómo alguien entraba en el cuarto y me tensé. Si algún profesor me pillaba en la habitación de Álex a esas horas, me

expulsarían sin pensarlo y mi madre me mataría. Oí cómo encendían la luz y cómo Álex refunfuñaba.

—¿Qué cojones ha pasado aquí, Álex? —No reconocí la voz, pero por la manera de hablar supe que no era un profesor.

—¿Puedes apagar la luz de una vez?, quiero dormir. —La voz de Álex era pausada y algo pastosa, claramente aún estaba algo dormido.

—¡No me jodas que eso es un condón!

—Mmmm...

—Al final te has tirado a Miriam.

—No, Miriam no.

—¿Entonces?

—María.

—¿María? ¿Qué María?, ¿la Granos? No me jodas que teniendo a Miriam te tiras a la Granos. Tú eres tonto, tío; si tan salido ibas hubieras esperado a estar con Miriam, que está mucho más buena. Bueno, es igual, si te dio el calentón pues ya está. Mañana me cuentas todo con detalle, que esta noche estoy molido y necesito meterme en la cama ya. Aunque no me puedo creer que te hayas tirado a la larguirucha esa... En fin, buenas noches.

Se hizo el silencio y yo me quedé con la camiseta a medio poner sin darme cuenta de que unas enormes lágrimas caían por mi cara. Esperé a escuchar la respiración profunda de los dos. Acabé de vestirme y salí de la habitación lo más rápido que pude e intentando no hacer ruido. Milagrosamente llegué a mi cuarto sin cruzarme con nadie, ni siquiera Raquel se dio cuenta de que me metía en la cama.

Lloré durante bastante rato, quería soltarlo todo esa noche para que a la mañana siguiente nadie pudiera ver en mí el más mínimo rastro de pena. Me levanté por la mañana con una pequeña molestia entre las piernas, pero no quise darle más vueltas. Había sido una estúpida pensando que para Álex habría significado lo mismo que para mí. Él podía tener a la chica que quisiera. Yo era la Granos, la Larguirucha, el Palo, etcétera. ¿Cómo había podido pensar ni por un momento que se hubiera fijado en mí?

Álex. ¿Cómo lo sacaría de mi cabeza después de la noche que habíamos pasado? No quería manchar esa noche con lo que ahora sabía que Álex pensaba de mí, quería guardármela para siempre en lo más profundo de mi corazón.

Estaba acabando de peinarme cuando picaron a la puerta.

—María, ¿puedes abrir tú?

A Raquel le costaba muchísimo arrancar por las mañanas. Me dirigí a la puerta; ¿y si fuera Álex, que venía a pedirme perdón?

—Buenos días, ¿señorita Ramírez? —No era Álex.

—Sí, soy yo.

—Tiene una llamada urgente en la secretaría.

Me asusté; ¿quién me llamaba a recepción, pudiendo llamarme al móvil? Entonces caí en la cuenta de que la noche anterior no lo había puesto a cargar, seguramente lo tendría sin batería. Cuando acabé de hablar subí a mi habitación un poco impactada. Mi madre estaba en el hospital. Tía Laura no me había explicado mucho, pero yo sabía que no me llamaría si no fuera algo grave.

Los profesores me dieron permiso para no asistir ese día a las clases. Estaba muy afectada por lo de mi madre, me había dado mucha rabia que mi tía no me explicara las cosas como eran, sabía que había sido mucho más grave de lo que ella me había dicho. ¿No se daban cuenta los adultos de que haciendo eso lo único que conseguían era preocuparnos más? Aunque ese no era el verdadero motivo por el que me había encerrado en mi habitación; si soy del todo sincera, estaba escondiéndome de Álex. No tenía ganas de verlo, no tenía ganas de darme cuenta de que todo lo que dijo su amigo la noche anterior en su habitación también era lo que él pensaba.

No fue el caso; esa misma noche me llamó mi madre, me explicó con todo lujo de detalles lo que le había pasado y me dijo que había reservado un vuelo para mí, que salía a primera hora de la mañana siguiente. Volvía a Madrid. No supe si eso me alegraba o me entristecía. Por una parte, quería ver a mi madre y huir de Londres, pero por otra me hubiera encantado que las cosas con Álex fueran

como habían sido la noche anterior. Sin embargo, lo que no podía ser no podía ser, así que hice mi maleta y pasé la noche en vela.

Los siguientes días en Madrid me sentí rara; menos mal que tenía a Alba y pude explicarle todo lo que me había pasado, por lo menos me desahogué. Aunque Alba tampoco era de mucha ayuda.

—Ya te decía yo que ese tío era gilipollas, y como no tiene tías detrás se tiene que aprovechar de ti.

—Alba, no se aprovechó de mí.

—Bueno, es igual, y encima ni te llama ni nada; lo que te digo, es un creído y un prepotente.

—Hasta hace unos días decías que era un macarra, pero que te caía bien. Y cómo va a llamarme si no tiene mi número.

—Pues ahora me cae como el culo. Ya sé que no tiene tu número, pero podía haberlo conseguido, ¿no?

—Eso sí.

Las siguientes semanas fueron una locura. Era el último trimestre y estábamos de exámenes. Como Álex acababa ese año el instituto ya no volvería a verlo más por allí. Por una parte sentía alivio y por otra mucha pena, tenía un montón de sentimientos contradictorios. Me moría de ganas de verlo, pero mi parte cobarde rehuía ese momento.

Un año después me tocó a mí hacer los exámenes finales. Los aprobé sin problemas con unas notas impresionantes y me apunté a la carrera de Periodismo. Decisión que sorprendió a todo el mundo, porque yo era buenísima con los números. Lo que nadie sabía era que desde hacía un año odiaba las matemáticas.

Estuve muy pendiente del móvil durante mucho tiempo después de la noche que pasé con Álex en Londres. No supe nada más de él.

# 1. Yo

*Unos años más tarde*

Salía de casa de mi madre. Cuando acabé la entrevista fue el primer sitio donde me llevaron mis piernas, como si tuvieran vida propia.

Me había desahogado con ella y bebido bastantes más mojitos de los que hubiera querido cuando llegué. Le expliqué todo lo que me había pasado en Londres. Todo lo que había vivido con Álex y cómo me había sentido. Hacía tanto tiempo que lo tenía guardado en lo más profundo de mí que me costó volver a recordarlo. Pero creo que estoy empezando mal. Voy a empezar por el principio.

Me llamo María, tengo casi veintiocho años y he tenido una vida relativamente fácil, a pesar de las circunstancias que la rodean.

Mi madre perdió a sus padres en un accidente de coche antes de cumplir los dieciocho años. Al poco tiempo se quedó embarazada de mí siendo poco más que una niña. Mi padre biológico resultó ser un... casi nunca encuentro las palabras apropiadas para describirlo. La cuestión es que maltrataba a mi madre y esta huyó de su lado antes de que yo naciera.

Nunca conocí a mi padre biológico y mi madre y su mejor amiga, Laura, fueron las que me criaron. Lo hicieron lo mejor que pudieron, aunque arrastro unas cuantas manías que me gustaría no tener.

Mi madre, Olivia, se vio involucrada en un caso policial en el que querían atrapar a mi padre biológico. Al final lo cogieron. El policía encargado de llevar el caso era Hugo. Olivia se casó con Hugo y tuvieron a Natalia, mi hermana. Natalia y yo tenemos una relación más bien distante, creo que se debe al montón de años que nos llevamos y a que yo no pongo mucho de mi parte para verla con más frecuencia, aunque siempre digo que cambiaré eso.

Hugo y yo siempre nos hemos llevado de maravilla. Él ha sabido llenar ese hueco que siempre tuve al faltarme la figura paterna. Sin embargo, si tengo algo que agradecer al destino es que pusiera en mi

camino a Vicenta, la madre de Hugo y mi Abuela. Todos formamos lo más parecido a una familia tradicional, si bien esa palabra no encaja para nada con mi abuela.

Mi mejor amiga es Alba. Nuestra amistad ha ido creciendo a medida que lo hacíamos nosotras.

Yo llevaba algún tiempo trabajando en uno de los periódicos más importantes de Madrid. Mi trabajo no me entusiasmaba, pero cobraba un sueldo a fin de mes y por aquel entonces pensaba que con eso era suficiente.

Por aquel entonces Rodrigo era mi pareja; en realidad solo había tenido una relación seria y había sido con él. Llevábamos saliendo bastantes años, y a pesar de que nuestra relación no pasaba por su mejor momento, le tenía cariño. Sí, lo sé, he dicho cariño y no amor, pero es que me ha salido así.

En resumen, era la chica perfecta, con una vida perfecta y un novio perfecto. Pero había algo en mí que se rebelaba ante tanta perfección. Y es que por aquel entonces yo pensaba que tener un buen trabajo, una pareja a tu lado y una vida organizada era suficiente para ser feliz. Hoy lo pienso y me da la risa.

## 2. Mi sueño

*Volvía del aeropuerto mucho más tarde de lo que tenía previsto. El avión se retrasó y yo estaba deseando llegar a casa, sentarme en el sofá y descansar un poco. Había pasado la última semana fuera, rodando una película de acción que había sido bastante más dura de lo que pensaba. Tenía todo el cuerpo magullado y lleno de arañazos, pero había valido la pena.*

*Me costó muchísimo llegar hasta donde estaba. El principio había sido especialmente difícil, ya que no conocía a nadie y era un actor más, entre muchos otros. Hasta que no me dieron una oportunidad no pude demostrar nada. El camino había sido lento y lleno de obstáculos, por eso saboreaba cada momento que vivía.*

*Al final perseguí mi sueño de niño y conseguí convertirme en un actor reconocido. Y aunque no había sido fácil, soy de los que piensan que si quieres algo tienes que luchar por ello. No estaba en mi manera de ser rendirme a la primera de cambio.*

*Por fin abría la puerta de mi casa. Respiré hondo reconociendo el olor a hogar. Ir de vacaciones a un hotel estaba bien, pero pasar más tiempo en hoteles que en mi propia casa era una mierda. Dejé la maleta a un lado, ya la desharía al día siguiente, en ese momento estaba demasiado cansado.*

*Al poner las llaves en la mesa de la entrada me fijé en la foto que estaba encima de esta. En ella aparecíamos mis padres, mi hermano y yo. Acabábamos de salir del estreno de mi primera película. Todos estaban bastante serios menos yo, que tenía una sonrisa de oreja a oreja. Como era de esperar, mi familia no se había tomado muy bien mi decisión de ser actor, aunque poco a poco empezaban a aceptarlo.*

*Por si no fuera suficientemente difícil abrirse paso en este mundo, hacía algún tiempo que había despedido a mi representante, después de enterarme de que se estaba agenciando más dinero del que le correspondía; que me estaba robando, vamos. Así que decidí que la persona que ocupara su lugar tendría que ser alguien de mi entorno. Elegí a mi hermano, pese a que estaba casi seguro de que me respondería que no, ya que trabajaba en la empresa familiar y siempre iba a tope de curro. Me sorprendió que ni siquiera se lo pensara antes de decirme que sí. También he de decir que, aunque en un principio tuve mis dudas respecto a la gestión de Mario llevando a cabo un trabajo que no conocía, resultó ser todo un acierto.*

*Tenía la vida que siempre había soñado y mucho más. Tenía éxito, una casa increíble, dinero y de alguna manera también tenía a Macarena. No obstante, desde hacía algún tiempo tenía la sensación de que me faltaba algo.*

### 3. *Alba, Raquel y yo*

Hacía unas semanas que mi jefe me había llamado para encargarme un trabajo. Tenía que hacer una entrevista al actor Álex Rodríguez. No suelo hacer ese tipo de trabajos, ya que me dedico a la sección de economía, pero me lo pidió como un favor personal. Y yo no sabía decir que no.

Recuerdo que al escuchar el nombre del actor al que tenía que entrevistar no pude moverme de la silla durante más de cinco minutos. Mi jefe se asustó. No era persona de montar numeritos, ni desmayarme ni cosas dramáticas, así que el pobre Tomás no sabía dónde meterse. Una vez repuesta, acepté el trabajo. Más que aceptar de lo único que fui capaz fue de afirmar con la cabeza.

Me levanté lo más digna que pude, me disculpé para ir al baño y me senté en una taza de váter intentando respirar pausadamente, cosa que me costó muchísimo. No podía decir en el trabajo que no me encontraba bien, no lo había hecho nunca, así que pasé el día como pude.

Al salir me fui directa a mi casa, no quería pasar por casa de Rodrigo y que notara mi malestar. Entré en mi piso y fui directa al sofá, necesitaba sentarme, las piernas me fallaban desde hacía horas.

—¿¡Qué haces!?

—Madre mía, qué susto me has dado. Sentarme en el sofá, estoy cansada.

—¡Venga va! Todos los días cuando llegas dejas tu maletín perfectamente colocado encima de la mesa de la entrada, te quitas la chaqueta y la dejas colgada con mucho cuidado en una percha que tienes reservada para ti en el perchero, para que no le salga ni una arruga. Es enfermizo, lo sé, pero has hecho eso hasta cuando has llegado con fiebre. Así que voy a por unos chupitos y me cuentas.

—Alba, ¿cómo vas a ir a por unos chupitos? Son las siete de la tarde.

—¿Y qué? Los chupitos se sirven en vasos tan pequeños que entran como si nada a cualquier hora ¡¡Raquieeeel, ven al comedor, que tenemos código rojo!!

Como habréis podido deducir compartía piso con la loca de Alba y con Raquel.

Cuando Raquel volvió de Londres, nos matriculamos juntas en Periodismo. Nos hicimos bastante amigas, a pesar de que no teníamos las mismas pandillas. Y a pesar de que me llevaba muy bien con ella nunca tuve ni la confianza ni la complicidad que tenía con Alba. Aunque desde luego había sido un acierto haber elegido a Raquel para compartir piso, porque la convivencia con ella era de lo más fácil. Alba era mi mejor amiga y la conocía desde siempre, si no, hubiera sido impensable irme a vivir con alguien como ella; era un auténtico desastre.

Las vi sentarse en la mesa, a Raquel bastante más seria de lo normal, en realidad llevaba un tiempo un poco apagada. En otro momento tendría que hablar con ella.

Alba llevaba tres vasos y una botella; ¿de verdad se pensaba que íbamos a ponernos a beber chupitos a esas horas?

—Vamos, desembucha, ¿quién quiere uno?

—Yo no —contesté en un tono que me sonó repipi hasta a mí.

—A mí ponme uno, si María no ha colgado la chaqueta al entrar es que algo gordo le pasa.

Llenó los tres vasos, le pasó uno a Raquel y los otros dos se los bebió ella.

—Alba, a este ritmo a las diez estarás borracha.

—Pues me acuesto y andando, y no cambies de tema; ¿qué te pasa?

—Pues nada, Tomás me ha encargado que le haga una entrevista a Álex.

—Álex, ¿qué Álex?, ¿tu Álex?

—Yo no tengo ningún Álex, yo solo tengo un Rodrigo.

—Rodrigo es gilipollas.

—Alba, no empieces, lo único que te pido es que no hables mal de él delante de mí, creo que no es pedir demasiado.

—Lo sé y lo siento, es que me sale solo; es una persona tan machista, prepotente, pedante, egocéntrica...

—¡Alba!

—Perdón, empiezo y no puedo parar. ¿Otro chupito? Hablar de Rodrigo... me da sed, por no decir asco, náuseas, repugnancia... Ya parooo. Venga, explica lo de la entrevista.

Decidí no hacer caso a todo lo que Alba había dicho sobre Rodrigo y me limité a contestarle. El ambiente se estaba tensando y Raquel se levantó y trajo un vaso de agua para ella y otro para mí. Aunque la pobre ya estaba acostumbrada a nuestras discusiones y sabía que no llegaban a nada, seguían sin gustarle.

—No hay mucho más que explicar; tengo que hacer una entrevista a Álex, punto.

—María, cariño, y ¿cómo te ha afectado eso? Desahógate. —Esa era Raquel, Alba no era tan delicada hablando.

—No me ha afectado para nada. Hace más de diez años que pasó lo de Álex. Diez años en los que no he sabido nada de él. Lo tengo superado, yo ya tengo mi vida, le haré una entrevista y continuaré con ella como si nada.

—Eso no te lo crees ni tú. Por una vez en tu vida podrías ser sincera, y no digo que lo seas con nosotras, podrías ser sincera contigo misma.

—Alba, tú y yo no vemos la vida de igual forma, nunca nos pondremos de acuerdo en algo como esto.

—No pretendo ni mucho menos que nos pongamos de acuerdo, lo único que te digo es que analices todo lo que te ha pasado hoy, y que pienses qué hacer con eso.

—No pienso hacer nada. Álex salió de mi vida hace diez años, ahora estoy con otra persona a la que quiero.

Alba se atragantó con el chupito; ¿era el quinto o el sexto? Había perdido la cuenta. No quería tener esa conversación con ella, no me apetecía para nada discutir.

—Vale, María, me niego a seguir hablando de esto, haz lo que tú creas que tienes que hacer.

Raquel nos miraba como si estuviera viendo un partido de tenis, pero es que Alba y yo no nos parecíamos en nada y siempre acabábamos igual. No había problema entre nosotras mientras no se pronunciara el nombre de Rodrigo, es más, siempre pensé que nos complementábamos muy bien: Alba me daba ese punto de locura del que yo carecía por completo y yo le daba a ella un poco de cordura, o por lo menos lo intentaba. Pero en el momento en que aparecía el nombre de Rodrigo éramos incapaces de hablar sin acabar riendo.

Alba y Rodrigo no se podían ni ver, era mutuo. Eran dos personas totalmente diferentes.

Rodrigo tenía el pelo y los ojos negros, era muy guapo y su apariencia era extremadamente sobria. Analista de bolsa, era un hombre muy responsable, un poco frío, algo egocéntrico, con innumerables compromisos y que le daba muchísima importancia a la apariencia. Siempre iba de traje y muy bien arreglado, y esperaba lo mismo de la gente que lo rodeaba.

Alba era cariñosa, espontánea, alocada, bebía a deshoras y era incapaz de mantener la boca cerrada, no tenía ningún filtro en el momento de decirte algo. Pelirroja, con un cabello imposible de domar, vestía con ropa «poco adecuada», según decía Rodrigo.

Desde el mismo día en que los presenté, no habían encajado, por decirlo de una manera suave. Habían intentado evitarse durante un tiempo, pero un día Rodrigo criticó abiertamente su manera de vestir y Alba lo mandó a la mierda, después de darle un discurso sobre los derechos de la mujer en el que incluía que ningún tío, y menos él, podía decirle cómo tenía que ir vestida. Cuando acabó se dio media vuelta, no sin antes hacerle un corte de mangas.

Después de eso intentaban coincidir lo menos posible. Eran la cara y la cruz, y yo siempre estaba en medio. Era una pena, porque Alba tenía un montón de cosas que me encantaban y, en cierto modo, nos complementábamos. Y en el fondo Rodrigo no era mal tío.

Saqué a Rodrigo y Alba de mi cabeza y decidí irme a mi cuarto a preparar la entrevista que tendría con Álex. Cuando me puse a darle vueltas a todo, las palabras de Alba calaron en mí; nunca supe cómo lo hacía, pero siempre conseguía que me pasara eso.

Intenté ser sincera conmigo misma y analizar cómo me afectaba aquella situación. Fui incapaz de llegar a alguna conclusión, quizá porque no quería que me afectara de ninguna manera, no quería que después de tantos años Álex apareciera otra vez y desestabilizara la vida que yo tenía formada. Así que me puse a investigar un poco sobre él y a preparar el encuentro.

Cada vez que leía una noticia de Álex no podía evitar sentir cierto orgullo, al final había conseguido lo que se propuso siendo apenas un adolescente. Era un gran actor, con un montón de premios y mucho reconocimiento. Como bien me dijo hacía ya muchos años, no debió ser fácil para él, pero persiguió su sueño y lo consiguió.

Cuando apareció la primera foto y su cara ocupó toda la pantalla de mi ordenador, un calor de lo más extraño recorrió todo mi cuerpo. Por mucho que me costara, y aunque me negara a reconocerlo, aquello iba a ser difícil.

## 4. *La entrevista*

Esa mañana me levanté mucho antes de que sonara el despertador. En realidad, nunca lo dejaba sonar, pero ese día estaba en pie una hora antes.

No quería darle mucha importancia, pero había llegado el momento; el gran día en el que vería a Álex por primera vez después de diez años. Bueno, en realidad nunca lo perdí la pista, cómo hacerlo si prácticamente cada semana estaba en alguna revista del corazón.

La noche anterior había elegido la ropa que me podría. Iba a ser una profesional en todo momento, incluso con el vestuario, y pese a que yo siempre vestía de manera elegante, para aquella ocasión lo haría incluso más.

Casi no había podido dormir dándole vueltas a todo. Al final llegué a la conclusión de que no iba a decirle a Álex quién era. Total, yo había cambiado mucho en esos diez años y él no me reconocería. No quería tener una conversación personal con él, no tenía ganas de remover el pasado y mucho menos quería oír de su boca que lo que pasó diez años antes había sido una cosa de críos, o lo que era peor, que lo considerara un error.

Yo había guardado esa noche en un rinconcito de mi corazón y la recordaba con mucho cariño, no quería que viniera él a ensuciarla con sus palabras. Así que iría a su casa, le haría la entrevista y sería la profesional que era con todo aquel al que entrevistaba. Todo esto me lo decía a mí misma mientras me aplicaba el maquillaje y las manos me temblaban sin que pudiera hacer nada por controlarlas.

De camino a casa de Álex, me puse la música del coche a todo volumen y canté gritando una de mis canciones favoritas, esto siempre me ayudaba a liberar tensión. Llegué mucho antes de la hora prevista y decidí hacer tiempo en el coche repasando las preguntas que le haría.

Cuando fue la hora, salí del coche y respiré profundamente para tranquilizarme. Mientras caminaba hacia su domicilio, me pregunté qué sentiría al verlo después de tanto tiempo. Me paré unos metros antes de llegar y observé que tenía una casa enorme, quizá de construcción algo moderna para mi gusto, pero era bonita.

Llegué a la puerta y piqué sin pensar, me daba la sensación de que si lo hacía daría media vuelta y le diría a mi jefe que le diera el trabajo a cualquier otro. Pero yo no era así y jamás haría eso. Así que hice otra inspiración profunda y me preparé para volver a ver a Álex. Estuve esperando en la puerta bastante rato y por un momento pensé que me había equivocado, incluso miré la dirección para estar segura. Mientras lo hacía, la puerta se abrió y mi mente se quedó en blanco.

Ahí tenía a Álex, más guapo que nunca, con cara de sueño y sin camiseta. Y por fin supe que hay sentimientos que por mucho que quieras ocultar acaban saliendo. Álex fue mi primer amor. Y aquello no iba a ser difícil, aquello iba a ser un infierno.

## 5. ¿María?

*Esa mañana tenía otra entrevista. Era lo que menos me gustaba de mi profesión: la promoción, publicidad, entrevistas... Había acabado acostumbrándome, pero no me agradaba nada. Cuando acababa la entrevista siempre se me ocurrían respuestas mucho más originales, divertidas o que me parecían mejores que las que había dado en su momento. Pero bueno, eso también formaba parte de mi trabajo y no podía hacer nada.*

*Estaba recién levantado. No me había sonado el despertador y acababan de picar al timbre. Seguro que era el periodista, era la hora exacta a la que habíamos quedado. Mi casa era un poco difícil de localizar porque el número no se veía bien, casi todo el mundo que iba por primera vez solía retrasarse. No había sido así en esta ocasión, y encima se me habían pegado las sábanas e iba tarde.*

*Habíamos decidido hacer la entrevista en mi casa. Al principio de mi carrera las hacía en cualquier local o cafetería, pero ahora la gente me reconocía y era imposible, nos interrumpían todo el tiempo. Bajé las escaleras frotándome la cara, ni siquiera me la había lavado; los dientes sí, pero muy rápido para no tener al reportero más tiempo esperando. Cuando ya casi había llegado al final de las escaleras, me di un golpe en el dedo pequeño que me hizo cagarme en todo. Siempre que me pasaba esto me decía mentalmente que tenía que comprarme unas zapatillas para caminar por casa, aunque sabía que no lo haría nunca; me encantaba andar descalzo.*

*Abrí la puerta y me desperté de golpe, se me fue hasta el dolor del dedo. Lo último que esperaba encontrarme era a una mujer tan espectacular, y eso que intentaba esconder su aspecto detrás de unas gafas de pasta enormes, un moño de lo más estirado y un traje de chaqueta con una camisa abrochada hasta el cuello; ¿podría respirar? La vi ponerse roja hasta las orejas y pensé que se trataba de otra fan.*

*—Hola, encantado de saludarte, soy Álex. Pero pasa, no te quedes en la puerta.*

*—Hola, ¿sueles recibir a tus visitas en pantalón de pijama?*

*—En realidad estás en mi casa, puedo recibirte como quiera; pero no, normalmente voy más vestido. Si te incomoda subo a ponerme algo más.*

*—A mí me da igual lo que lleves, solo vengo a hacerte una entrevista.*

*Definitivamente no era una fan y la apariencia encajaba a la perfección con el carácter, era una estirada.*

—Siéntate donde quieras, voy a ponerme una camiseta.

Fui a ponerme algo encima, no por ella, sino porque su mirada de desaprobación me hacía sentir incómodo. La vi sentarse en una silla y me dio miedo que se rompiera; ¿cómo podía sentarse tan tiesa?

Cuando bajé, la mesa estaba perfectamente compartimentada: bolis ordenados, hojas colocadas, ordenador encendido... Uff, vaya mañana me esperaba.

—¿Te apetece algo de beber?

—No, gracias. —Ni siquiera giró la cabeza, seguía ordenando los bolis, era imposible que estuvieran más alineados.

—Pues si me disculpas voy a por un café con un chorrito de algo fuerte.

—Vale, iré preparando esto.

—Estoy segurísimo de que lo tienes más que preparado.

Ahora sí que se giró, su mirada por poco me mata, y me pareció reconocer a alguien en su rostro. Deseché esa idea, aquella chica era guapísima y además un incordio; la recordaría, seguro.

Me puse un café muy cargado; a diferencia de lo que pensaba todo el mundo y yo no me preocupaba en desmentir, hacía años que no probaba el alcohol. Me senté frente a ella, que no había movido ni un solo músculo en el rato que había estado en la cocina. ¿Esta chica era real o un robot?

Empezó la entrevista sin mirarme a la cara, y mientras ella ojeaba los apuntes y leía algo de forma monótona, un recuerdo vino a mi cabeza, un recuerdo de hacía bastante tiempo, de cuando estudiaba en Londres. Por aquel entonces yo era un crío que estaba colado por una chica desgarbada llamada María. Recuerdo perfectamente la alegría que me dio saber que también viajaba a Londres.

No sabía qué hacer para coincidir con ella, ya que yo iba un curso por encima, así que dediqué un montón de tiempo a darle vueltas a la manera de poder estar los dos solos. Lo único que se me ocurrió fue inventarme que iba mal en matemáticas. Una mentira monumental, ya que los números se me daban muy bien, pero la cosa funcionó. Ella accedió a darme clases de repaso y yo me pasé todo lo que duraban estas estudiándola a ella. Pasamos mucho tiempo juntos. El único inconveniente fue que conocerla mejor solo me sirvió para colarme aún más por ella. Todo el mundo decía que María no era guapa, pero yo siempre le vi algo, era muy inteligente y conectamos muy rápido. Las horas con ella se me pasaban sin apenas darme cuenta. Quizá que fuera la única que parecía no estar loca por mí también ayudaba. Con ella podía hablar sobre todos los temas sin que se sonrojara y fuera incapaz de contestarme o sin que me diera la razón en todo. Con María me sentía bien. Recuerdo cómo en la primera «cita» que

tuvimos incluso llegó tarde. Puso de excusa que la entretuvo un profesor, pero no acabé de creérmelo. Desde luego que loca por mí no estaba. Después de la primera noche que pasamos juntos le faltó tiempo para salir corriendo y nunca más supe de ella.

Sacudí la cabeza dejando a un lado mis pensamientos. La chica que me estaba haciendo la entrevista me miraba como si esperara mi respuesta.

—Perdona, es que estaba pensando en otra cosa; ¿decías...?

—Si tengo que repetirte todas las preguntas, no acabaremos nunca.

Esa simple frase, dicha de esa manera, que parecía que estuviera echándome la bronca, me hizo acordarme de algo.

—Te pareces a mi madre hablando. Por cierto, ¿cómo has dicho que te llamas? —Se me había puesto la piel de gallina.

—No lo he dicho, pero tampoco creo que eso sea relevante.

Estaba empezando a mosquearme, porque además la chica que tenía frente a mí era impresionante; había algo en ella que me recordaba a María, que fuera tan esquiva no hacía más que inquietarme.

—¿Me puedes decir tu nombre, por favor? —La vi dudar un momento y rendirse; aunque ella se negara a decírmelo, para mí sería fácil de averiguar.

—María.

—¡¡No me jodas!!

—No es mi intención. ¿Podemos continuar con la entrevista, por favor?

No se había inmutado lo más mínimo, solo la vi un poco desconcertada, pestañear unas cuantas veces y todo en ella volvía a ser normal. Con normal me refiero a no mover ni un músculo. Aún seguía petrificada en la silla. Sufría por ella, estar tanto tiempo como una estatua debía de ser de lo más incómodo.

Era obvio que ella no quería que la reconociera, y me hubiera resultado prácticamente imposible si no llega a ser por una expresión en sus ojos que me resultó familiar. La María que yo conocí diez años atrás era una adolescente llena de granos, larguirucha y sin formas. La mujer que tenía delante era impresionante y no podía tener más curvas. Estaba claro que tampoco quería hablar de lo que había pasado entre nosotros, así que intenté mantener la calma, contestar a todo lo que me preguntaba y la despedí en la puerta. Me iba a acercar a darle dos besos, pero ella me tendió la mano.

Cerré la puerta entre cabreado y alucinado. Podía haberme dicho que era ella, podíamos haber hablado un poco del tiempo pasado, no sé, algo más que ese distanciamiento frío que había estado presente durante toda la entrevista. Aunque hacía ya diez años, habíamos vivido momentos de la hostia. ¡Joder!, si hasta nos habíamos acostado juntos, y pese a que después salió corriendo y nunca más supe de

*ella, recuerdo aquella noche como una de las más tiernas de mi vida. Me había acostado con muchas mujeres después, pero lo vivido en aquella habitación lo guardaba en un sitio aparte, ya que no había sido solo sexo.*

*Bueno, por lo menos tenía una cosa clara: esa no sería ni mucho menos la última vez que vería a María, de eso ya me encargaría yo.*

## 6. *Nuestra eterna discusión*

Habían pasado varios días desde mi entrevista a Álex, y hacía exactamente los mismos días que no veía a Rodrigo. Así que esa misma noche habíamos quedado para ir al teatro. Me sentía cansada y no me apetecía nada ir, pero no podía seguir evitando a Rodrigo o al final se daría cuenta de que algo me pasaba, y si bien en realidad no tenía nada que esconderle, prefería no explicarle nada de Álex.

Estaba acabando de maquillarme cuando oí que alguien llegaba.

—María, ¿estás en casa?

—Sí, estoy en el lavabo, ahora mismo salgo.

Me coloqué bien el pelo, retoqué mi maquillaje y me alisé el vestido. Cuando salí al comedor, Alba estaba sentada en la mesa con una botella de vino frente a ella.

—¿Un mal día?

—No, en realidad estoy celebrando que José y yo vamos a dejar de acostarnos juntos.

—Demasiado te ha durado. Por más que lo pienso no entenderé nunca esa obsesión tuya por salir con veinteañeros.

—Claro que no lo entenderás nunca, porque nunca te has acostado con un tío de veinte años que aguanta toda la noche y que lo hace como si no hubiera un mañana. Y por cierto, yo no salgo con ellos, solo me los tiro.

—Alba, por favor, tenemos una edad. Yo tengo mi propia teoría con respecto a eso.

—Sé que me voy a arrepentir de preguntar esto, pero venga, desembucha.

—¿Te lías con chicos de veinte años porque te da miedo el compromiso?

—Vaya, María, eres una lumbrera. Claro que me da miedo el compromiso, ni tú ni yo hemos tenido precisamente una referencia de familia feliz, y mi infancia aún es bastante más jodida que la tuya; tú por lo menos tenías a tu madre, pero no quiero hablar de esto.

—Ya sé que no te gusta hablar de tu infancia, pero, Alba, deberías sentar la cabeza. Vamos a cumplir veintiocho años. Hace mucho que dejaste los veinte atrás.

—Madre mía, María, si pudieras verte u oírte como lo hago yo... Tú en lugar de estar a punto de cumplir veintiocho parece que vayas a entrar en la cincuentena. Bueno, en realidad he visto a cincuentonas mucho más jóvenes de mentalidad que tú. Sin ir muy lejos, tu abuela tiene una mentalidad mucho más moderna que la tuya. ¿Pero tú te has visto? Si te pones al lado de Olivia, no se sabe quién es la hija y quién la madre. Esa manera de vestirte, peinarte y maquillarte no hace más que echarte años encima. Por no hablar de la manera que tienes de hablar, que no voy a entrar en eso por no discutir.

—No digas tonterías, voy vestida de manera elegante, no como tú, que siempre llevas ropa de mil colores.

—Me encanta la ropa de colores, por eso la llevo, además de ser cómoda para mi trabajo; pero tú, ¿de verdad vas cómoda, con ese moño o esa falda? Yo creo que cuando te quitas el moño te debe doler hasta el cerebro. Y siempre vestida de negro.

—No es cierto, también utilizo el azul marino o marrón.

—¡Guauu, así me gusta, arriesgando con los colores! La cuestión no es esa, yo visto con la ropa que me gusta a mí; ¿te gusta a ti ir vestida así o es a Rodrigo a quien le gusta? Mira, déjalo, es igual, hemos tenido esta conversación un montón de veces y está claro que nunca nos pondremos de acuerdo. ¿Vas a salir?

—Sí. Voy al teatro con Rodrigo. ¿Qué tal tu día?

—Fatal. El chico que repartía los pedidos se ha despedido, así que a partir de mañana me tocará hacerlos a mí. Tampoco puedo cargar a Raquel con más trabajo, ya hace bastante. Además, lleva un tiempo un poco rara y no quiero que se agobie.

—En lo de Raquel llevas razón, igual tendríamos que hablar con ella.

—Yo prefiero esperar a que sea ella la que dé el paso; si sigue así mucho más, entonces hacemos un código rojo.

—Me parece bien. Y respecto a los chicos de reparto, quizá si no te acostaras con ellos te durarían más.

—Este chico de reparto, listilla, no se ha marchado por mí, se ha ido porque ha encontrado algo mejor, y es una pena, porque tenía un arte chupan...

—¡Alba! No acabes esa frase, por favor.

—Tú con Rodrigo te acuestas siempre a oscuras y en una sola posición, ¿verdad? ¿Te ha visto alguna vez desnuda? Con las luces encendidas, quiero decir.

—No voy a entrar en eso. La manera en la que Rodrigo y yo hacemos el amor no es asunto tuyo.

—Uff, me acabas de confirmar lo que ya sabía. Rodrigo debe de montárselo fatal.

Preferí ignorar el último comentario de Alba o volveríamos a entrar en la eterna discusión. Me fui hacia la cocina y mientras me bebía un vaso de agua pensaba en que ya hacía casi un año que Alba era la dueña de la floristería Girasol. Le había costado mucho levantar el negocio y hacerse con una clientela fija. Y lo había hecho sin la ayuda de nadie; la madre de Alba era un caso aparte, no podía contar con ella para nada. Pero a Alba no la para ningún obstáculo, así que apostó por lo que quería e invirtió todos sus ahorros en dar la entrada. Lo que más le costó fue encontrar personal de confianza para poder dejarlo a cargo de la floristería cuando ella tenía que salir. Fue un acierto contratar a Raquel para que la ayudara. Con los chicos de reparto no había tenido la misma suerte.

Salí de la cocina y vi a Alba con la cabeza gacha. Le di un beso en el pelo, no me gustaba nada verla así.

—Ánimo, tú puedes con todo.

—Hay veces que creo que en realidad todo me supera. Pásalo bien en el teatro, me voy a la ducha. Y dale recuerdos a Rodrigo.

Puso una sonrisa de lo más pícaro y salió corriendo por el pasillo. Alba no tenía remedio.

## 7. Rodrigo

Bajé a esperar a Rodrigo al portal, ya que él jamás subía a nuestro piso. Me dijo que se retrasaría un cuarto de hora. Dudé entre volver a subir a casa o acercarme a un bar cercano y tomarme algo, pero como solo iba a ser un cuarto de hora y ya estaba en la calle decidí ir al bar. Al final llegó con una hora de retraso.

Siempre me callaba ante esas situaciones, pero aquella noche, sin saber por qué, fui incapaz de hacerlo. Así que nada más subirme en el coche le dije:

—Hola, llegas con una hora de retraso.

—Se me complicó el trabajo. —Con estas respuestas tan secas lo único que conseguía era que siguiera hablando.

—Podías haberme avisado.

—No tengo que estar dándote explicaciones por todo.

—Por todo no, pero llevo esperándote más de una hora.

—Por ese motivo hemos quedado en la puerta de tu casa. No sé por qué no me has esperado arriba, no tienes que estar por ahí, en bares. Además, ahora hueles a fritanga y llevas el pelo como grasiento.

Era imposible que mi pelo se hubiera ensuciado, ya que estuve la mayor parte del tiempo fuera, pero no tenía ganas de discutir. En realidad, con Rodrigo no discutía nunca. Aunque él se dio cuenta de la expresión de mi cara, porque añadió:

—No te lo tomes a mal; estás guapísima, como siempre.

—Mi madre nos ha invitado a comer mañana en su casa. —Lo solté sin pensar, porque la rabia de que me hablara así me daba el coraje necesario para decir cosas que en otros momentos prefería callar. Además, nunca era buen momento para proponer a Rodrigo comer en casa de mi madre.

—Mañana estoy muy ocupado.

—Eso ya lo dijiste la última vez y hace más de cuatro meses que nos están invitando, pero no vamos.

—De acuerdo, mañana iremos. Pero no voy a estar más de dos horas, tengo cosas que hacer.

Como no tenía ganas de reñir, preferí callarme que yo la última vez que lo acompañé a un evento fue con la condición de llegar pronto a casa, porque tenía trabajo atrasado y debía acabarlo. No me hizo caso y tuve que hacerlo mientras él dormía.

Ni nuestra relación ni Rodrigo habían sido así en otro tiempo.

Conocí a Rodrigo en la universidad, era amigo de un amigo común y conectamos muy rápido. Era verdad que nunca sentí por él lo que en su día me hizo sentir Álex. Con Álex había fuegos artificiales, mi corazón se aceleraba y sentía mariposas en el estómago cada vez que lo veía. Cuando Álex estaba cerca, podía sentirlo, y cuando me tocaba, toda mi piel se erizaba. Con Rodrigo no había nada de eso, pero siempre pensé que se debía a que con Álex era una cría y con Rodrigo, al ser adulta, lo quería de una manera más tranquila y pausada, sin sobresaltos. Aunque echaba de menos los fuegos artificiales, creí que todo eso formaba parte de ser adolescente y que con la edad se acababa perdiendo.

En la universidad nuestra relación fue muy fácil, quizá algo monótona, pero muy cómoda. Todo empezó a cambiar cuando Rodrigo comenzó a trabajar y las obligaciones y el estrés reinaron en su vida. Poco a poco su carácter empezó a empeorar y nuestra relación se fue deteriorando. Nos veíamos mucho menos y quizá fue eso lo que nos ayudó a seguir.

Yo por aquel entonces quería ser fotógrafa, estaba estudiando Periodismo y la fotografía me fascinaba. Podía perderme durante horas por la ciudad o fotografiar a personas sin que ellas se dieran cuenta. Cuando hacía fotos, el tiempo se paraba, y sin embargo las horas se me escapaban con tanta rapidez que me parecía mentira.

Un día reuní el valor necesario y decidí comentárselo a Rodrigo, pero él acabó quitándomelo de la cabeza, decía que si me dedicaba a la fotografía lo único que acabaría haciendo sería fotos en bodas y bautizos. Nunca le dije que me fascinaba hacer fotos de bodas. Era un día en el que todo el mundo estaba feliz, era un día que valía la pena fotografiar. Fui quitándome de la cabeza la idea de ser fotógrafa

y cuando acabé la carrera busqué trabajo en diferentes medios de comunicación. Empecé con trabajos de lo más precarios, pero al final conseguí entrar a trabajar en un periódico bastante importante, en el que aún continuaba trabajando. Nunca más saqué el tema con nadie y nunca más me planteé dedicarme a la fotografía. Guardé esa parte de mí como había hecho con otras muchas.

A medida que iba pasando el tiempo, nuestra relación se iba volviendo más complicada, pero llegó un punto en el que cada vez que callaba para no discutir con Rodrigo había algo dentro de mí que me dolía y no sabía explicar que era, una especie de desasosiego que en los últimos tiempos me pasaba casi siempre que Rodrigo y yo salíamos.

## 8. *Mi familia*

Al día siguiente Rodrigo me llamó para decirme que iría directamente del trabajo a casa de mi madre y de Hugo, así que me vestí y me fui hacia allí.

Por donde vive mi madre cuesta mucho aparcar, por lo que decidí ir dando un paseo que me llevó media hora larga. La caminata me sentó genial y cuando llegué estaba de buen humor.

Al llegar me sorprendió que hubiera tanta gente para comer. Allí se encontraban mi abuela y Manolo, tía Laura y Daniel, Andrés con Óscar y Samuel, que estaba altísimo. Me hizo muchísima ilusión verlos a todos. Mi mirada se paró unos segundos más en observar a mi abuela. La llamé así casi desde el primer día, cuando aún no teníamos claro si lo sería de verdad. Conecté con ella de una manera que dejó sorprendidos a todos. Y es que el peculiar carácter de la *abunada* tenía que ver con el mío. Pero yo la adoraba.

Laura era la mejor amiga de mi madre, y Daniel era su pareja y a la vez amigo de Hugo y compañero de trabajo. Los cuatro salían juntos habitualmente, y además tía Laura y Daniel viajaban siempre que podían.

Andrés era el jefe de Hugo y la pareja de Óscar, padres ambos de Samuel. Tanto Andrés como Óscar sentían debilidad por mi madre y ella por ellos. Samuel estaba a punto de cumplir quince años y se había convertido en un adolescente guapísimo. Aún recordaba perfectamente cuando llegó de Colombia, con apenas cinco añitos.

Siempre que intentaba explicar mi relación con todos ellos la gente se hacía un poco de lío, pero eran lo más parecido que tenía a una familia. Y los quería muchísimo a todos ellos.

Vi a mi madre sonreír mientras miraba a Hugo y me alegré enormemente por ellos. Seguían igual de enamorados que el primer día, y nadie se lo merecía más que ella, después de todo lo que había pasado con mi padre biológico, Rafa. Nunca más volvimos a saber de él. Estaba segura de que Hugo había tenido algo que ver en eso.

Yo no había visto nunca a Rafa y tampoco lo echaba de menos. Desde que tenía diecisiete años, Hugo había cubierto esa carencia a la perfección.

Después de saludarlos fui a la cocina a por un vaso de agua. Últimamente bebía mucha agua para ver si eso conseguía bajar el nudo que se formaba con demasiada frecuencia en mi garganta. Noté que alguien venía detrás de mí; al darme la vuelta me encontré con Hugo.

—¿Seguro que estás bien, María? Sé que el otro día viniste a ver a tu madre, pero hacía más de tres meses que no te veíamos. Te echamos de menos.

Hugo siempre fue mi debilidad. Conecté con él casi igual de bien que con la *abu*. Pero no le podía explicar nada, ya que ni yo sabía qué era lo que me pasaba.

—Sí, estoy bien, Hugo, de verdad.

Salí de la cocina y me fui al comedor. Allí estaban todos; una sonrisa asomó a mis labios. Me di cuenta de que solo Alba y las barbaridades que soltaba conseguían hacerme sonreír. Y aunque Alba era mucho de decir burradas, yo últimamente sonreía más bien poco.

Me senté en el sofá y vi a Natalia dirigirse hacia mí. Acababa de llegar de entrenar, la había traído el padre de una amiga. Natalia se acurrucó a mi lado, y a mí me entró el sentimiento de culpa que siempre tenía cuando la veía. Nos llevábamos la tira de años, pero eso no era excusa para no pasar tiempo con ella. Me hice una promesa mental: buscaría tiempo de donde fuera para estar con mi hermana.

Llevaba casi dos horas en casa de mi madre cuando por fin llegó Rodrigo. Lo estábamos esperando para comer, pero se había hecho muy tarde.

—Siento llegar a estas horas, se me ha complicado la mañana. Ya sabéis, el trabajo... —Lo dijo de una manera tan pedante que estuve a punto de contestar.

—No te preocupes; siéntate, que vamos a comer ya. —Mi madre disimulaba especialmente bien lo poco que le gustaba Rodrigo.

—¿Qué quiere decir que no se preocupe? Llega más de dos horas tarde, eso es una falta de respeto a todas las personas que estamos aquí. —La *abu* no era capaz de disimular nada, pero yo no pude evitar mirarla y sonreír, sentía debilidad por esa mujer.

—Lo siento, señora, pero no podía dejar lo que estaba haciendo, he conseguido cerrar una operación muy importante. Aunque comprendo que usted no lo entienda. —Al contestar así a mi abuela estuve a punto de saltar, pero ella se adelantó.

—¿Tenías una mano en el teléfono y con la otra te rascabas el culo?

—¿Cómo dice, señora?

—Ya me has oído y me has entendido, conmigo no te hagas el tonto.

—No, en realidad estuve redactando un contrato toda la mañana.

—Pues si tenías las manos libres lo mínimo que podías haber hecho era llamar para avisar de que llegabas tarde.

Vi a Rodrigo apretar la mandíbula, él y la *abu* tampoco se llevaban bien. Rodrigo no estaba nada acostumbrado a que las personas le hablaran así.

—¿Quién me ayuda a traer los platos? —Ese era Hugo, que decía aquellas palabras mientras miraba a su madre con cara de asesino. Parecía mentira que no la conociera.

—Como vuelvas a mirarme así te pego una colleja que te tragas los dientes. Una de las ventajas que tiene la edad es que puedes decir lo que te dé la gana sin que lo que piensen los demás te importe lo más mínimo.

Hugo se fue a la cocina protestando, pero con una sonrisa en la cara. Pude oír cómo decía entre dientes que lo suyo no tenía nada que ver con la edad. Estaba claro que a la *abu* no había quien la callara.

No hacía ni cinco minutos que habíamos empezado a comer cuando noté la mirada de Rodrigo fija en mí; estaba sentado a mi lado, así que me susurró:

—No entiendo cómo puedes salir a la calle vestida así... Y quita los codos de la mesa, es una falta de educación.

Ese día me había puesto cómoda, aunque Alba se reía de mi concepto de comodidad. No iba con traje, pero llevaba pantalón y

suéter con unos zapatos planos de vestir. En lugar de moño llevaba una coleta.

Me recriminé a mí misma estar haciendo un repaso de la ropa que me había puesto simplemente por las palabras que me había dicho Rodrigo. Era una mujer adulta y como tal podía ponerme lo que quisiera. Teniendo eso en cuenta, y que además estaba empezando a enfadarme, no contesté a Rodrigo. Preferí callarme, incluso con la sensación de ahogo que eso me producía. Tenía ganas de chillar y sin embargo bajé los codos de la mesa.

Mi abuela estaba sentada justo enfrente de nosotros. En cuanto habló me di cuenta de que había sido testigo de toda nuestra conversación.

—Perdona, señorito, pero mi nieta viste como le da la gana, que para eso es una persona adulta, y aun así es mil veces más bonita que tú. Y me parece a mí que después de tenernos esperándote dos horas para comer, tú no eres el más indicado para dar lecciones de educación, ni para decirle dónde tiene que poner sus codos, que por otra parte yo te los hubiera metido en esa boca que tienes.

Se hizo el silencio. Eso fue el colmo para Rodrigo, que se levantó de la mesa como un resorte y dijo que tenía que irse. Nadie le hizo cambiar de parecer ni se levantó para despedirlo. Yo me quedé sentada en mi silla. En cuanto oímos la puerta de la calle cerrarse, Hugo le recriminó a su madre:

—Mamá, ¿no podrías callarte un poquito de vez en cuando?

—No me miréis de esa forma. Ya sabéis que no puedo, y si normalmente soy así, encima ese chico saca lo peor de mí. Además, si el chaval es imbécil habrá que decírselo, que igual no lo sabe. Yo lo hago por su bien, que conste. —Se giró hacia mí y me miró con una dulzura infinita—. María, perdona si te he incomodado.

—No pasa nada, *abu*. Pero voy a irme ya, tengo mucho trabajo atrasado.

—No tardes tanto en volver, cariño. —La voz de mi madre destilaba mucha más pena de la que me hubiera gustado percibir.

—No, mamá, vendré en cuanto pueda.

Me despedí de todos y me partió el corazón ver a mi madre con esos ojos de tristeza al mirarme. Hacía muchísimo tiempo que no la veía tan apenada.

Me hubiera encantado que alguien me dijera qué era lo que tenía que hacer con mi vida, qué dirección tomar y qué debía cambiar para que se me fuera esa sensación de desasosiego que tenía constantemente. Pero también era consciente de que las cosas no funcionan así, cada uno es responsable de sus actos y somos nosotros mismos los que tenemos que tomar nuestras propias decisiones, aunque nos equivoquemos.

¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Me hubiera encantado volver a ser la niña que se acurrucaba en las faldas de su madre mientras esta le susurraba al oído que todo iba a ir bien.

## 9. Pena y rabia

*Olivia*

Vi marcharse a María cabizbaja y triste y me entraron unas ganas enormes de agarrarla por los hombros y zarandearla. Sé que ella veía en mi rostro pena, pero es que intenté que fuera solo eso lo que notara, porque no quería que se diera cuenta de que por dentro hervía de rabia.

No podía ser cierto; me lo habían dicho muchas veces, pero yo no quería creerlo. María estaba repitiendo el mismo patrón que yo tuve con su padre, y aunque Rodrigo era mucho más sutil y no le había puesto una mano encima, por lo menos que yo supiera, la tenía totalmente anulada, y lo peor era que yo no podía hacer nada para que María abriera los ojos. Tenía que ser ella la que se diera cuenta de que Rodrigo era un completo gilipollas.

Cuando Vicenta le habló así a Rodrigo me entraron ganas de abrazarla y besarla hasta desgastarla, son esas cosas que solo ella puede permitirse y por las que la adoro.

Volví a entrar en casa y Hugo con solo mirarme sabía perfectamente lo que pasaba por mi cabeza.

—Se dará cuenta, ya lo verás, me niego a pensar que María no es mucho más lista que eso.

—No se trata de ser lista, y lo sabes.

—Lo sé, pero no quiero creer que Rodrigo sea la pareja que ha elegido para ella.

Me refugié en sus brazos porque necesitaba serenarme. Quería alejar de mí el pensamiento de que María había escogido a Rodrigo por mi culpa; lo sé, era una tontería, pero no podía evitar pensarlo.

—No entiendo por qué estáis tan preocupados, Rodrigo es un completo cretino. María no se quedará con él, aunque sea lo último que haga en esta vida. —La seguridad con la que hablaba Vicenta me dio ánimos.

—Nosotros podemos hacer más bien poco, tiene que ser María la que se dé cuenta.

—Ya lo sé, pero esta niña está tan perdida que no sabe ni por dónde va. Aunque en esta familia siempre os hace falta un empujoncito para todo, mira que sois lentos.

Miré a Hugo y los dos sonreímos, Vicenta era única.

Lo que yo quería, como cualquier otra madre, era que mi hija fuera feliz, y tenía clarísimo que no lo sería al lado de Rodrigo. Lo más difícil de todo era quedarse quieta sabiendo que lo iba a pasar mal. Solo podía esperar a que cayera y yo estar a su lado para ayudarla a levantarse.

## 10. El viaje

*Sabía qué era lo que tenía que hacer, o por lo menos tenía alguna idea, lo que no sabía era por dónde empezar. Así que no le di muchas vueltas y decidí ir por el camino más corto.*

*Esa noche, al llegar a mi casa, cogí una cerveza sin alcohol del frigorífico, me acomodé en el sofá y llamé a María. Igual no era la mejor hora y durante un momento dudé, pero luego marqué el número y María lo descolgó al segundo tono.*

*—Hola, María. Soy Álex, el actor al que entrevistaste el otro día.*

*—Hola, Álex. —Vaya don de palabra tenía esta chica.*

*—Quería proponerte algo. Este viernes vuelo hacia México para grabar una película, podía darte toda la información sobre esta. Además, hay varias agencias interesadas en saber de mi relación con Macarena, también te podría hablar sobre eso. No quiero a otro periodista, quiero que vengas tú o no hay trato. Tendrías los gastos pagados para ti y para el acompañante que tú decidas. No hace falta que me contestes ahora, ya le darás vueltas durante la noche. Que descanses.*

*Colgué el teléfono porque no quería saber qué decisión tomaba, al menos no por el momento. Lo había dicho todo de carrerilla y casi sin respirar, porque me daba miedo que me cortase y no quisiera escucharme.*

*Estaba claro que no le quedaba otra que decir que sí, y más cuando lo dijera en su periódico. Hacía meses que casi todas las revistas del corazón me perseguían para sacarme información sobre Macarena, y no había contado a casi nadie de qué trataba la película que iba a grabar, por lo tanto, el periódico casi la obligaría a ir. La había puesto entre la espada y la pared, solo quedaba esperar.*

*Todos los gastos del hotel de María correrían de mi bolsillo; esperaba que no la acompañara ningún novio o marido, porque si encima tenía que pagarle el hotel también a su pareja habría hecho el imbécil.*

*La alojaría en una de las mejores habitaciones del complejo. En un principio pensé que sería más conveniente que viniera sola, pero yo estaría bastantes horas trabajando, así que consideré que era mejor que la acompañara una amiga, por lo menos eso esperaba yo, que fuera una amiga y no un amigo. Todo esto ayudaría a María a desconectar y relajarse, que por lo que había visto el día de la entrevista mal no le iría.*

*Me fui a la piscina para hacer un poco de ejercicio y ver si se me pasaba ese malestar que tenía cada vez que pensaba en ella. Me hizo gracia la palabra «malestar» y de mi garganta brotó una carcajada. Malestar no era la definición exacta de cómo me sentía cuando pensaba en ella, lo que me pasaba era que me ponía cachondo. Me parecía mentira que después de tantos años todavía ejerciera ese poder sobre mí. No voy de sobrado, pero no me habían faltado mujeres en todo ese tiempo. Había tenido un par de relaciones más o menos largas. Sin duda la más seria había sido con Macarena, pero no he hecho el voto de castidad ni era mi intención hacerlo, así que había tenido un buen puñado de relaciones que iban desde pasar juntos una sola noche hasta alargarlo algunas semanas. Lo que jamás había hecho era engañar a nadie con falsas promesas. No soy una persona que rehúya el compromiso, pero si no surge, pues no lo busco.*

*Por eso no conseguía entender por qué después de aparecer María era incapaz de sacarla de mi cabeza. Había pensado que pasar unos días juntos en México nos ayudaría a conocernos mejor, o por lo menos nos serviría para poder hablar de lo que pasó años atrás entre nosotros. Aunque también era cierto que ella no estaba mucho por la labor, o el día de la entrevista no hubiera sido tan distante.*

*En fin, si seguía dándole vueltas me iba a explotar la cabeza. Lo había hecho todo sin pensarlo mucho. Pero tenía que reconocer que había sido una locura. No conocía de nada a la mujer que por entonces era María, solo conocía a la adolescente que un día fue. Ya veríamos lo que salía de todo aquello.*

*Decidí hacer unos largos en el agua helada de la piscina, me vendrían de miedo para el calentón y para ver si de paso me despejaba un poco.*

## 11. ¡Vámonos!

A la mañana siguiente aún continuaba impactada por la llamada de Álex. No podía creerme que me hubiera invitado a pasar diez días en México, aunque fuera por trabajo. Mi periódico era grande e importante, pero en temas del corazón había un montón de revistas que harían un trabajo mucho más adecuado. Decidí no darle más vueltas, igual todo había sido una broma o cuando Álex lo comentara con su representante este le diría que no. Preferí no darle más importancia.

Había sido una mañana de locos en la redacción. La tecnología es estupenda y hace que todo sea mucho más ágil, hasta que decide fallar y no hay manera de sacar el trabajo adelante. Eso era exactamente lo que nos había pasado, llevábamos toda la mañana avisando al informático porque el sistema no paraba de fallar. Lo dicho, una mañana de locos. Por eso cuando mi jefe convocó una reunión imaginé que era para hablar de los fallos del sistema y de cómo íbamos a adelantar el trabajo que se nos había atrasado durante toda la mañana. Lo último que esperaba era que me dijera que le había llamado el representante de Álex Rodríguez para proponerle exactamente lo mismo que él me había dicho la noche anterior. No me lo podía creer.

Tomás no me dio elección, tenía que ir sí o sí. Nuestro periódico no podía dejar pasar la noticia que media España llevaba esperando meses. Como también había convocado a Mónica, la chica que se encargaba de las noticias de sociedad, tuvimos que aguantar el enfado de esta, y con razón. Podía entender a la perfección que quisiera hacer ese trabajo, ya que era una noticia que cualquier periodista del corazón se moriría por cubrir.

Intenté hacerle entender a Tomás que mi sección era la de economía y que yo no pintaba nada en la sección del corazón, pero a él tampoco le habían dejado elección. El representante de Álex le había dejado muy claro que o iba la señorita María Ramírez o se

quedaban sin exclusiva. Me puso de muy mal humor que no me dejaran decidir. No era por Tomás, si no por Álex, me había dejado sin ninguna opción y eso no me gustaba nada. Pero como venía haciendo de un tiempo a esta parte callé y me fui para casa sin decir nada.

Lo primero que hice al llegar fue llamar a Rodrigo. Este viaje nos vendría de maravilla, últimamente estábamos muy tensos.

—Hola, Rodrigo, ¿te apetece que cenemos juntos esta noche? Me gustaría hablar contigo de una cosa.

—A mí no me vengas con intrigas; si tienes algo que decir, dilo ya y deja de darle vueltas.

—Simplemente era una cosa relacionada con mi trabajo. Creo que es mejor que te lo comente cenando.

—Ah, vale, como quieras, pues te paso a buscar sobre las nueve y cenamos donde siempre.

Estaba a punto de colgar cuando la voz de Rodrigo me lo impidió.

—María, siento mucho estar tan borde últimamente, tengo mucha presión en el trabajo y apenas duermo; pero sabes que te quiero mucho, ¿verdad? Aunque en las últimas semanas te lo haya demostrado más bien poco.

Me enternecieron sus palabras, ya que Rodrigo muy pocas veces se disculpaba y mucho menos hablaba de sentimientos. Le dije que yo también lo quería y nos despedimos. No sabía por qué, pero ese «te quiero» me dejó un vacío que no había sentido antes.

Estaba en la cocina haciéndome una infusión cuando entró Alba. Parecía estar a punto del colapso.

—No puedo más. Me he levantado a las cuatro de la mañana y mira qué hora es. Menos mal que he acabado las entrevistas y vuelvo a tener chico de reparto, no hubiera aguantado mucho más este ritmo.

—Alba, te vendrían de maravilla unas vacaciones, poder desconectar y descansar un poco.

—Ay, bonita, la floristería da para pagar y para la mierda de sueldo que tengo, pero para poco más.

—¿Y si te propongo diez días en México en un resort con todos los gastos pagados?

—Sería capaz hasta de besarte, pero no me jodas, María, que estoy muerta y no tengo ganas de aguantar bromitas.

—No es ninguna broma; ¡vámonos!

—Pero ¿qué dices?

—Tengo que ir a México por trabajo, pero puedo llevar a un acompañante.

—¿Qué tipo de trabajo? Suena todo un poco extraño. Que te alojen en un resort durante diez días, con todos los gastos pagados, por trabajo, es raro... ¿Algo que confesar?

—Qué burra eres; suena un poco raro, es verdad, pero es que el trabajo consiste en hacerle diferentes entrevistas a Álex Rodríguez.

—¡No me jodas! Madre mía, esto no me lo pierdo. ¿Cuándo has dicho que nos vamos?

—No lo he dicho, pero salimos este viernes.

—Ay, María, esto no te lo voy a poder pagar en tres vidas. ¡Nos vamos diez días a México!

Me plantó un besazo en la mejilla, más que nada porque le giré la cara, ya que la vi venir y sabía que me lo iba a dar en la boca, y se fue por el pasillo bailando y cantando *México lindo y querido...* a pleno pulmón.

No tenía ni idea de por qué había propuesto aquel viaje a Alba incluso antes de hablar con Rodrigo, pero me salió del corazón. Alba llevaba un año casi sin descansar y estaba agotada, se merecía más que nadie unos días de desconexión. O por lo menos era lo que me repetía a mí misma, ya que me apetecía infinitamente más irme diez días de viaje con la loca de Alba que con mi novio. Eso tendría que analizarlo. Más tarde.

## 12. *El viaje*

La noche anterior Rodrigo y yo habíamos tenido una discusión impresionante. No entendía por qué tenía que ir a México a cubrir una noticia del corazón, cuando ni siquiera era mi sección. Pero la gota que colmó el vaso fue que le había propuesto a Alba acompañarme sin haberlo consultado con él. En parte tenía razón, se lo había propuesto a ella sin ni siquiera preguntarle a él si le apetecía ir, aunque sabía de sobra que diría que no. Para Rodrigo era difícil coger dos días libres, por lo que sería imposible que le dieran diez para irse de viaje. O por lo menos eso quería pensar yo para no sentirme mal.

No se lo dije, pero me quedé con las ganas de comentarle que, si de verdad quería acompañarme, él podía pagarse de sobra lo que valían esos diez días en el resort. Podría haber venido con Alba y conmigo, aunque se pasaran todo el viaje discutiendo. Hubiera sido estupendo que hiciera el esfuerzo por mí, o por lo menos por nuestra relación. Pero no.

Pude respirar algo más serena porque jamás le había comentado a Rodrigo lo que sentí por Álex siendo una adolescente. Igual nunca habría unido las piezas, ya que parecía imposible que el actor al que tenía que entrevistar hubiera sido mi primer amor, pero por si acaso yo estaba más tranquila. La realidad fue que nos despedimos con un «tú haz lo que quieras, pero atente a las consecuencias» que me dijo chillando mientras me bajaba del coche, con lo que no tuve claro si al volver de México seguiríamos juntos. Y lo que más me sorprendió fue lo poco que me afectaron sus palabras. Quizá porque sabía que a la vuelta podríamos hablar con más calma y solucionarlo. Había sido todo muy precipitado, ni siquiera nos había dado tiempo a hablarlo con calma y yo cogía el avión en unas horas. Rodrigo tenía un pronto bastante fuerte y no era la primera vez que me decía algo de lo que luego se arrepentía.

Al llegar a casa hice la maleta como no la había hecho en mi vida. Sin listas, sin prestar mucha atención a lo que metía dentro y con bastante tranquilidad.

Apenas dormí unas pocas horas, ya que el vuelo salía bastante pronto. Pero no me sentía cansada. Tenía ganas de pasar unos días fuera y desconectar de todo.

Al salir al salón me sorprendió ver a Alba sentada en el sofá. Ella era de las que apuraba tanto el tiempo de sueño que luego tenía que hacerlo todo corriendo para no llegar tarde. Junto a la puerta había una enorme maleta de color amarillo y ella estaba lista para salir. Tenía la misma cara que tiene una niña la mañana de Navidad.

—¿Quieres darte prisa?, al final perdemos el avión.

—Alba, cariño, tranquilízate, quedan cuatro horas.

—No he hecho un viaje como este en mi vida..., ¿podemos irnos ya y así me quedo más tranquila?

No era verdad. Se pasó todo el tiempo que estuvimos en el aeropuerto dando vueltas de un lado a otro y volviéndome un poco loca a mí. Si eso hubiera sido todo, bueno, pero nunca un vuelo se me había hecho tan largo. No se calló en todo el viaje. Cuando llegué a México me iba a explotar la cabeza.

Al bajar del avión parecía una niña pequeña, iba señalándolo todo, no pude evitar sonreír. Ese viaje nos vendría de maravilla. Si conseguía que Alba se callara en algún momento, claro.

Dos horas después de nuestra llegada al resort tenía una reunión con Álex para que me explicara en qué consistiría mi trabajo los siguientes días y para organizar mi agenda. Alba se empeñó tanto en acompañarme y saludarlo que no pude decirle que no. Como si Álex fuera a acordarse de ella, después de tantos años.

## 13. México

Al entrar en la sala donde habíamos quedado, vi a Álex sentado en una mesa alargada. Estaba acompañado de un hombre con traje; con el calor que hacía, me apiadé de él.

Al mirar a Álex, este me devolvió la mirada y mi corazón se aceleró de una manera que me asusté.

—Hombree, María, has traído contigo a tu inseparable amiga Alba.

—Por lo visto tenía más memoria de la que yo pensaba.

—Vaya, vaya, si tenemos aquí al rompecorazones de Álex...

Los dos sonrieron y se abrazaron como si fueran viejos amigos. Cuando Álex se acercó a mí, le di la mano. Se quedó bastante cortado, pero es que mi cuerpo reaccionaba de una manera de lo más extraña cuando él estaba cerca, así que prefería mantener las distancias. Oímos un carraspeo y nos giramos los tres.

—Perdón, os presento a mi hermano, Mario. Además de ser mi hermano es mi representante. Mario, estas son María y Alba.

Mario, el hermano de Álex, era como un enorme vikingo rubio y las dos tuvimos que alzar la cabeza para poder mirarlo a la cara. Me giré un momento para observar a Alba y la vi con la boca ligeramente abierta; y no era para menos, a mí también me costó bastante cerrarla. Mario era impresionante.

—Hola. Aunque no entiendo qué hace esta chica aquí, si con la que vamos a trabajar es con ella.

Alba cerró la boca de golpe y por su expresión supe que iba a contraatacar.

—Esta chica, o sea, yo, soy Alba. Tengo un nombre, ¿sabes, guapo?, eso que te ponen cuando naces, y ella es María. Te lo acaba de decir tu hermano cuando ha hecho las presentaciones, pero si ves que eres incapaz de retener tanta información me lo dices y te voy recordando nuestros nombres cuando lo necesites.

—Gracias por lo de guapo, es una lástima que no pueda decir lo mismo. Como no pintas nada aquí, ¿qué te parece si te vas a dar un

baño y luego de paso te peinas un poco?

Hasta ese momento presencié la conversación callada y observando, pero cuando alguien hacía referencia al pelo de Alba era mejor intervenir.

La agarré del brazo y la arrastré fuera mientras ella chillaba:

—¡¡Nadie con dos dedos de frente lleva traje en México, imbécil!!

Salimos para que Alba se tranquilizara, pero no estaba teniendo resultado.

—¿Será gilipollas?, con mi pelo solo puedo meterme yo. ¡Qué se ha pensado el anormal ese! Todo lo que tiene de guapo lo tiene de imbécil.

—Tienes toda la razón, ha sido una falta de respeto.

—Ufff, María, tengo la esperanza de que algún día hables como la gente normal; ¿sabes que no pasa nada por soltar una palabrota de vez en cuando?

—Lo sé. Si no quieres volver a entrar lo entiendo.

—Tú estás loca, yo me voy a la piscina a beber caipiriñas, no vuelvo a entrar a verle la cara a ese idiota ni por pasta. ¡Que se ha metido con mi pelo!

—Alba, tienes un pelo precioso, no dejes que la opinión de la gente te afecte.

—Pero si a mí me afecta una mierda lo que piense ese. Soy pelirroja y encima no hay quien domine mi pelo, pero solo yo me meto con él.

La vi alejarse refunfuñando y haciendo aspavientos con las manos.

Si ella se viera como la veía yo... Alba era guapa, pero no tenía ese tipo de belleza que impresiona, aunque yo siempre la vi preciosa. Tenía unos enormes ojos verdes, de lo más expresivos. Encima de su nariz tenía unas cuantas pecas que la hacían parecer una niña mala, y su pelo era precioso, entre liso y ondulado, de un color natural imposible de conseguir con ningún tinte. Lo único malo, si podía llamarse así, era que cuando no se secaba el pelo con secador se le quedaba de una manera que la hacía parecer una leona. A mí me encantaba, pero a ella no tanto. Era bajita, delgada y muchas veces su cara tenía una expresión de lo más dulce, lo que te llevaba a la confusión, porque tenía pinta de mujer dócil y vulnerable, nada que

ver con la realidad. Alba era una de las mujeres más fuertes que conocía, y de dócil tenía más bien poco.

Decidí dejar mis pensamientos a un lado y volver a la sala para hablar con Álex y el vikingo, perdón, con Mario. Al entrar me di cuenta de que no había ni rastro de Mario. Al igual que Alba había decidido irse, por lo que estábamos solos Álex y yo.

—Dile a Alba que disculpe a mi hermano, hay veces que es un poco borde, por decirlo suavemente. Mario tiene un carácter bastante fuerte y mucha mala leche, una combinación algo explosiva. Aunque también es cierto que normalmente suele ser más educado.

—Pues no te cuento Alba. Esperemos que no se crucen por el resort. —Álex soltó una carcajada y a mí me dio un vuelco el corazón.

—Hay cosas que no cambian, Alba es exactamente igual que cuando tenía diecisiete años.

Decidí no hacer caso a ese comentario, primero porque no sabía bien qué quería decir con eso; ¿que yo había cambiado mucho?, y segundo porque no quería pensar en cuando teníamos diecisiete años.

Estuvimos hablando de trabajo durante una hora aproximadamente. Cada vez que me encontraba con la mirada de Álex un calor de lo más extraño me invadía. Lo primero que haría nada más acabar sería darme un baño.

Después de otra hora decidimos dar por finalizada la reunión. La verdad era que no me iba a matar a trabajar en esos días; tenía que preparar algunas entrevistas, pero no me ocuparía demasiado tiempo, así que pensaba disfrutar al máximo mi estancia en México. Me despedí de Álex y, aunque intenté darle la mano, él se acercó a mí y me dio dos besos. Se acercó tanto a la comisura de mi boca que me dejó sin respiración, luego se dio media vuelta y se fue. Dejándome en medio de la sala aturdida y con un calor insoportable.

Salí lo más rápido que pude y me fui hacia la piscina. Necesitaba un baño urgentemente. Estuve un rato buscando a Alba y tardé en localizarla. Como si no la conociera... ¿Dónde iba a estar Alba?, pues en la barra que había dentro de la piscina, bebiendo como si no hubiera un mañana.

Entré en la piscina pensando que me refrescaría, pero cuando metí un pie me di cuenta de mi equivocación, el agua estaba caliente. No templada «pero tirando a caliente», no. Estaba caliente.

Llevábamos un rato bebiendo caipiriñas (bastantes más de las que debería) cuando oímos algo de alboroto detrás de nosotras. Nos dio tiempo de girarnos y ver a Álex salir de la piscina. Algo ardió dentro de mí. No sabía qué era lo que me sucedía, no me había pasado nunca. Había visto a muchísimos hombres guapos, Rodrigo sin ir más lejos estaba muy bien físicamente. Era alto, moreno, con los ojos oscuros... Pero solo Álex era capaz de despertar algo en mí que llevaba tiempo aletargado.

Me incomodaba sentirme así, por lo que decidí atacar todo lo que no me gustaba. Tuve que pensar un rato y me resultó más difícil de lo que creía.

—Alba, ¿puedes hacer el favor de cerrar la boca y disimular un poco?

—Joder, qué bien supiste ver en lo que se iba a convertir. Voy a tener que daros la razón a todas las que estabais locas por él.

—No me gustan los hombres tatuados. —Fue lo primero que me salió al ver la cantidad de tatuajes que Álex tenía en su cuerpo.

—Tú eres tonta.

—Tienen aspecto como de sucios.

—Pues tú solita te lo has dicho todo. Ese tío tiene pinta de hacerlo a lo guarro. De cogerte y empotrarte contra la pared mientras...

—¡Alba!

—Venga, ni que fueras virgen.

La vi sonreír y, de golpe, cambiar totalmente la expresión de su cara. Miré hacia donde dirigía su mirada y vi a Mario, el hermano de Álex, que se dirigía a la piscina.

—¿Se puede saber qué cojones les daba la madre de esos dos en la leche?

Álex tenía un cuerpo de escándalo, pero su hermano era imponente. Me recordó mucho a cualquier vikingo de otra época. Alba y yo a su lado parecíamos un par de muñequitas, por no decir llaveros.

—Es una lástima que sea tan gilipollas el pobre, porque mira que está bueno. —No me quedó de otra que darle la razón en todo.

Salí de la piscina y Alba continuó dentro tomando caipiriñas y coqueteando con varios chicos que se habían sentado a su lado.

Cuando llegué a la hamaca ya me había secado. El sol apretaba con fuerza, por lo que saqué rápidamente la crema de mi bolso. Estaba intentando ponérmela cuando oí una voz detrás de mí:

—¿Quieres que te ayude?

Antes de poder responder, oí otra voz, esta conocida, que respondía:

—Tranquilo, amigo, ya la ayudo yo.

En cuanto vi alejarse al primer voluntario para ponerme crema, me giré y miré a Álex a la cara.

—Puedo hablar, ¿sabes? Soy perfectamente capaz de decirle a alguien que puedo ponerme la crema yo solita. No necesito que nadie responda por mí.

—Anda, no seas cabezota, ¿no ves que no llegas a la espalda y aquí el sol pega fuerte?

Antes de que pudiera reaccionar me había quitado la crema de las manos. Con un movimiento rápido volví a cogerla.

—¡He dicho que puedo yo solita!

Me sorprendió hablarle así a alguien, yo no era de dar ese tipo de contestaciones ni de alzar la voz, y menos sin un «gracias» al final, pero con Álex me salía solo.

—Mi hermano tiene razón, aquí el sol pega fuerte. Si no quieres que te ponga la crema él, llama a la zanahoria para que te la ponga ella. Eso sí puede mantenerse en pie, porque con el ritmo de beber caipiriñas que lleva no sé yo... Aunque supongo que cualquiera de los moscones que tiene alrededor estaría más que encantado de ayudarla.

—¿Cuando dices zanahoria te refieres a Alba? Más que nada porque igual te tragas el bote de crema.

—Madre mía con vosotras dos, ni una broma; anda, bonita, ya me voy.

Vi cómo se alejaba Mario y me quedé mirando su espalda y un poco más abajo, bastante más tiempo del necesario. Ese chico era impresionante. Me costó un poco contestarle.

—Me llamo María; no te preocupes, te lo voy recordando.

Álex soltó una carcajada y a mí me entraron unas ganas locas de besarlo. ¿Pero qué me estaba pasando?

Se tumbó en una hamaca que había al lado de la mía y estuvimos hablando de todo un poco. Cuando quise darme cuenta habían pasado dos horas.

—Voy a avisar a Alba, porque como siga bebiendo no voy a poder llevarla a la habitación.

—Mírala; como dice mi hermano cualquiera de los moscones que están a su alrededor, que, por cierto, parecen multiplicarse, estaría encantado de ayudarla, pero si eso pasara os acompañaría yo. Aunque yo la veo bastante bien.

Llamé a Alba y esta salió de la piscina con un paso mucho más firme del que me esperaba.

—Menos mal que os calláis ya, no veas si sois pesados, pensaba que os quedabais a dormir aquí. No quería molestar y tengo la piel como una pasa, por no decir que he bebido más de lo que debería.

—A eso no te hemos obligado.

—No, pero a ver qué hacía dos horas en la piscina con el calor que hace, no era plan de deshidratarse. —La carcajada que soltó Álex hizo que las dos sonriéramos.

Alba y yo nos dirigimos a nuestra habitación. Mientras caminaba me giré para mirar a Álex; él me estaba mirando, cuando nuestras miradas se cruzaron no pude evitar sonrojarme. ¡Qué pena daba, ni que volviera a tener diecisiete años!

## 14. La noche

*No sé si se me notó el suspiro de alivio que di cuando vi aparecer a María junto a Alba. Aparte de que Alba siempre me había caído bien, María no venía con ningún novio o marido.*

*No pude quitarle la vista de encima en todo el tiempo que estuvimos conversando de trabajo. Cuando acabamos de hablar estaba tan caliente que casi corrí a darme un baño. Tengo que reconocer que no ayudaron nada los dos besos que le planté demasiado cerca de la boca.*

*No estaba seguro de si me gustaba lo que María me hacía sentir. Por una parte, no acababa de entenderlo, ya que hacía muy poco que nos habíamos vuelto a encontrar. Pero, por otra parte, me encantaba pasar tiempo con ella; eso no había cambiado nada, era exactamente igual que cuando teníamos diecisiete años.*

*Cuando fui a la piscina a darme un baño poco me faltó para que me diera un microinfarto cuando vi que María entraba en ella. Las veces que la había visto iba vestida de manera que no se le veía un centímetro de piel, así que cuando la vi en bikini no me podía creer lo que había debajo de tanta ropa. Costaba asociarla a aquella adolescente larguirucha y llena de granos. Era espectacular. Nos dimos cuenta yo y todos los tíos que estaban a su alrededor. Incluso el gilipollas de mi hermano tuvo que dar su opinión al respecto.*

*—Parece mentira lo que había debajo de tanta ropa. La verdad es que María no está nada mal.*

*—¿Por qué no te callas y haces algo útil? Mira hacia la barra, podrías ir y ayudar a Alba, está totalmente rodeada de tíos. —Mario miró en esa dirección y gruñó de una manera muy peculiar.*

*—No parece que la pelirroja esté ni siquiera mínimamente incómoda. Mírala, está en su salsa.*

*Miré hacia donde estaba Alba, que en esos momentos reía a carcajadas; ciertamente daba la sensación de no necesitar ayuda de nadie. Mario se fue en la dirección opuesta diciendo algo entre dientes que no acabé de entender. Desde luego en aquel viaje mi hermano parecía haberse dejado la educación en casa.*

*Nada más salir María de la piscina vi cómo al menos cinco tíos intentaban acercarse a ella. Quise llegar antes, pero uno se me adelantó. Cuando se cuadró con mi hermano*

*y conmigo sobre el tema de la crema me di cuenta de que María ya no era la niña tímida y reservada que yo conocí, ahora había sacado carácter, y eso aún me gustaba más. Las dos horas que estuvimos conversando me sirvieron para conocerla un poquito mejor. Era la primera vez que estábamos tanto rato hablando de algo que no fuera trabajo.*

*Hacia un rato que había llegado a mi habitación e intenté sacar la imagen de María en bikini de mi cabeza. Acaba de salir de la ducha y no quería tener que volver a ducharme con agua fría. Me estaba lavando los dientes cuando oí unos suaves golpes en la puerta. Pensé que sería alguien del hotel y abrí con la toalla enrollada en la cintura. Me quedé de piedra cuando vi a María en la puerta.*

*—Mmm..., hola.*

*—Hola, María, pasa.*

*—No. Solo quería preguntarte si tienes algún ibuprofeno, creo que Alba se ha pasado con las caipiriñas, y en la recepción tenían uno con un nombre muy raro y no me acabo de fiar.*

*—Sí que tengo, lo que no sé es dónde. Pero pasa, no te quedes en la puerta. Voy a buscarlos.*

*La vi pasar y quedarse al lado de la puerta. Pegó la espalda a la pared y no se movió, parecía paralizada y eso me hizo sonreír. Le hubiera dicho que estuviera tranquila, que no me comía a nadie, pero es que mi madre me enseñó a no mentir, y a ella sí que me la habría comido.*

*Tardé más de la cuenta en encontrar los putos ibuprofenos, pero es que las manos habían empezado a temblarme ligeramente y no quería darle el blíster a María como si fuera un anciano de ochenta años. Esperé un poco a serenarme y entonces me acerqué a ella.*

*—Ya está, aquí los tengo.*

*—Muchas gracias, Álex, mañana Alba te lo agradecerá.*

*Al darle las pastillas la cogí del codo y la arrastré hacia mí. Tuve que agarrar mis manos detrás de ella, porque ahora sí que me temblaban.*

*No sé por qué lo hice. Cuando el cuerpo de María chocó con el mío pude notar el calor que desprendía y creí que me abrasaría. Pensé que María se retiraría. Durante todo el día había mantenido las distancias y por un momento incluso creí que me empujaría. Me quedé un tiempo quieto para darle espacio por si quería hacer alguna de esas cosas. Para lo que no estaba preparado era para su reacción. María acercó sus labios a los míos y empezó a besarme con una pasión que me dejó totalmente descolocado. Solo fui capaz de reaccionar cuando enredó sus manos en mi nuca, entonces sí le respondí al beso*

*A partir de ese momento todo se precipitó. Recordé lo pasional que era María con diecisiete años, con el tiempo esa cualidad se había incrementado. Fui quitándole la ropa con cierta torpeza, puesto que las manos, aunque menos, seguían temblándome. Menos mal que María pareció no darse cuenta de nada. Cuando la tuve casi desnuda entre mis brazos me dio miedo hacer el ridículo, era espectacular. Intenté respirar y serenarme un poco o aquello sería un desastre.*

*Tardé más bien poco en estar desnudo, ya que la toalla que llevaba liada en la cintura cayó al suelo antes de llegar a la cama. Le quité a María la poca ropa que le quedaba antes de tumbarla. Cuando pude contemplarla bien, me di cuenta de la suerte que tenía, pero lo que más me excitó fue la manera en la que ella me miraba. De María me gustaba todo, aunque sus ojos conseguían volverme loco. Ella parecía no ser consciente, pero era la mujer más ardiente que había conocido.*

*Quise excitarla y posponer todo lo posible el momento, pero a la quinta vez que me lo pidió por favor, con la voz rota, yo tampoco pude aguantarlo más. La llené de una embestida. Paré un momento para saborear la sensación y volví a penetrarla, esta vez mucho más profundamente. La oí gemir y tuve que resistirme para no incrementar el ritmo. Quería que durara. Pero eso no fue posible; poco tiempo después, María se corrió con un gemido de lo más sexi mientras murmuraba mi nombre, lo que hizo que yo la siguiera casi al momento.*

*Estaba incorporado en la cama pensando en todo lo que había pasado. Me había acostado con un buen puñado de mujeres, y no lo digo por ir de sobrado, era una realidad. Por eso no acababa de entender qué era exactamente lo que había pasado esa noche. Había sido increíble, eso estaba claro, pero es que había pasado muchas noches increíbles con otras mujeres. Moví la cabeza para despejarla y me giré para mirar a María. Ella dormía profundamente y algo en mí se derritió. Y de pronto se me iluminó la bombilla. Lo que había pasado esa noche era que empezaba a sentir algo por María, pero no podía ser que sintiera algo por ella en tan poco tiempo; ¿o sí?*

*El último pensamiento que tuve mientras mis ojos se cerraban fue que quizá lo que me pasaba no era que sintiera algo por ella, sino que quizá nunca había dejado de sentirlo.*

## 15. Dejarse llevar

Pero ¿qué me había pasado? Jamás en mi vida me había comportado así. Me abalancé sobre Álex como si estuviera sedienta y él fuera un vaso de agua fresca. Y en cierta manera me sentía así, porque sació mi sed, al menos por el momento.

Recogí mis cosas y, aunque casi se me olvida, saqué un ibuprofeno del blíster y me lo metí en el bolsillo; seguro que Alba ya estaría dormida, pero por si acaso.

Intenté salir de su habitación con el mayor sigilo posible. No quería despertarlo.

Lo miré justo antes de cerrar la puerta y sentí dos cosas totalmente opuestas, o por lo menos para mí lo eran. Por una parte, sentí muchísima ternura, me entraron unas ganas enormes de tumbarme a su lado y abrazarlo durante toda la mañana, pero, por otra parte, al pensar en el abrazo, mi mente viajó hacia la noche anterior y no pude evitar sentir un calor de lo más intenso. Me di la vuelta con rapidez y cerré la puerta. Álex iba a volverme loca.

Mientras caminaba hacia mi habitación pensé en Rodrigo y me puse a hacer comparaciones; es cierto que son odiosas, tanto que en este caso podría decirse que Rodrigo y Álex eran prácticamente incomparables. El sexo con Rodrigo era monótono y pocas veces conseguía llegar al orgasmo con él. Con Álex, exactamente igual que me pasó la primera vez, no me costó nada. ¿Qué me estaba pasando?... Y lo que era más importante, debía sentirme mal y no querer repetir nunca más, Rodrigo me esperaba, o por lo menos no lo habíamos dejado de forma definitiva.

Llevábamos bastantes años juntos y yo jamás le había sido infiel con nadie. No había sido por falta de oportunidades, simplemente nunca me lo había ni planteado. Soy de las que piensan que si tienes una relación con una persona es para serle fiel, y si no eres capaz pues la dejas y te acuestas con quien quieras. Por eso no podía creerme lo que había hecho. Intentaba sentirme avergonzada y que la

culpabilidad cayera sobre mí, pero nada de eso llegaba. Sin embargo, me sentía mejor que nunca y estaba deseando volver a ver a Álex. Definitivamente ni yo misma me reconocía.

Entré despacio a mi habitación, era muy pronto y Alba debía estar dormida.

—¿El ibuprofeno qué, lo has ido a buscar a España?

—Jolín, Alba, qué susto me has dado.

—Espera un momento, ¿has dicho «jolín»? Es lo más cerca que estarás nunca de decir un taco; si pudiera moverme te daría un beso, pero no puedo. Y también voy a dejar aparcada por el momento la bronca que tenía pensado echarte... ¿A quién se le ocurre estar tantas horas fuera sin decirme nada? Si no llega a ser porque me he pasado la mayor parte de la noche abrazada a la taza del váter hubiera salido a buscarte, pero es que no podía ni moverme. A saber la mierda de garrafón que ponen en este hotel, y eso que parece de los caros. Por favor, acércame por lo menos tres ibuprofenos y un vaso de agua.

—No seas exagerada, con uno vas lista.

—María, me conoces, sabes cuántos chupitos de tequila puedo beber sin que eso me cause resaca, así que, por favor, dame tres.

—Pues solo tengo uno.

—¿Me estás diciendo que has estado fuera casi toda la noche para traerme solo uno? En cuanto me haga un poco de efecto tenemos que hablar.

Miedo me daba hablar con Alba, pero en cuanto se le pasó un poco se dio una ducha y cuando me aseguró que se encontraba un poco mejor nos sentamos en el sofá de nuestra habitación con un vaso de cerveza cada una. Según Alba, no había nada mejor para la resaca. Volví a explicarle todo lo que había pasado hacía unos años con Álex, todo lo de la noche anterior y cómo me sentía yo en ese momento. Me vacié por completo y me sentí muchísimo mejor. Mucho más ligera.

—Ahora que te lo he explicado me siento más serena, pero no puedo dejar de darle vueltas al hecho de que le he puesto los cuernos a Rodrigo. Yo no soy así, jolín, a mí no me gustaría que me lo hicieran

y siempre he sido de las que piensa que si no te gusta que te lo hagan pues no lo hagas tú.

—Has dicho «jolín» otra vez; ¿quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—Alba, hablo en serio.

—Lo sé. Ni yo misma puedo creerme que te hayas tirado al guaperas de Álex. Otra vez, porque te recuerdo que esta es la segunda vez que te acuestas con él. ¿Ha mejorado mucho con los años? Porque si con diecisiete fue capaz de llevarte al orgasmo, no quiero ni pensar la noche que has pasado.

—Alba, ¿podríamos hablar en serio, por favor?

—Los orgasmos son una cosa muy seria, pero vale. Aquí va lo que pienso, y voy a empezar diciendo que, aunque con Rodrigo sabes que no soy objetiva, intentaré ser lo más neutral posible. Creo que tienes dos opciones: o te amargas los diez días pensando en el imbécil de Rodrigo (perdón por lo de imbécil, no puedo evitarlo) o por una vez en tu vida te dejas llevar y haces lo que te apetece. Si luego consideras que todo esto ha sido un error, pues eso que te has llevado para el cuerpo. Prometo ser tu pañuelo de lágrimas si al llegar a Madrid estás totalmente arrepentida. Escucharé todo lo que tengas que decir sin quejarme lo más mínimo, pero ahora, por favor, disfruta del momento.

—Pero es que tú me conoces mejor que nadie, sabes que yo no soy así, nunca he sido infiel a nadie, ni siquiera me lo he planteado. No sé qué me pasa con Álex, actúo de manera totalmente diferente a como soy.

—Yo creo que es justamente al contrario, con Álex eres más tú que con nadie.

—Pero me comporto como una quinceañera deslumbrada por el chico guapo de la clase.

—A ver, es que Álex está muy bueno, pero estoy segurísima de que te comportas de una manera mucho más sensata que cuando estás con Rodrigo, que básicamente pasas a no ser nadie.

Pensé en las palabras de Alba; no estaba segura de si tenía razón o no, de lo que sí estaba segura era de que no me sentía mal. Sabía que

debía estar arrepentida, pero lejos de eso estaba deseando volver a ver a Álex. Así que decidí que por una vez en la vida me iba a dejar llevar.

No voy a negar que no saber cómo acabaría aquello me creaba cierta ansiedad. No tenía ni idea de si sería capaz de volver a mirar a Rodrigo a la cara, ni siquiera sabía si Rodrigo y yo continuaríamos juntos cuando volviera. Y tampoco sabía si seguiría acostándome con Álex los siguientes nueve días o eso se acababa ahí. Pero decidí que dejaría de intentar controlar la situación y trataría de hacer lo que quisiera en cada momento. Aunque parezca fácil, para mí era de lo más complicado.

## 16. Abrazos, besos, sol y agua

Me estaba dando una ducha cuando mi móvil sonó. Me sorprendí a mí misma saliendo totalmente mojada para saber si era Álex el que me enviaba el *wasap*. Cuando vi el mensaje se me plantó en la cara una sonrisa de lo más tonta. Álex quería saber si estaba bien y si podía ir a su habitación sobre las doce para hacerle una entrevista.

Decidí que lo mejor sería dormir unas pocas horas. En un principio pensé que me resultaría imposible pegar ojo con todas las emociones vividas, pero me quedé dormida casi antes de poner la cabeza en la almohada y por primera vez en mi vida llegué tarde a una entrevista de trabajo.

A la una y diez picaba a la puerta de la habitación de Álex. Me abrió en calzoncillos y yo tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para poder hablar; ¿se me pasaría aquello en algún momento?

—Lo siento mucho, Álex, me quedé dormida. No me había pasado nunca...

—Vale, María, no pasa nada, yo también me acabo de levantar. ¿Te apetece que pidamos algo de fruta y un café y nos lo comemos en la terraza mientras hablamos?

Me pareció una excelente idea, así que me dirigí hacia la mesa que había fuera y mientras colocaba mis cosas pude contemplar la preciosa terraza que tenía la habitación de Álex. No era muy grande, pero había una piscina pequeña en un lado, dos hamacas justo enfrente de esta y una mesa con cuatro sillas al otro lado, junto al césped. Era acogedora y me sentí muy cómoda.

—María, hoy me gustaría hablar contigo de mi relación con Macarena, y más después de lo que pasó anoche entre nosotros.

No pude evitar que me subieran los colores al pensar en la noche anterior. Tal y como le dije a Alba, me había sentido como una quinceañera; jolín, tenía casi treinta años y Álex con una sola frase conseguía que me ruborizara, si eso no era patético no tenía ni idea de lo que era.

Pero entonces pensé en la primera parte de lo que había dicho Álex; la mención de Macarena había sido como tirarme un jarro de agua fría por la cabeza.

—Verás, me gustaría que la versión oficial fuera que pasamos por una crisis, y todo lo que te voy a contar a partir de ahora quedará entre tú y yo.

Lo miré un poco embobada, tenía que aprender a disimular. Cuando asentí con la cabeza, él continuó:

—Macarena y yo llevamos más de seis meses separados. Hemos ido juntos a algún evento, pero estamos esperando a que ella estrene su próxima película para mandar el comunicado y que la separación se haga oficial. Ella me pidió como favor aguantar unos meses más hasta hacerlo saber a la prensa. Macarena por encima de todo es mi amiga, nos llevamos muy bien, así que acepté. Nunca me hubiera acostado contigo estando con ella.

Una alarma sonó en mi cabeza, pero la silencié al momento, me había propuesto no pensar en nada que fuera más lejos de los diez días que pasaría en México.

Vi a Álex acercarse y mis latidos se dispararon. Me dio un pequeño beso en los labios y nunca un beso me había sabido a tan poco. Iba a pasarle las manos por el cuello cuando se apartó.

—No sé qué me pasa contigo, María, pero no puedo mantener las manos apartadas de ti.

—Lo sé perfectamente, me pasa exactamente lo mismo.

Nos miramos, sonreímos y mi corazón se saltó un latido; ¿cómo podía tener una sonrisa tan bonita?

—¿Te apetece que nos bañemos?

Ciertamente, con el calor que me había entrado desde que había pisado la habitación de Álex un baño me vendría genial.

La piscina que tenía en la terraza no era muy grande, pero el agua estaba más fresquita que la de la piscina del hotel. Yo fui la primera en meterme porque necesita refrescarme urgentemente. Cuando vi acercarse a Álex decidí meter la cabeza en el agua para ver si me despejaba un poco, pero cuando él entró en la piscina y se acercó a mí, me di cuenta de que no había servido de nada. El único momento

en el que yo no programaba mi vida era cuando Álex estaba cerca, cuando él me tocaba yo simplemente actuaba.

Empezamos a besarnos con una ferocidad desconocida para mí. La poca ropa que llevábamos salió disparada y antes de que pudiera darme cuenta Álex me había penetrado, fuerte y profundamente. Tuve que coger aire; era una sensación extraña, nunca lo había hecho dentro del agua, pero no tardé mucho en acostumbrarme.

Todo en Álex me parecía erótico y sensual: su espalda, sus brazos, su sonrisa, su mirada... Hasta sus tatuajes, que hasta poco antes no me gustaban, los encontraba sexis. Bajé la vista para mirar cómo Álex se metía mi pezón en la boca mientras me embestía una y otra vez y eso fue un error. Me corrí al momento. Álex no tardó mucho en seguirme.

Estábamos sentados en las hamacas que había junto a la piscina. Lo habíamos hecho dos veces y estábamos saciados, por el momento. Álex interrumpió el silencio.

—Siempre he querido preguntarte algo.

—Pues tú dirás. —Mi voz sonó mucho más débil de lo normal.

—¿Por qué saliste corriendo en Londres? Nunca más volví a saber nada de ti.

Estaba muy relajada y medio dormida, no esperaba para nada esa pregunta. Me pilló totalmente fuera de juego, así que no se me ocurrió nada más que decirle la verdad. Le expliqué lo que había oído en el lavabo. Que tuve que salir corriendo sin despedirme de nadie porque mi madre había sido herida en un tiroteo en el que también estaba implicado mi padre biológico. Le hice un resumen de aquellos días sin entrar mucho en lo que yo sentí.

—Pero todo eso no quita que tú también podrías haberme llamado o haberte puesto en contacto conmigo.

—Espera un momento, que estoy procesando toda la información. Lo de tu familia me lo cuentas luego con más calma. ¿Me estás diciendo que no te pusiste en contacto conmigo porque oíste una conversación detrás de una puerta? ¡Pero si yo estaba dormido! No recuerdo ni una palabra de lo que dijo Ramón aquella noche. Ni

siquiera era consciente de que le hubiera contestado, nada más oír la primera frase volví a quedarme dormido.

¿Sería posible que me pasara tantas noches llorando en mi adolescencia por un malentendido? Ahora tampoco tenía mucha importancia, pero por aquel entonces lo pasé fatal.

—Tenía diecisiete años y era muy insegura, no puse en duda nada de lo que oí. Lo que no entiendo es por qué nunca me llamaste. Yo no lo hice porque creí todo lo que dijo Ramón sobre mí; ¿pero tú?

—Hubiera podido conseguir tu teléfono, pero saliste corriendo sin despedirte, después de la noche que pasamos. Nunca mostraste mucho interés por mí y pensé que seguía siendo así.

¡¿Que nunca mostré ningún interés por él?! Me enamoré de Álex la primera vez que lo vi, y no estaba segura de no seguir estándolo.

—Me habría encantado que me llamaras.

No quería decir esas palabras y salieron de mis labios sin darme cuenta. Con Álex este tipo de cosas me pasaban a menudo; a mí, que era la reina de la contención.

Pasamos el resto del día entre abrazos, besos, sol y agua. Nunca olvidaría ese día, había sido uno de los mejores de mi vida.

## 17. La cena

*No era capaz de creer lo imbécil que había sido. Una llamada y quizá mi vida sería totalmente diferente. Pero ya poco remedio había. Lo único que podía hacer en esos momentos era volver a empezar con María; ni más ni menos lo que estaba intentando.*

*Habíamos quedado para cenar en uno de los restaurantes del hotel. Con quien no contaba era con mi hermano, que se apuntó en el último momento a la cena, sin ni siquiera preguntarme. Así que mi humor cambió, pero decidí no amargarme la noche por culpa de Mario.*

*Cuando llevábamos unos diez minutos sentados en la mesa y apurábamos la segunda cerveza, la vi entrar. Ya no daba la sensación de que llevara un palo metido por el culo. En esos momentos se parecía más bien poco a la chica que entró en mi casa hacía unas semanas. Llevaba el pelo suelto y un vestido informal, no iba casi maquillada y sonreía sin parar, estaba impresionante. Habíamos pasado un día increíble y lo único que me apetecía era sacarla del restaurante y volverla a meter en mi cama. Si no estuviera mi hermano allí, igual le hubiera planteado a María una cena más tranquila, pero me portaría como un buen chico y cenaría con ellos.*

*De pronto me di cuenta de que María no venía sola. La acompañaba Alba. Miré a mi hermano y lo vi sonreír y gruñir al mismo tiempo. Iba a ser una noche de lo más entretenida.*

*Vi cómo Alba intentaba dar media vuelta, pero María fue más rápida y la agarró por el brazo. Prácticamente la arrastró hasta donde estábamos nosotros. Mientras se acercaban le pedí otra cerveza al camarero, aquello se ponía interesante.*

*—Hola, Álex. ¿Qué tal, Mario?*

*—Hola, chicas. Vaya coincidencia, veo que, al igual que mi hermano, Alba ha decidido acompañarnos.*

*Me acerqué a ellas. A Alba le di dos besos, a María le iba a dar un pequeño beso en los labios, pero como siempre nos pasaba el beso se nos fue un poco de las manos. Fui incapaz de parar, hasta que oí a mi hermano carraspear. María me devolvió el beso, pero al separarme de ella vi cómo se había puesto del color de una cereza, eso me hizo sonreír. Cuando María se dejara llevar por completo sería la hostia.*

*—A ver si sois capaces de controlaros un poquito, luego cuando lleguéis a la habitación ya tendréis tiempo de darle rienda suelta a tanta pasión. Vamos, chicos, no*

*es tan difícil: cena y polvo, en ese orden, ¿vale? —No pude evitar soltar una carcajada, pero se me pasó de golpe cuando vi a Alba fijar la vista en Mario—. Por cierto, si llego a saber que estaba este aquí me hubiera quedado en mi habitación la mar de a gusto. Hola, Mario; soy Alba, por si no te acuerdas. —Esta última frase la dijo muy poco a poco, como si hablara con un niño, y a mí se me volvió a escapar la risa.*

*—Hola, pelirroja, es difícil olvidarse de tu pelo.*

*—Mejor nos vamos sentando.*

*Era una mesa para cuatro, así que no nos quedó más remedio que mi hermano y Alba se sentaran juntos. Era eso o meter a Alba entre María y yo. Y a pesar de que Alba lo intentó, yo fui más rápido.*

*—Bueno, pues ya estamos todos. Rubio, si ves que te pierdes en algún punto de la conversación, nos paras y te la explicamos. No seas tímido y que no te dé vergüenza. De todos modos, intentaré hablar despacito para que no se te escape nada.*

*—Ay, pelirroja, creo que tú no eres capaz de hacer nada despacio. —Eso había sonado un poco raro, y María y yo intercambiamos una mirada—. Como, por ejemplo, peinarte con tranquilidad.*

*Ya decía yo que mi hermano no dejaría pasar una oportunidad para devolvérsela a Alba.*

*La cena transcurrió bastante bien, y a pesar de que Alba y Mario no dejaron de tirarse pullas, la sangre no llegó al río. Nada más terminar el postre, Alba se levantó de la mesa.*

*—La compañía es muy grata; no lo digo por ti, troglodita, pero después del beso que os habéis marcado me habéis puesto caliente hasta a mí, así que me voy a ir a la discoteca a bailar un poco y a ver si pillo algo. Buenas noches.*

*Mientras se alejaba nos iba diciendo adiós con la mano, hasta que miró a Mario y haciéndole una mueca le sacó la lengua, igual que lo haría cualquier niña.*

*Alba me caía de maravilla, tenía un carácter divertido y fresco que siempre me hacía reír.*

*—¿Siempre es así o el aire de México le afecta al cerebro? —Mi hermano no tenía la misma opinión que yo.*

*—Alba es un encanto de persona, no sé por qué dices eso.*

*—No, si se ve a leguas que es encantadora.*

*—No te precipites en juzgarla. Es un poco desastre y algo alocada, pero también es una de las mejores personas que conozco.*

*—Si tú lo dices...*

*Presenciaba la conversación de los dos sin intervenir. Me llamaba la atención la*

*actitud de mi hermano; es verdad que es un poco borde y tiene muy mala leche, pero normalmente es bastante más amable.*

*—Me voy a ir a dormir, porque, a diferencia de otras, mañana tengo que madrugar para trabajar. Buenas noches.*

*Se despidió de nosotros y se marchó. María y yo nos quedamos un poco más, pero tras varios besos que fueron subiendo la temperatura y que nos costó muchísimo cortar, decidimos irnos a mi habitación.*

*Casi habíamos llegado cuando sonó un wasap en el móvil de María. La vi mirar el teléfono y sonreír. Y por primera vez en mi vida sentí algo parecido a los celos. ¿Quién le había escrito a esas horas? Y ¿por qué sonreía así? Lo sé, de lo más patético. No me hizo falta preguntar. Aunque tampoco lo hubiera hecho.*

*—Es Alba. Dice que no se me ocurra asomar el culo por nuestra habitación, que esta noche tiene plan. —Y sin darme cuenta solté el aire que no sabía que retenía.*

*—Podrías traerte tus cosas a mi habitación. Y así de paso dejas a Alba que haga lo que quiera en la vuestra.*

*La vi dudar, pero antes de contestarme habíamos llegado y ya no volvimos a hablar del tema en toda la noche.*

*No sabía cómo lo iba a hacer, pero a ese paso estaría totalmente colado por María antes de que acabaran los diez días en México.*

## 18. Volver

Los siguientes días fueron increíbles. Trasladé algunas de mis cosas a la habitación de Álex. Encontré una tontería no hacerlo, ya que pasaba la mayor parte del tiempo allí, y de esa manera era mucho más cómodo.

Cuando Álex no grababa nos dedicábamos a hacer excursiones y a disfrutar de las maravillosas playas. Alba y Mario nos acompañaron en muchas de ellas, pero ya se encargaban ellos de tratar de no coincidir. Yo no quería ni plantearme que solo quedaban tres días para regresar a Madrid. Solo de pensar en volver a ponerme el traje y ser la persona gris que era allí me daban ganas de llorar. Ni Álex ni yo habíamos hablado de ello.

Ese día Alba y yo estábamos tomando el sol en la piscina y decidí sacar el tema como quien no quiere la cosa.

—¿No te da pereza volver a Madrid?

—¿Pereza? Lo que me da es un palo que me muero. Podría acostumbrarme a vivir así, siempre. Pero tengo que reconocer que quiero ver qué tal va la floristería. Aunque hablo con Raquel cada día y me asegura que todo está controlado, entrar allí y oler ese lugar me hace sentir bien.

—Realmente te encanta tu trabajo.

—Sí, me apasiona.

—Tienes mucha suerte.

—Ay, bonita, no se trata de suerte. No sé si te acuerdas, pero yo tenía un puesto de trabajo en el que me ganaba muy bien la vida. Y que no tenía nada que ver con flores. A todo el mundo le dio un infarto el día que decidí mandarlo todo a la mierda para montarme una floristería. Tuve que oír barbaridades, pero en ningún momento dejé que eso me afectara, era mi sueño y valdría la pena intentarlo. María, en la vida hay veces en las que es necesario arriesgarse, y lo que es más importante, tienes que preguntarte a ti misma qué es lo que te hace feliz y hacerlo, aunque el cambio te dé miedo y te

abrume. Si no lo haces seguirás siendo infeliz, y aquí la suerte tiene poco que ver. No te voy a engañar, hay veces que sale bien y otras que no, pero si no lo intentas nunca lo sabrás.

—Hace muchísimo tiempo lo comenté con Rodrigo, pero no se lo he vuelto a decir a nadie. Me apasiona la fotografía, pero no puedo renunciar a mi puesto de trabajo para dedicarme a hacer fotos.

—Tu planteamiento no es bueno. Trabajas en un periódico. Simplemente tienes que pedir un cambio de puesto. María, la vida es mucho más sencilla, tú te empeñas complicarla.

—Lo sé. Pero tampoco me apasiona la idea de seguir trabajando toda mi vida en el periódico.

—Ahora la gente lo llama de otra manera, se le dice «salir de la zona de confort», que tengo que reconocer que queda muy bonito, pero, vaya, que es el «no seas una cagada y espabila de una puta vez» de toda la vida. Así que, por favor, dale vueltas a todo lo que hemos hablado y haz lo que te haga feliz. Y ahora dime a qué venía esa pregunta.

—Verás, es que estoy muy bien con Álex y no me apetece volver.

—Vuelves a equivocarte en el planteamiento. Si estás bien con Álex, no tiene por qué acabar cuando vuelvas a Madrid.

—¿Y Rodrigo?

—Ese es otro tema, es ahí exactamente donde tienes que tomar la decisión. La decisión no es México o Álex, la decisión que debes tomar es Rodrigo o Álex.

Continuamos tomando el sol sin hablar. Esa era una de las cosas que más me gustaban de estar con Alba, el silencio nunca fue incómodo.

Que tenía que cambiar algo en mi vida hacía tiempo que lo tenía claro, no podía seguir así, pero también era verdad que de vacaciones en el paraíso, totalmente relajada, sin pensar en las obligaciones que tenía al volver, todo parecía mucho más fácil.

Pasamos la tarde entre la piscina y la hamaca, hasta que se llegó la hora en la que había quedado con Álex.

## 19. *Mi realidad*

Me levanté contentísima esa mañana y con muchas ganas de ver a Álex. La noche anterior acabó muy tarde de grabar y yo decidí salir con Alba y pasar la noche en nuestra habitación. Cenamos juntas y nos fuimos a dormir relativamente pronto, lo cual a Alba no le hizo ninguna gracia.

Me vestí sin hacer ruido, ya que Alba dormía a pierna suelta, incluso tenía la boca ligeramente abierta y roncaba flojito. Salí de nuestra habitación y me encaminé en busca de Álex.

Después de picar varias veces a la puerta de su habitación, me extrañó que no me abriera. Estaban todas las cortinas corridas, así que pensé que quizá acabó de grabar tarde y estaría descansando. En ese momento fue cuando me di cuenta de que no tenía llave de su habitación. Siempre entraba con él y cuando se iba a grabar yo estaba con Alba por ahí o en nuestra habitación, por lo que nunca me hizo falta. Estuve toda la mañana en la piscina. Alba llegó mucho más tarde y yo cada vez que oía un ruido levantaba la cabeza esperando que fuera Álex. Pero este no apareció en toda la mañana.

Después de comer y de volver a llamar a su puerta me dirigí a la recepción para ver si allí sabían algo.

—Hola, buenas tardes, quería preguntar por el cliente que se aloja en la habitación trescientos setenta y cuatro.

—Lo siento mucho, señorita, pero no podemos facilitarle información de ningún cliente.

—Pero si me ha visto mil veces con Álex.

—De verdad que lo siento.

Sabiendo que no iba a sacarle nada más al chico de recepción me fui un poco desanimada.

De camino me desvié para ver si por fin Álex se había despertado, había pasado por su habitación o daba señales de vida por algún sitio. Pero me quedé clavada en el suelo unos metros antes de llegar. Las mujeres de la limpieza estaban desmontando la habitación de

Álex y eso no tenía ningún sentido. Cuando fui capaz de caminar, me acerqué hasta donde estaban.

—Perdonen, ¿saben si esta habitación sigue ocupada?

Ya sé que hacía el imbécil, estaba clarísimo que allí ya no se alojaba nadie.

—Lo único que nosotras sabemos es que tiene que estar lista para el próximo cliente a las cuatro.

—Muchas gracias.

Una cosa estaba clara: Álex se había ido.

Lo llamé unas veinte veces. No me cogió el teléfono ninguna. Cuando me dije que esa sería la última vez, volví a intentarlo y el móvil salía apagado.

Álex había desaparecido de mi vida sin decirme una palabra. Había sido una ingenua pensando que podría tener algo con él, estaba claro que había insistido en que fuera con él a México para estar «entretenido» aquellos días. Cualquiera otra periodista se lo habría puesto un poco más difícil que yo. Debía de estar riéndose como un niño a mi costa.

En fin, fue bonito mientras duró. Sin querer y casi sin ser consciente de ello había hecho un montón de planes, que por supuesto ahora tendría que cambiar por completo. Me fui diciéndome a mí misma una y otra vez que yo no era así. No hacía las cosas como las había hecho con Álex.

Fui ensuciando todo lo que habíamos vivido durante esos días para que no fuera tan bonito y doliera menos. Si me paraba a pensar que habían sido los mejores días de mi vida y que empezaba a sentir por Álex cosas que no había sentido por nadie, me destrozaría. Y no solo había sido eso, yo había estado relajada y tranquila, no me preocupaba por cosas que en Madrid jamás habría pasado por alto. Había estado contenta y alegre y había tenido una sonrisa pintada en la cara todos los días. Aunque eso se había acabado. Álex había decidido irse y me había dejado un vacío que prefería no analizar. Prefería pisar con los pies en el suelo y empezar a olvidar todo lo que había vivido allí.

Yo era una mujer práctica, nada victimista, lo último que quería era regodearme en mi pena. Así que me fui haciendo a la idea de que tenía que volver a Madrid a mi vida de siempre y a mi relación con Rodrigo. Tuve que sentarme, porque solo de pensarlo fue como si me dieran un puñetazo en el estómago, me costaba respirar. Estaba claro que era más fácil pensarlo que hacerlo. Hice un esfuerzo por tranquilizarme y respirar más pausadamente. Tardé bastante rato, pero cuando finalmente lo conseguí me levanté y me fui a mi habitación.

Tuve que aguantarme las ganas de llorar, y eso que a mí llorar me costaba mucho. Me puse a hacer la maleta e intenté concentrarme solo en eso. No quería pensar en él. Una vez que conseguí tenerla lista carecía de sentido seguir allí, necesitaba irme ya, no podía soportar estar un minuto más en aquel lugar, donde todo me recordaba a él, pero finalmente Alba me convenció para no adelantar mi vuelo; resultaba carísimo y, total, el nuestro salía al día siguiente. Me encerré en nuestra habitación y no salí hasta que fue la hora de ir al aeropuerto.

Cuando nos subimos en el avión tuve la certeza de que debía reanudar mi vida exactamente donde la había dejado antes del viaje a México.

## 20. *El compromiso*

A diferencia del viaje de ida, Alba permaneció callada casi todo el trayecto y yo pude darle vueltas y más vueltas a todo, llegando siempre a la misma conclusión.

Para Álex solo había sido un pasatiempo, y aunque yo me lo había pasado muy bien, estaba claro que me había implicado emocionalmente mucho más que él. Lo único que tenía que hacer ahora era sacarlo de mi cabeza. Casi nada. Me parecía increíble sentir tantas cosas por él cuando solo habíamos compartido unos cuantos días. Claro que el problema había sido que Álex fue mi primer amor, y dicen que eso no se olvida.

Cuando llegamos al aeropuerto me dolía ligeramente la cabeza. Sabía que a medida que avanzara el día el dolor iba a ir a más, así que nada más llegar a casa me tomaría algo o aquello acabaría en migraña.

Miré el móvil por quinta vez desde que habíamos aterrizado. Por mucho que intentara engañarme, deseaba encontrar una llamada o un mensaje de Álex, algo que pudiera explicar por qué se había ido así. No había nada. Miré la imagen del salvapantallas con rabia, era una foto de un atardecer en la terraza de la habitación de Álex. Me entraron ganas de estampar el móvil, tirarlo con fuerza contra la pared para no estar pendiente de él. Pero yo no era así y nunca haría algo como eso, así que volví a guardarlo en mi bolso. Tenía ganas de llegar a mi casa, darme una ducha y acurrucarme en la cama. Y dormir, desconectar de todo para no seguir pensando en él.

Recogimos las maletas, que haciendo honor a la ley de Murphy llegaron las últimas. Me estaba colocando la chaqueta cuando Alba me dio un codazo tan fuerte que por poco me tira al suelo. Cuando levanté la cabeza no podía creer lo que veían mis ojos. Rodrigo llevaba un ramo de flores enorme, pero eso no era lo peor, estaba de rodillas en medio del pasillo de salida, impidiendo que la gente pasara. Y claro, lo que la gente estaba haciendo era pararse a ver el

espectáculo. Llevaba una cajita en la mano que hizo que un sudor frío me recorriera la espalda. Tierra, trágame.

Cuando ya casi había llegado hasta donde estaba Rodrigo, noté que una mano me agarraba con fuerza y me apartaba de donde se estaba formando una especie de corrillo de gente.

—Ni se te ocurra decir que sí.

—Alba, cariño, se acabó, Álex ya no está. Esta es mi realidad y esto es lo que tengo.

—¿Pero qué realidad ni qué mierda? Eres una mujer adulta, capaz de tomar decisiones por ti misma. No tienes que aceptar casarte con él simplemente porque la historia con Álex no haya salido bien, una cosa no tiene nada que ver con la otra. No te hace falta otro hombre para sustituir a Rodrigo. ¿O acaso no puedes estar un tiempo sola? Por favor, tienes que decirle que no a ese gilipollas.

—Alba, se acabó. Esta es mi vida.

—Pues vaya puta mierda de vida que vas a llevar.

No pude contestarle, porque Alba había dado media vuelta y se había ido con cara de estar muy enfadada. Yo no pude evitar pensar en las palabras de Alba, aún no le había dicho que sí a Rodrigo y sentía que una parte de lo que ella decía era verdad.

Mientras caminaba hacia donde estaba él, intentaba no pensar en lo feliz que había sido aquellos días con Álex. Intenté sacar de mi cabeza todo lo vivido y guardarlo en una parte de mi corazón que solo me perteneciera a mí.

Levanté a Rodrigo del suelo y lo aparté a un rincón un poco más privado.

—María, muchas veces hablo sin pensar y quizá no estuvo acertado dirigirme a ti así, pero reconocerás que tú no hiciste las cosas bien. No obstante, incluso con lo mal que lo hiciste te he echado de menos.

Intenté no pensar que yo casi no me había acordado en él durante esos días, y que las únicas veces en que Rodrigo había pasado por mi mente había sido para compararlo con Álex.

—Me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti. Cásate conmigo. María, di que sí y te prometo que no te arrepentirás. Tengo la certeza de que serás feliz a mi lado. Sé que últimamente no he sido una

persona demasiado agradable, pero prometo cambiar. He decidido apostar por ti, por nosotros. Necesito a alguien como tú a mi lado. Te quiero.

Yo no estaba del todo segura de nada de lo que decía Rodrigo, incluso había muchas frases de las que había dicho que hacían que una alarma sonara en mi cabeza, pero me sorprendí contestándole casi de inmediato.

—Sí, Rodrigo, sí quiero casarme contigo.

Su sonrisa se ensanchó y en cierto modo sentí lástima por él. Aquello no iba a ser fácil para ninguno de los dos. Y ni yo misma entendía por qué había tomado esa decisión.

## 21. Mi padre

*Nunca lo había pasado tan mal en un viaje. La poca movilidad que tenía en el avión me estaba volviendo loco, necesitaba caminar, moverme para que mis nervios no acabaran conmigo. El trayecto se me estaba haciendo interminable.*

*Mario me había despertado de madrugada. Mi madre lo había llamado llorando. Mientras hablaba con él había intentado quitarle hierro al asunto, pero mi madre nunca llamaría llorando sabiendo que estábamos lejos y tardaríamos tanto en llegar si no fuera algo grave. Lo único que le dijo a Mario fue que mi padre estaba en el hospital. Le había dado un infarto. Y así es como una palabra que hasta hacía nada no tenía ningún significado para mí consiguió cambiarme la vida por completo.*

*Mario y yo no nos dirigimos la palabra en todo el camino de vuelta. Los dos estábamos inmersos en nuestros pensamientos, que seguramente serían muy parecidos. Mi padre era un pilar importantísimo en nuestras vidas. Fuerte, resolutivo y muy activo. No podía imaginar una vida donde él no estuviera. Y sabía que tarde o temprano moriría, pero yo me encontraba muy lejos de estar preparado para ese momento.*

*Había salido tan rápido de la habitación que ni siquiera había cogido el equipaje. Nada, solo me puse lo primero que encontré y cogí el pasaporte porque me lo recordó Mario, pero no me acordé del móvil. Por un momento pensé en María. Pero como tenía el número de su trabajo ya la llamaría a la vuelta y se lo explicaría todo, en ese instante en mi cabeza solo estaba mi padre.*

*El taxi nos dejó en la puerta del hospital. Al bajar me di cuenta de que los dos estábamos sudados, cansados y muy preocupados. Se armó un gran revuelo en la entrada. Aquello era lo que peor llevaba, y más en un momento como ese; no estaba muy por la labor de ser simpático con mis fans. Una de las enfermeras se dio cuenta y nos indicó con bastante rapidez dónde estaba mi padre. Por lo visto hacía muy poco que lo habían subido a una habitación; eso era bueno, ¿no?*

*Subimos por las escaleras como si de un maratón se tratase. Mario abrió la puerta y pudimos ver a mi padre en la cama y a mi madre sentada a su lado.*

*—Tranquilos, chicos, ha pasado lo peor.*

*Los dos suspiramos a la vez. Me fijé mejor en mi padre; estaba pálido y no tenía buena cara, pero sonreía y eso me tranquilizó.*

*—¿Nos has hecho venir corriendo desde México para esto?*

*Ese era Mario, los nervios lo convierten en un gilipollas; bueno, en más gilipollas de lo que era normalmente, que ya es decir, pero sonreía y mi padre, que lo conocía muy bien, le devolvió la sonrisa.*

*—Vuestra madre, que tenía ganas de veros y no sabía cómo hacerlo.*

*Pasamos la mañana en el hospital. Cuando subimos de comer mi padre estaba algo más serio.*

*—Chicos, quiero hablar con vosotros de un tema importante.*

*Mi madre se sentó en la silla que había a su lado y le cogió la mano. Yo tragué saliva.*

*—Veréis, esto ha sido un susto de los gordos. Pensaba que me iba, y me he acojonado. Los médicos me han dicho que no puedo seguir con este ritmo de vida. Así que me voy a quedar con la parte buena, que es en lo mucho que me ha hecho pensar lo que me ha pasado. Por ello he tomado una decisión, bueno, hemos tomado, ya que vuestra madre está totalmente de acuerdo. Me jubilo. Ya he trabajado bastante y a lo único que me ha llevado es a estar en esta cama. Ya no puedo con tanto estrés, así que si estáis los dos de acuerdo cedo las riendas de la empresa a Mario y nosotros nos vamos a viajar y a vivir la vida, que ya nos toca.*

*—Así que todo esto ha sido una excusa para pasarme el marrón a mí. Ya sabes que yo no tengo problema, a no ser que Álex quiera hacerse cargo.*

*Todos me miraron y yo me cagué en mi hermano. Aquel tema había sido muy delicado en mi familia, ya que nunca entendieron que no quisiera seguir en la empresa familiar por dedicarme a ser actor. Todas las broncas que había tenido con mis padres habían sido por ese motivo. Siempre pensaron que ser actor no era un trabajo serio y que tarde o temprano se me acabaría pasando. Y, aunque ya lo llevaban mejor, tampoco era para tirar cohetes.*

*—Toda tuya, capullo, solo espero que no la lleves a la ruina demasiado rápido.*

*Mi padre y mi hermano se pusieron a hablar de la empresa y mi madre me miró y me hizo un gesto para que saliéramos.*

*Me estuvo explicando todo lo que le había pasado a mi padre. Había tenido mucha suerte, ya que mis padres tenían un vecino que era médico y la ambulancia había llegado muy rápido. Pero ahora le tocaba cuidarse de verdad. Estuvimos un rato haciendo planes y hablando un poco de lo que iban a hacer a partir de ese momento. Hasta que mi madre cambió de tema.*

*—¿Cómo estás, cariño? ¿Qué tal la película?*

*—Bien, justo había acabado de grabar. ¿Sabes, mamá?, he conocido a alguien.*

*Ni yo mismo entendí por qué le estaba contando aquello a mi madre. Normalmente no hablaba con ella de mujeres. Sí que les había presentado a Macarena y habíamos*

*comido unas cuantas veces juntos, pero fuera de ella, que era la relación más seria que había tenido, jamás comentaba con mi madre mi vida amorosa.*

*—¿Ah, sí?*

*—Sí; bueno, en realidad ya la conocía. María estudiaba conmigo en el instituto.*

*—¿Qué María?*

*—No creo que la conozcas, iba un curso menos que yo, se llama María Ramírez.*

*—¿María, la hija de Olivia?*

*—Sí. —Me quedé algo cortado, no sabía que la conocía.*

*—Bueno, conozco a su madre de vista, es doctora y aparte de coincidir en el colegio la he visto por el hospital. Si María es tan guapa como su madre, debe ser espectacular.*

*—Lo es, es muy guapa, y una controladora estirada, pero me gusta.*

*—Me alegro por ti, y por mí; si llegáis a algo, en las cenas de Navidad Hugo se sentará en nuestra mesa. Serán unas cenas muy agradables.*

*—¡Mamá!*

*—¿Qué quieres, hijo?, una tiene ojos en la cara y ese hombre es impresionante.*

*Puse los ojos en blanco y entré en la habitación. Me resultaba de lo más violento oír a mi madre hablar de hombres guapos.*

*Mi hermano y mi padre ya habían acabado de conversar sobre trabajo, así que nos unimos a ellos y pasamos la tarde entre charla y risas.*

*Después de pasar unos días en el hospital, finalmente le dieron el alta, con unas condiciones muy claras de cómo debía cuidarse a partir de ese momento. Mario y yo los acompañamos a casa, pero yo tenía que ponerme a trabajar al día siguiente. No podía posponer más mi vuelta, ya que hacía días que me esperaban para mi próximo trabajo. Aunque por lo que en realidad tenía prisa era por volver a ver a María y darle una explicación por haber salido corriendo sin avisar. Conociéndola igual se había hecho una película que nada tenía que ver con la realidad.*

## 22. *No, no y no*

Cada día aborrecía más mi trabajo, había pasado de ser más o menos soportable a odiarlo directamente. Me resultaba agotador estar tantas horas haciendo algo que no me gustaba. Por no hablar del estrés al que últimamente estaba sometida. La tirada del periódico había bajado de forma considerable y nos estaban presionando mucho. Todavía me costaba más desde que había vuelto de México. Me suponía un esfuerzo enorme concentrarme y tenía que hacer una misma cosa varias veces, hasta que conseguía que quedara bien. Los días se me hacían eternos.

Estaba totalmente inmersa en un aburridísimo artículo cuando la puerta de mi despacho se abrió. Por ella entró la última persona a la que esperaba volver a ver y menos aún en mi trabajo: detrás de mi jefe venía Álex. Y yo simplemente dejé de respirar.

—Mira, María, quién ha venido a verte. —La sonrisa de mi jefe no cabía en su cara, y es que después de volver del viaje no pude acabar el trabajo que me pidió. Seguro que estaba pensando que aquello olía a exclusiva.

—Hola, María, ¿qué tal?

Tuve ganas de decirle muchas cosas, de chillarle que qué demonios hacía allí. Y por qué no había dado señales de vida en todo ese tiempo. Ni una llamada, ni siquiera un triste *wasap*. Nada. Pero por supuesto no hice nada de eso. Me levanté, me alisé el traje y le tendí la mano. ¡Le tendí la mano! Álex me miró como si me hubiera vuelto loca, y por supuesto no la cogió. La retiré algo cortada.

—Si es tan amable y me permite hablar un momento con María...

—Álex tuvo una manera muy sutil de echar a mi jefe de mi despacho.

Cuando este cerró la puerta, Álex se sentó en la silla que había frente a mí.

—María, siento mucho haber salido corriendo de México. Mi padre sufrió un infarto y yo con las prisas me dejé el móvil en mi

habitación. Podría haberte llamado, pero hasta que a mi padre no le dieron el alta no pensaba mucho. Lo siento.

No, no y no. No podía ser tan sencillo como eso, yo había hecho mil suposiciones. Me iba a dormir todas las noches imaginándomelo en la cama con otra y resulta que estaba en el hospital con su padre. Esa explicación desde luego no era la que yo esperaba. Ni siquiera esperaba volver a ver a Álex, pensé que se había cansado de mí y adiós muy buenas, pero esto no. Estaba totalmente desconcertada. Aquello no podía estar pasándome a mí.

—María, di algo, yo...

Me di cuenta del momento exacto en que Álex clavó sus ojos en el anillo que me había regalado Rodrigo. Su expresión cambió y yo no supe qué hacer con las manos, todo estaba pasando muy rápido. Quería preparar en mi cabeza una explicación, pero no era capaz. Aparte de que no había explicación posible sin decir la verdad.

—¿Qué es eso?

—Verás, Álex, puedo explicarlo. —¿De verdad podía explicarlo?

—Seguro que sí, y además estoy desenado oír esa explicación. —Se estiró hacia atrás y se puso cómodo en la silla, yo quería que la tierra me tragara.

No sabía por dónde empezar, las manos comenzaron a temblarme y mis ojos se volvieron vidriosos. No podía ponerme a llorar en ese momento. Respiré hondo y decidí ser sincera e ir directa al grano.

—Pues en el viaje a México yo no estaba del todo soltera.

—Define «del todo». —Estaba claro que Álex no iba a ponérmelo fácil. Y que conste que lo entendía, no tenía ni idea de cómo habría reaccionado yo si esa situación hubiera sido al revés.

—Había discutido con mi pareja y no tenía claro si seguía con él o no.

—Llevas un anillo en el dedo del tamaño de una manzana. Veo que te has aclarado rápido.

—No es tan fácil. Al volver del viaje, Rodrigo estaba esperándome en el aeropuerto, y me pidió que me casara con él. No pude decir que no.

—No me vengas con gilipolleces —Álex se puso de pie y pegó un golpe en la mesa que hizo que me sobresaltara—, pudiste decir lo que te diera la gana. ¿Lo quieres?

—Es complicado.

—Y una mierda, María. Es muy fácil: o lo quieres o no lo quieres, no hay más.

—Rodrigo es complicado y nuestra relación también lo es.

Álex no paraba de dar vueltas por mi despacho como un león enjaulado. Estaba imponente.

—Bueno, María, pues ya está, te casas y yo aquí no pinto nada. Podría decirte muchas cosas, en realidad estoy jodidamente enfadado, pero creo que tú misma te estás castigando con la decisión que has tomado.

—Yo no me estoy castigando. —Sabía que mis contestaciones eran absurdas, pero era difícil contestar algo lógico en una situación como esa.

—Yo creo que sí. Que te vaya muy bien.

Dicho esto, dio media vuelta y cerró de un portazo. Yo me senté en la silla, ni siquiera me había dado cuenta de que estaba de pie. Unas lágrimas del tamaño de mi anillo asomaron a mis ojos. Empecé a sentir que me ahogaba, me di cuenta de que estaba sudando muchísimo y comencé a verlo todo borroso. Y de pronto todo se volvió blanco.

Me desperté en una camilla de hospital. Una enfermera me explicaba muy amablemente que había perdido el conocimiento. Mi jefe se asustó y había llamado a una ambulancia.

Menos mal que no me habían llevado al hospital de mi madre, si no la pobre se habría dado un buen susto. El médico había sido claro, tenía que bajar el ritmo, menos estrés, tomarme las cosas con más calma, etcétera. Me había mandado unas pastillas, pero me recalco mucho que no servirían de nada si no aflojaba un poco.

Había sufrido un ataque de ansiedad. Era difícil de explicar, pero lo había pasado fatal; primero pensaba que me ahogaba, luego empezó la taquicardia y después sentí un dolor agudo en la parte del tórax y de verdad que pensaba que me moría. Pero lo único que tenía que

hacer según el médico era relajarme. ¿Cómo lo haría? Ni puñetera idea. Así que al salir del hospital y mientras caminaba por la calle sin rumbo fijo decidí ir a ver a la persona que mejor podía entenderme y ayudarme.

## 23. *Mi abu*

Me dirigí a su casa y cuando me abrió la puerta me abracé a ella. Fue como llegar a un lugar seguro, mi respiración se tranquilizó y mi pulso se relajó.

Estuvimos abrazadas bastante rato, luego de la mano nos dirigimos al sofá y nos sentamos una al lado de la otra.

—Tú dirás, cariño.

Le expliqué todo lo que me había pasado con Álex, lo que sentía por él y la decisión que había tomado respecto a Rodrigo. Le conté que acababa de salir del médico y lo que me había dicho.

—Mi niña preciosa, los jóvenes creéis tener todo el tiempo del mundo, y en cierta manera es así, pero has de vivir tu vida de manera que no te arrepientas de nada cuando seas vieja. Mírame a mí; quise mucho a mi marido, con toda mi alma, pero cuando me enamoré de Manolo no me lo pensé.

—Ya, a Hugo no le hizo ninguna gracia.

—Pero es que a mí me importa un pimiento. Él tiene su vida y nunca le he dicho cómo tiene que vivirla, así que yo hago lo que me da la gana con la mía. Incluso me importa un rábano lo que quiera Manolo, que lleva meses pidiéndome que vivamos juntos. A estas alturas lo único que me importa es lo que quiero yo. Y no te hablo de ser egoísta, lo que quiero decir es que me he cansado de anteponer los deseos de los demás a los míos propios. Hace mucho que dejé de actuar como esperaba la gente que lo hiciera. Ahora hago lo que quiero en todo momento.

—Lo sé, *abu*, lo sé.

—Ay, niña, debes ser valiente y no tener miedo a equivocarte, porque de las equivocaciones también se aprende. Todo lo que te ha pasado en la vida te ha llevado a la mujer que eres hoy, y todo lo que te pase a partir de ahora te llevará a la mujer que serás mañana; tú decides qué mujer quieres ser. Cariño, no hay nada más triste que dejar pasar la vida sin vivirla.

—Gracias, *abu*. —No podía hablar mucho porque mis ojos se habían llenado de lágrimas y la voz me fallaba.

—Así que hazme el puñetero favor de levantar tu bonito culo de mi sofá y luchar por lo que quieres. Y no hablo solo de hombres, preciosa, eso es casi lo de menos. Hablo de la vida. Coge las riendas de tu vida y vívela. Lo último que quiero es una nieta cobarde. Así que andando.

Y sin más, me levantó del sofá y me acompañó a la puerta de su casa, una manera muy sutil de dejarme claro que todo lo que me tenía que decir ya lo había dicho.

Esa era ella, capaz de decirte las palabras más bonitas y luego darte una colleja moral (eso en mi caso, porque a su hijo Hugo se la daba de verdad). Pero a mí hablar con ella siempre me dio fuerza.

## 24. *El ramo*

Esa noche tenía una cena de gala con Rodrigo. Mientras me arreglaba noté cómo me temblaban las manos, pero no quise darle importancia. Me estaba tomando la medicación que me habían prescrito, sin embargo, como muy bien me advirtieron, no me hacía nada porque no había bajado el ritmo. Aunque más que bajar el ritmo lo que necesitaba hacer era tomar algunas decisiones, pero como siempre me pasaba, no sabía por dónde empezar.

Le había dado muchas vueltas a la conversación que había mantenido con mi abuela. Si bien ella no tenía ni un poco de filtro para decir las cosas, casi siempre tenía razón.

Me había hecho listas de los pros y los contras de todas las decisiones y todas las posibles consecuencias y estaba exactamente igual que al principio. Sin tener ni idea de qué hacer. Cuando acabé de arreglarme salí al salón, donde estaban Alba y Raquel viendo una película.

—Guauuu, estás imponente, María. Y encima ahí arriesgando con el color, que parece negro, pero si te fijas bien es morado oscurísimo. Así me gusta, dándolo todo.

—Gracias, Alba.

—Si lo dices con un poco más de alegría preparo el confeti.

—Es que no sé qué me pasa, pero no tengo un buen día.

—Me parece a mí que después de regresar de México no has vuelto a tener un buen día.

—No sé lo que es, pero estoy un poco cansada de todo.

—No hables así, que no me gusta nada; ¿un chupito?

Alba pensaba que todo se resolvía con un chupito. Ojalá fuera tan fácil.

—Venga, ponme uno.

Las dos se giraron a la vez con cara de sorpresa, ya que yo nunca bebía chupitos, no me sentaban muy bien.

Alba salió disparada hacia la cocina y volvió con tres vasos, ya sabía yo que no dejaría pasar la oportunidad. Nos dio uno a cada una y alzó el suyo.

—Por ti, María, porque seas capaz de tomar las riendas de tu vida y ser tú misma de una vez, solo así podrás ser feliz.

Parpadeé para aguantar las lágrimas, últimamente estaba de lo más sensible. Se parecía bastante a lo que me había dicho mi abuela el día anterior.

Estuvimos hablando un rato, ya que, como siempre, Rodrigo se retrasaba. Me contaron algunas anécdotas del trabajo y consiguieron sacarme alguna sonrisa.

—Y ahora si quieres te cuento otra, no solo para que sonrías, sino para que te rías de verdad; ¿a que no sabes quién vino el otro día a la floristería?

—Ni idea.

—El vikingo.

—¿Qué vikingo? ¿El hermano de Álex? —No quería ponerme nerviosa, pero era pronunciar su nombre y mi corazón se disparaba. Intenté respirar con tranquilidad, lo último que quería era que me diera otro ataque.

—El mismo. Venía todo chulo él, tan estirado, con un traje que parecía hecho a medida. Hay que reconocer que gilipollas es un rato el pobre, pero está bueno a rabiarse el cabrón. Consiguió revolucionar a todo el personal de la floristería. Aunque él con quien quería hablar era conmigo.

—Pero ¿qué quería?

—Venía a pedirme un ramo para una novia nueva que tiene. Se tomó muchas molestias en recalcar que era muy guapa y que siempre iba muy bien peinada; dejó caer, para que me quedara bien claro, que era modelo. Pero sobre todo insistió mucho en que el precio no era problema.

—La verdad es que mal educado es un rato. ¿Y tú que has hecho?

—Pues no borrar la sonrisa de mi cara mientras le preparaba un enorme, precioso y carísimo ramo; ante todo soy una profesional. Se ha ido encantado el imbécil.

Puso una sonrisita en la cara que me dejó clarísimo que ahí no acababa todo. Miedo me daba preguntarle.

—Y...

—Y nada, le monté un ramo precioso y muy muy caro, con todas las flores que suelo utilizar para hacer las coronas de los muertos.

—¡Alba!

Ya no pude aguantarme más y empecé a reírme como hacía tiempo que no reía. El nudo de mi estómago se aflojó ligeramente. Ese era uno de los motivos por los que la quería tantísimo, Alba siempre conseguía hacerme reír.

## 25. *¿Cómo hemos llegado a esto?*

Cuando me metí en el coche de Rodrigo me sentí extraña, igual era que ya empezaba a estar borracha.

—María, estás preciosa. Seguramente soy el hombre con más suerte de la tierra.

Lo miré y le sonreí, pero me entraron ganas de decirle que sí, que tenía mucha suerte de que lo hubiera elegido a él, aunque preferí callarlo porque eso sonaba de lo más prepotente. Un chupito más y estaba segura de que lo hubiera soltado.

—¿No vas a decirme nada tú a mí? Estreno traje, ¿a que me queda bien?

No pude evitar sonreír y acordarme de Alba. El traje de Rodrigo era negro, exactamente del mismo color que todos los que tenía.

—El color es muy bonito. —Tuve que aguantarme la risa cuando le vi la cara. Definitivamente estaba algo borracha.

La fiesta transcurrió como todas. Rodrigo desapareció al momento de llegar y yo estuve sola casi toda la velada.

Cuanto más miraba a mi alrededor y me fijaba en la gente más segura estaba de que ese no era mi sitio, en ese lugar simplemente no encajaba. No me apetecía estar allí y la mayoría de las personas con las que había cruzado alguna palabra lo único que me habían preguntado era que en qué sector trabajaba. Cuando respondía que era periodista se disculpaban muy amablemente y se iban en busca de alguien con una profesión, para su entender, mucho más interesante.

Siempre era igual, en todas las galas o eventos que había ido con Rodrigo se repetía una y otra vez la misma situación. La única diferencia era que en esta no paré de beber vino en toda la noche, eso hizo que al salir de allí ya estuviera borracha.

Al salir, como siempre hacía Rodrigo, no me preguntó dónde quería ir y fuimos directamente a su casa. Durante todo el trayecto me sorprendió la seguridad con la que fui tomando una decisión.

Me abrió la puerta y nos dirigimos a su habitación. Cuando casi habíamos llegado me giró y me besó. No es que me diera asco el beso, me di un poco de asco a mí misma por dejar que me besara, así que lo aparté, me puse a caminar hacia su habitación mientras él me seguía y yo soltaba de carrerilla:

—Verás, Rodrigo, no puedo casarme contigo; lo siento, creo que no sería una buena idea, no saldría bien, estoy segura, además me he dado cuenta de que me gusta otra persona. —No tenía que haber dicho aquello, en mi decisión Álex no tenía nada que ver, pero es que estaba borracha y se me trababa un poco la lengua, eso sin contar con que no sabía muy bien cómo ordenar las frases—. Aunque eso no tiene nada que ver para que tomara esta decisión. Lo siento de verdad, no era mi intención...

No pude acabar la frase, lo vi girarse muy lentamente y no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que su mano impactó en mi cara y empezó a insultarme.

Ni siquiera era capaz de oír todo lo que me decía, porque una especie de pequeña llama fue subiendo por mi estómago, cada vez quemaba más. Sentía una rabia como no había sentido nunca, y la ira me cegó. Mientras levantaba la cabeza, la cual ni siquiera me había dado cuenta de que había agachado ante sus insultos, me giré a coger un jarrón que había encima de la cómoda, pensé en la de veces que Rodrigo me había humillado o menospreciado y le estampé el jarrón con todas mis fuerzas. Se giró aturdido y dos segundos después se desplomó en el suelo.

Al caer se dio con el pico de la mesita de noche y se hizo un corte en la frente. Cuando vi sangre en el suelo me asusté de verdad; «¿qué hago ahora?», «¿y si lo he matado?», «¿a quién llamo?». Todo eso pasó por mi cabeza y me di cuenta de que el susto había hecho que me despejara de golpe. Por un momento pensé en llamar a Hugo, pero al ver la sangre y comprobar que Rodrigo no se movía del suelo supe que tenía que llamar a mi madre.

Le expliqué por teléfono todo lo que había pasado sin dejar de llorar. Me pidió que me tranquilizara y en menos de quince minutos

estaba en casa de Rodrigo con un maletín enorme en sus manos. Fueron los quince minutos más largos de mi vida.

—¿Dónde está?

—Ahí dentro; yo he preferido quedarme fuera, no quiero verlo así... ¿Y si lo he matado?

Estaba a punto de darme un ataque de ansiedad, mi madre me cogió las manos y me pidió que me tranquilizara mientras besaba mi frente. Se dirigió sin prisa hasta donde estaba tirado Rodrigo y le tomó el pulso. Me miró para tranquilizarme y supe que estaba vivo. Fue dándole pequeñas palmaditas en la cara. Rodrigo abrió los ojos y yo respiré aliviada.

Mi madre lo ayudó a sentarse en una silla. Le limpió y cosió la herida de la frente con una profesionalidad impresionante y una tranquilidad que a mí me dejó pasmada. Rodrigo no paraba de decir que yo estaba loca, que había decidido no casarme, que me había enamorado de otro, que qué iba a hacer yo sin él, que qué tipo de persona era yo para hacer algo así. Rodrigo no paraba de hablar y mi madre no se inmutaba.

—Rodrigo, ¿seguro que estás bien? ¿No te sientes mareado ni nada? —La voz de mi madre era tajante y muy profesional.

—No, Olivia, estoy bien, pero...

—¿Sientes náuseas o te encuentras desorientado?

—No, de verdad que estoy bien, pero tu hija...

Mi madre no lo dejó terminar. Me fijé en su mirada en esos momentos y me dio miedo. Antes de que ninguno pudiéramos reaccionar, mi madre había agarrado a Rodrigo por los testículos y se los apretaba con fuerza.

—Mi hija puede hacer con su vida lo que le dé la gana. Vuelve a ponerle una mano encima y te los arranco. ¿Queda claro?

De la garganta de Rodrigo solo salió un sonido lastimoso. Mi madre lo soltó, recogió sus cosas con tranquilidad y nos fuimos de allí.

Mientras bajábamos por el ascensor las dos intercambiamos las miradas y nos dio la risa floja, estuvimos riendo mucho rato. Una vez

dentro del coche, nos abrazamos y pasamos de la risa al llanto. No sé cuánto tiempo estuvimos abrazadas.

Cuando nos pareció que estábamos más tranquilas mi madre intentó arrancar el coche, pero se le cayeron las llaves un par de veces; al final consiguió ponerlo en marcha, a pesar de que las manos le temblaban ligeramente.

—Si quieres lo cojo yo.

—María, has bebido, no vas a coger el coche con algunas copas de más.

—¿Cómo lo sabes, si ya casi se me ha pasado?

—Porque soy tu madre y porque eso te ha dado el empujón que necesitabas para dejar a Rodrigo.

—Supongo que sí. Pero, mamá, las manos no dejan de temblarte, no puedes conducir así.

—No te preocupes, se me pasará. Hay fantasmas del pasado que se empeñan en no dejarme nunca.

Sabía que lo decía por mi padre biológico. Y fui consciente de lo inmensamente valiente que era. De lo difícil que había sido su vida y del valor que le había echado. Por primera vez en mi vida miré a mi madre con toda la admiración que se merecía.

## 26. Enfadado

*Estaba muy enfadado. Salí del despacho de María y decidí llamar a mi hermano para comer con él y desahogarme con alguien.*

*No era persona de montar numeritos, pero tampoco era gilipollas, y después de los días que María y yo pasamos en México me faltó muy poco para saltar. Pero entonces me fijé en ella, que sudaba y le costaba hablar. Sentí tanta ternura que fui incapaz de recriminarle nada más, así que preferí irme.*

*Ni yo mismo entendía muy bien cómo me había dolido tanto ver ese anillo en su dedo. Me sorprendía sentir tantas cosas por María. Era verdad que en México habíamos pasado juntos todas las horas que yo no trabajaba, pero habían sido nueve días y yo tenía sentimientos hacia ella que no correspondían a tan pocos días.*

*María estaba tan perdida y se la veía tan insegura que, si no llego a estar tan alterado con ella, la hubiera abrazado. Y estaba tan enfadado con eso... ¡Joder!, me había engañado, estaba comprometida con otro, e imbécil de mí quería abrazarla. En lo que no quería ni pararme a pensar era en que María se estuviera acostando con otro tío. Sabía perfectamente que no teníamos nada serio y que no habíamos hablado en ningún momento de tener una relación, pero cada vez que en mi mente se cruzaba una imagen de María desnuda con otro tío prefería cortar la escena lo más rápido posible y pensar en otra cosa; lo malo era que esa imagen aparecía con mucha más frecuencia de lo que a mí me gustaría.*

*Salí del coche y sacudí la cabeza, ingenuo de mí, como si eso sirviera de mucho para sacar a María de mis pensamientos. Cuando entré al restaurante, mi hermano ya estaba sentado con una cerveza delante y un montón de chicas alrededor. Yo era el actor de la familia, pero sin duda él llamaba más la atención. Mi padre decía que había salido a su padre, ya que en mi familia nadie era ni tan rubio, ni tal alto, ni tan grande.*

*En cuanto llegué donde estaba Mario, tuvimos que cambiar de mesa y pedir una en un reservado. Mi hermano refunfuñó, ya que él estaba en su salsa rodeado de chicas, pero yo necesitaba desahogarme con él, y quería hablar con tranquilidad.*

*—Pues tú dirás para qué quedar con tanta prisa. ¿Te has arrepentido y quieres la mitad de la empresa?*

*—Ni de coña. Es María.*

*—¿Qué pasa, se acabó el cuento de hadas?*

—Creo que nunca hubo cuento. Está prometida.

—¡No jodas!, y yo que pensaba que la cabrona era la pelirroja.

—Pues resulta que tenía novio y que cuando volvió de México se comprometió con él.

—No ha perdido el tiempo. Bueno, pues ya está, no hay nada que hacer, a por otra.

—Joder, Mario, tienes la sensibilidad de un pescado.

—A ver, si está prometida qué quieres hacer, ¿interrumpir la boda en plan película?

—No, interrumpir la boda no, pero es que no acabo de entender por qué le ha dicho que sí, no creo que esté enamorada de él.

—Ya, pero eso es algo que tú no sabes y, aunque tuvieras razón, no es cosa tuya, tiene que ser ella la que llegue a esa conclusión, tú no puedes hacer nada.

—Quizá tengas razón, pero yo no sé quedarme sin hacer nada.

—Tú mismo; solo espero que no te des una hostia de las grandes.

—¿Cómo crees que me sentí al ver el pedrusco en su mano?

—La verdad es que no tengo ni idea, nunca me ha sucedido algo así. De todas maneras, la acabas de conocer, tampoco creo que te resulte tan difícil pasar página.

—Eso sería lo normal, pero no sé qué me ocurre con María. No creo que me resulte nada fácil. Y no te preocupes, algún día te enamorarás y yo estaré ahí para recordarte estas palabras.

—Espero no estar nunca como tú, he de decirte que te ves de lo más patético.

—Muchas gracias, hermano.

—De nada, y yo en tu lugar iría con cuidado, estas dos son un poco cabronas.

—Pero ¿a ti qué te pasa?

—¡¿Que qué me pasa?! ¿Pues no voy el otro día a la floristería de la pelirroja a pedirle un ramo y me da un ramo de muertos? No te imaginas la que me lio Ana cuando se lo di.

No pude evitar echarme a reír, había que reconocer que la pelirroja era una mujer de armas tomar, y mi hermano estaba muy poco acostumbrado a eso.

De camino a casa pensé en las palabras que me había dicho mi hermano, pero preferí apartarlas a un lado. Yo no era como él, yo aprendí que hay que luchar por lo que uno quiere.

## 27. *¿Por ser mujer?*

Estaba sentada en mi despacho sin acabar de creer lo que había pasado con Rodrigo. ¿Cómo habíamos podido llegar a eso? Me daba mucha pena, pero por otra parte sentía cierta liberación.

Llevaba dándole vueltas desde la noche anterior, sin entender qué fue de aquel chico al que conocí en la universidad. También estaba un poco enfadada conmigo misma por haber consentido que me tratara como lo hizo en tantas ocasiones. Aunque no podía cambiar el pasado, sí que podía romper la relación con él, y eso creo que quedó claro con el jarronazo que le di.

Decidí levantarme a por un café a ver si así me despejaba un poco, esa noche había sido incapaz de pegar ojo. Al salir de mi despacho me di cuenta de que mi compañero de deportes daba vueltas por la redacción sin hacer nada y sin rumbo fijo, daba la sensación de que estaba como ausente. Al fijar sus ojos en mí me miró con cara rara. No me llevaba excesivamente bien con él y hablábamos más bien poco, pero al fijarme en él me di cuenta de que tenía unas importantes ojeras. Por lo visto no era la única que lo estaba pasando mal.

—¿Te encuentras bien, Carlos? —Me miró algo extrañado, creo que era la primera vez que me preocupaba por él.

—Sí, María, lo que pasa es que me han venido unos pagos imprevistos y lo estoy pasando algo mal.

Empezó a hablar; yo simplemente pretendía ser amable, no que me explicara toda su vida, pero una vez que empezó ya no pudo parar. Estaba bastante afectado y necesitaba desahogarse con alguien, y me tocó a mí. Con su charla una cosa llevó a la otra y, aunque yo jamás había tocado con ningún compañero o compañera nada relativo a mi sueldo, Carlos me lo soltó, así como el que habla del tiempo. Y yo me quedé pasmada. Tanto que le dije que no me encontraba bien y me excusé para ir al baño.

El resto de la mañana estuve pensando qué hacer con lo que me acababa de decir Carlos, hasta que decidí que ya estaba harta de que todo el mundo me pisoteara. Fui calentándome y enfadándome casi tanto como con Rodrigo.

Aguanté toda la mañana haciendo mi trabajo, dándole vueltas a todo e irritándome cada vez más, hasta que mi grado de enfado llegó a su límite. Igual si la noche anterior no hubiera pasado aquello con Rodrigo, me habría aguantado, pero es que estaba muy cansada de que me pisotearan. Antes de irme a comer entré sin llamar en el despacho de mi jefe y me senté en la silla sin que nadie me invitara a hacerlo.

—Tomás, quiero que me expliques por qué Carlos cobra bastante más que yo cuando los dos hacemos el mismo trabajo, incluso yo acabo mucho más tarde que él para dejarlo todo listo. Tenemos exactamente el mismo cargo, él en la sección de deportes y yo en la de economía. Quiero una explicación.

—No deberíais hablar del suelo...

—¡No me vengas con gilipollices! —Nunca le había contestado así a mi jefe; bueno, en realidad ni a él ni a nadie. Tomás no sabía dónde meterse.

—Verás, puedo explicarlo... —Esperé un rato a oír su explicación, pero esta no llegaba. Mi jefe había empezado a sudar de forma alarmante.

—Sigo esperando.

—Pues Carlos es cabeza de familia y tiene que mantener a dicha familia...

—¿Me estás diciendo que Carlos cobra más por ser hombre?

—No exactamente... Carlos lleva más tiempo en la empresa.

—Carlos empezó dos meses antes que yo.

Me daba cuenta de que mi jefe estaba entre la espada y la pared y era incapaz de contestarme. Él no era el que pagaba las nóminas, pero podía haber hecho algo al respecto.

—Me parece increíble que Carlos cobre más que yo simplemente porque le cuelgue algo entre las piernas. He trabajado como la que más, pero ¿sabes qué?, no voy a justificarme, tú sabes perfectamente

cómo trabajo. Quiero mi indemnización y quiero que sea alta, si no queréis que os denuncie.

Tomás no me contestó y supe con certeza que había dado en el clavo. Me levanté y salí muy digna del despacho de mi jefe. Pues, hale, me había quedado sin futuro marido y sin trabajo en un periodo muy corto de tiempo. Mi vida se había vuelto loca por completo. Y yo también, porque jamás había actuado como lo estaba haciendo esos dos últimos días.

Nunca pensé que le estamparía un jarrón a mi prometido en la cabeza hasta dejarlo inconsciente y jamás imaginé que me despediría del trabajo y le hablaría de aquella forma a mi jefe. Pero es que estaba cansada de que la gente me tratara así. Se pensaban que tenían derecho a pisarme cuando quisieran, y lo más triste era que hasta ese momento yo lo había permitido, pero eso se acabó. Tenía que empezar a quererme y valorarme, para que nadie se creyera con derecho a nada sobre mí. Y lo más importante, si se tomaban ese derecho, ser capaz de pararles los pies a tiempo.

Esperé unos días a tener ingresada la indemnización en mi cuenta y fui a ver a Hugo a la comisaría.

Tomás no tenía ni idea de con quién había topado; yo por las buenas soy un sol, pero por las malas... No iba a permitir que en esa empresa se siguiera cobrando más o menos dependiendo de si eras mujer u hombre. ¡Faltaría más!

Unas semanas después me enteré de que tres compañeras más habían tramitado denuncias contra el periódico exactamente por la misma razón que yo.

## 28. *Lo que me faltaba*

Llevaba unos pocos días en paro, pero esa mañana decidí salir a desayunar fuera. Me encanta el café de bar; da igual cuántas cafeteras tengas en casa, como el café de bar no hay ninguno. Llevaba conmigo mi eterna libreta para apuntar qué quería hacer, y por supuesto todos los pros y los contras.

Mientras caminaba noté algo raro. Al bajar la vista al suelo vi que un perrito callejero me seguía. No soy muy de animales, sin que suene mal; jamás le haría daño a ninguno, pero no me entusiasman y nunca acaricio al primer animalito que me encuentro por la calle. Así que no le hice mucho caso y me senté en la terraza.

Estaba empezando a beber el primer sorbo de café cuando me di cuenta de que el perro se había sentado casi a mi lado. Me fijé bien en él, llevaba el pelo sucio y enredado y tenía unos ojos que me miraban con mucha pena (como casi todos los perros). Maldecí para mis adentros. Le pedí al camarero unos guantes de plástico para poder trasladar al perro al veterinario más próximo. No suelo ser muy tiquismiquis, pero es que el chucho estaba sucio de verdad. Lo llevaría a que lo miraran y luego lo dejaría en una protectora. Ya lo tenía decidido.

Lo primero que hicieron en el veterinario fue mandarme a dar una vuelta mientras lo lavaban y le cortaban el pelo. Estuve tentada de no volver, pero me dio demasiada pena. Llegué diez minutos antes de lo que me habían dicho, en el fondo soy todo corazón.

—Señora Ramírez. —La veterinaria era más o menos de mi edad, me sonó muy raro que me llamara así, «señora Ramírez»; esa era mi madre.

—Llámame María, por favor.

—Perfecto. Verá, María, resulta que no es un perrito, es una perrita y está embarazada. —Creo que vio mi cara de susto, porque rápidamente me dijo—: Por eso no hay problema, yo podría poner un

anuncio para que adoptaran a los perritos; es una perrita pequeña, no creo que haya problema.

—Ya, pero es que esta perrita no es mía, me la acabo de encontrar en la calle.

—Entiendo.

Me miró tan mal que me sentí la persona más despreciable del mundo, pero es que yo no quería un perro, y menos en esos momentos. Mi vida estaba totalmente patas arriba, ¿qué hacía yo con un chuchó? Eso sin contar con que compartía piso con dos personas y no tenía ni idea de si ellas querían tener un perro en casa.

—Bueno, me la llevaré hoy a casa y mañana a primera hora la iré a llevar a una protectora.

La veterinaria me miró y sonrió como si supiera algo de lo que yo no tuviera ni idea. Antes de irme le compré una correa y comida. La broma me salió por un ojo de la cara. Ahora, no me quedó más remedio que reconocer que después de pasar por chapa y pintura la perrita parecía otra.

Decidí acercarme a la floristería para comentarles a Alba y Raquel que una perrita pasaría la noche con nosotras. Al abrir la puerta vi a Alba en plena faena. Siempre que iba a verla me quedaba fascinada mirándola. A Alba le encantaba su trabajo.

Cuando acabó de atender a la señora que salía con un ramo y una sonrisa, se giró hacia mí.

—¿Qué haces tú con un perro?

—Es una perra, me la encontré en la calle y me dio pena. La he llevado al veterinario, pero no te preocupes, mañana la llevaré a una protectora.

—¿Tú eres tonta? No puedes volver a abandonarla, pobrecita.

Me quitó a la perra de las manos y empezó a acariciarla, ya sabía yo que por Alba no iba a haber problema.

—Alba, está embarazada. No podemos quedárnosla.

—Pues mejor me lo pones; ¿vas a abandonar a una perra embarazada? ¿Cómo se llama?

—Pues no le he puesto nombre.

—Mujer sin corazón. Hola, Kinder.

—¿Kinder?

—Como Kinder Sorpresa, por lo del embarazo... Es igual, déjalo.

Sonreí al verla hablar con Kinder; tuve claro que ese sería el nombre con el que se quedaría, como también supe que por mucho que me empeñara en tratar de convencerme a mí misma, sería incapaz de llevarla a una protectora.

No tenía novio, no tenía trabajo, pero, oye, tenía una perrita. Quien no se consuela es porque no quiere.

## 29. Nueva York

Habían pasado algunas semanas desde que me había ido del trabajo y desde la fatídica noche con Rodrigo. No podía decir que me sentía mal, pero sí estaba rara. No tenía trabajo y no sabía qué iba a hacer con mi vida laboral. Y mi vida personal no estaba mucho mejor, aunque en ese aspecto me sentía bien. Quería pasar un tiempo sola y aprender a quererme. Había llegado a la conclusión de que no puedes querer a alguien si antes no te quieres y te valoras a ti misma. Así que tendría que aprender a quererme con mis defectos y mis virtudes.

Aquel día había madrugado más de lo habitual y me había dedicado a poner lavadoras y a hacer un par de maletas. No muy grandes, solo lo necesario. Al llegar la noche me despedí de mis compañeras y de Kinder. Me dio pena alejarme de ella, ni yo misma podía creer lo rápido que la perrita había conseguido hacerse querer, pero sabía que iba a estar como una reina con Alba y Raquel, esta no había puesto ninguna pega y estaba encantada con la mascota. Tenía que reconocer que Kinder nos tenía a las tres en el bolsillo.

Esa misma madrugada viajaba hacia Nueva York. Intenté convencer a Alba para que me acompañara, pero después del viaje a México le resultaba imposible volver a dejar el trabajo durante quince días. Hacía mucho tiempo que quería conocer la Gran Manzana y pensé que era el mejor momento. Necesitaba desconectar de todo y de todos.

El viaje se me hizo muy largo, y eso que me chupé enteritas un par de películas de estas malas que jamás vería en casa. Después de muchas horas de avión, autobús, taxi y maletas para arriba y para abajo, por fin llegué al hotel.

Al subir a la habitación me quedé impresionada, era preciosa. Aunque no pude evitar deprimirme un poco, pues no estaba acostumbrada a viajar sola. Dejé todas mis cosas dentro de la maleta

y me metí en la cama, no sin antes prometerme a mí misma que sería el último día que me daba para autoflagelarme.

Dormí todo el día y la noche, al despertar estaba como nueva. Era la primera vez en muchas semanas que dormía del tirón. Desayuné como una reina y decidí ir a dar una vuelta. Mis piernas me llevaron directamente a Central Park. Me quité los zapatos y me senté en el césped. Empecé a darle vueltas a mil ideas, mil cosas locas que yo jamás haría, pero que estaban ahí, y que sonaban genial.

No soy una persona de hacer las cosas sin pensar. Mi infancia no fue fácil y mi madre fue siempre muy exigente conmigo. Tenía que dar en todo momento lo mejor de mí. Yo tenía listas para todo, con los pros y los contras de cada situación. Pero en ese momento las palabras de mi abuela resonaban en mi cabeza una y otra vez y solo se me ocurría un pro: ser feliz.

Salí corriendo mientras me ponía los zapatos por el camino con una sonrisa de oreja a oreja en la cara. Tenía que cambiar mi vida, y como había dicho mi abuela, los hombres eran lo de menos, tenía que empezar por mí.

Los días siguientes pasaron casi sin darme cuenta. Igual de rápido que se esfumaba mi dinero. Me había pasado casi toda la vida ahorrando y con la indemnización de la empresa había conseguido tener un buen colchón, pero en unos pocos días había visto mis ahorros reducidos a casi la mitad.

Llamé a mi madre y estuve un buen rato hablando con ella. Por primera vez en mucho tiempo volvimos a conectar. Y, por último, pero no menos importante: llamé a Alba. Estuvimos hablando tanto rato que me dio vértigo pensar en la factura.

Era mi última noche en Nueva York y no me apetecía cenar en el hotel como había hecho todas las noches anteriores, así que salí a dar una vuelta y comer algo en algún sitio que me gustara. Nunca había ido sola a cenar, siempre que salía era porque iba con alguien o porque me esperaban en el restaurante, pero decidí que me apetecía dar una vuelta y cenar por ahí, y eso fue lo que hice.

Después de pasear durante un buen rato y guardar en mi recuerdo todos los edificios y calles de la Gran Manzana, continué caminando

hasta dar con un local que llamó mi atención. Entré y aún me gustó más por dentro. Tenía un estilo moderno, pero sin pasarse. Exactamente igual que su carta. Me senté en la barra, ya que había bastante gente y me daba mucha rabia que estuvieran esperando mesa mientras yo cenaba, la incomodidad hacía que comiera tan rápido que no saboreaba ni la comida. Cuando estaba acabando el primer plato, noté que alguien se sentaba a mi lado. Me giré con curiosidad y me di cuenta de que era un hombre más o menos de mi edad, no me pasó desapercibido que era muy atractivo. Al cruzarse nuestras miradas, por sus labios asomó una sonrisa. Tenía una sonrisa preciosa.

—Hola, me llamo William. Encantado.

Me tendió la mano y se la estreché, era cálida y me hizo sentir bien al instante.

Estuvimos toda la cena hablando. No soy una persona que se ponga a hablar de su vida con el primer desconocido con el que se cruza, pero con William me resultó diferente. Quizá era la seguridad de que no lo iba a ver más. No lo sé. Lo que sí sé es que estuvimos hablando cerca de tres horas, hasta que el camarero, de una manera muy educada, nos preguntó si éramos tan amables de abandonar el local.

Fui muy consciente de que William estaba tonteando conmigo y me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no me sentía así. No era lo que William me hacía sentir, era que en esos momentos era libre de decidir lo que quería hacer, no tenía que dar explicaciones a nadie. Podía irme con William, podía volver al hotel, podía hacer lo que quisiera. Sentí una liberación difícil de explicar.

Con Rodrigo empecé muy joven y con Álex nunca tuve elección. Con él sentía tantas cosas que a duras penas podía comportarme como una persona normal ante su presencia. Cuando estaba con él mi cuerpo hablaba y actuaba por mí y era él el que tomaba las decisiones. Sin embargo, con William me sentía relajada, tranquila y totalmente indiferente. Era muy guapo y parecía una persona encantadora, pero no me hacía sentir absolutamente nada. Seguramente fue por eso por lo que estaba tan cómoda. Me recordó

tanto a cómo me sentí cuando conocí a Rodrigo que no pude evitar sentir un escalofrío.

William me acompañó hasta la puerta de mi hotel; insistí en que no lo hiciera, ya que no hacía falta, pero no fui capaz de convencerlo. Nos despedimos en la puerta con dos besos. Nada. No sé por qué esperaba que ese contacto me hiciera sentir algo. No fue así.

Mientras subía por el ascensor no pude evitar pensar en lo que habría pasado si William hubiera despertado algo en mí. Llegué a la conclusión de que seguramente tampoco habría cambiado nada. Había tomado la decisión de pasar un tiempo sola y si lo que sentía por Álex no me había hecho cambiar de opinión, lo que me hiciera sentir un extraño, por muy fuerte que fuera, tampoco lo haría.

Me metí en la cama pensando que los quince días en Nueva York habían llegado a su fin, se me habían pasado mucho más rápido de lo que imaginé en un principio.

Aquellos quince días me habían servido, como diría Alba, para espabilar de una puta vez, por lo menos en el ámbito laboral. Había tomado muchas decisiones y, como no podía ser de otra manera, estaba cagada de miedo.

## 30. O luchaba por ella o la dejaba marchar

*Llevaba muchos días sin saber qué hacer. María seguía sin dar señales de vida, y aunque después de nuestro último encuentro yo no esperaba que lo hiciera, necesitaba volver a verla o por lo menos hablar con ella.*

*Por si aquello fuera poco esa mañana me había levantado de muy mal humor, la noche anterior mi hermano me había hecho una encerrona. Me invitó a cenar; si bien a mí no me apetecía mucho, decidí ir por despejarme un poco, pero el cabrón había traído a su novia, Ana, y a una amiga de esta.*

*La cena se me hizo eterna, a pesar de que Vanesa era un encanto. Para lo que sí que me sirvió fue para darme cuenta, por si me quedaba algún tipo de duda, de mis sentimientos hacia María. Vanesa era guapa, simpática y me atraía, pero no era María.*

*Cuando acabé el postre me excusé diciendo que al día siguiente tenía que trabajar y me fui para casa.*

*En dos días me iba de viaje a Barcelona, a un rodaje, pero en cuanto volviera tenía que hacer algo respecto a María. Por lo menos que me quedara del todo claro que no tenía nada que hacer con ella. Si me decía que estaba convencida de su compromiso con ese tío, yo me retiraría sin dudarlo; por mucho que me costara, no me quedaría más remedio que sacarla de mi cabeza de una vez por todas.*

*El sonido del teléfono me hizo volver a la realidad. Cuando vi de quién se trataba dudé entre cogerlo o dejarlo sonar, pero sabía que insistiría, así que lo cogí.*

*—Dime, Mario.*

*—De verdad que eres tonto, tío. Te preparo una cena con una tía estupenda y no le haces ni puñetero caso en toda la noche, y encima te vas diciendo que tienes trabajo. Coño, Álex, que soy tu representante y sé que eso es mentira.*

*—¿Y qué cojones querías que dijera?: «Mira, lo siento mucho, pero me voy porque estoy enamorado de otra persona».*

*—Aún sigues con eso... María se va a casar con otro, ¿puedes hacer el puto favor de dejarlo ya?*

*—¿Te crees que es tan fácil dejar de estar enamorado? No puedo sacarla de mi cabeza, ¡joder!*

*—En serio te digo, Álex, que por mucho que lo intento no consigo entenderte. Se va a casar con otro. —La última frase la dijo despacito y pronunciando mucho cada palabra,*

*no pude evitar acordarme de Alba cuando le hablaba a él.*

*—No te preocupes por eso, es un pensamiento que no consigo quitarme de la cabeza ni un jodido minuto.*

*—Álex, de verdad, casi no la conoces; ¿tan enamorado estás?*

*—Nunca me había sentido así.*

*—Pues entonces tendrás que hacer algo. Lo que está claro es que así no puedes seguir.*

*—Lo sé.*

*Me daba de plazo hasta mi vuelta. Nada más llegar de mi viaje tenía que hablar con María y tomar una decisión; o luchaba por ella o la dejaba marchar.*

## 31. *Día de cine*

Había salido a pasear a Kinder y estaba pensando qué hacer ese día. Me apetecía un montón sentarme en el sofá y tener sesión de pelis, y como era algo que llevaba años sin hacer, decidí que ese era el momento.

Estaba sumida en mis pensamientos cuando me di cuenta de que alguien me seguía. Era una sensación que tenía desde mi vuelta de Nueva York. Aunque era una tontería; ¿quién iba a seguirme a mí? Me asusté un poco, porque al girarme vi que un tío paraba cuando yo lo hacía, menos mal que era de día y que me encontré a una vecina, que también subía a su casa. Cuando me giré el tío había desaparecido. Seguro que eran paranoias mías.

Al final decidí que todo lo que me apetecía ver eran películas lacrimógenas. Igual me hacían llorar un poco y por lo menos me desahogaba.

Raquel y Alba estaban trabajando, así que me acomodé en el sofá con una fuente de palomitas, una bolsa de chucherías y una botella de litro y medio de Coca-Cola. Si iba a tener sesión de cine debía ser en condiciones.

Kinder se tumbó a mis pies, me la quedé mirando un momento y pensé que jamás me habría imaginado que se pudiera querer tanto a un animal. Agradecí infinitamente el día que Kinder se cruzó en mi camino. Le acaricié la cabecita mientras le daba al *play* a mi primera elección, *Los puentes de Madison*. Lejos que hacer que llorara, me vi chillándole a la tele en el momento en que ella cogía la maneta de la puerta.

—¡¡No seas tonta, abre esa puerta y vete con él!!

Consiguió ponerme más nerviosa que otra cosa, así que pasé a la siguiente: *Dirty Dancing*. Esta nunca falla y disfruté como si no la hubiera visto un millón de veces.

Después de reponer el bol de palomitas, volví a sentarme y me puse *Esto es la guerra*, más que nada para recrearme la vista, y es que

uno de los *protas* me encantaba. Como me había hartado de comer porquerías no tenía hambre, por lo que no me di cuenta de que ya era casi la hora de cenar hasta que oí cómo se abría la puerta del piso y vi a Alba y Raquel entrar. Estaba a punto de ver mi peli preferida, que me había reservado para el final.

—¿Ya estáis aquí?

—No, solo somos producto de tu imaginación. Cada día estás más tonta. ¿Qué pasa, que el tiempo pasa volando cuando no se da palo al agua, eh?

—Pues la verdad es que sí. Llevo todo el día viendo pelis, llevaba años sin hacerlo. Iba a ponerme la última, ¿os apetece verla?

—Pues voy a por unos chupitos y la veo contigo.

—Yo también me apunto.

—¿Qué peli es? —chilló Alba desde la cocina.

—*El diario de Noa*.

—Estupendo, me encanta el *protas*; no es guapo, pero tiene algo.

Nos sentamos las tres en el sofá y Kinder se acomodó en el rinconcito que le dejamos. Alba no paró de hablar en toda la película y cuando acabó estaba de lo más enfadada.

—Nadie se traga que esos dos vayan a ser felices juntos, ¿pero no veis que se llevan fatal?, estarán discutiendo todo el día y así no hay quien viva. Que no, que no, yo creo que el amor tiene que ser algo más calmado, más relajado, no todo el día gritando y discutiendo. Aunque también es verdad que las reconciliaciones tienen que ser la hostia.

Ella sola se lo decía todo. Yo preferí callarme que el amor calmado a Alba le aburriría en dos minutos. La persona de la que Alba se enamorara tendría que tener carácter o Alba se cansaría rápidamente.

Raquel y yo la miramos alucinadas mientras Alba se metía en su habitación haciendo aspavientos y muy enfadada con el mundo. Menos mal que era una película romántica.

## 32. *El pasado siempre vuelve*

Desde que volví de Nueva York me había pasado todos los días yendo de arriba para abajo, cerrando cosas y abriendo nuevos proyectos. Estaba radiante.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que la noche había avanzado y era bastante tarde. Me paré un momento porque Kinder se había detenido a oler algo, y noté que alguien también se paraba unos metros detrás de mí, así que agarré el bolso y apresuré el paso. Me giré un momento y pude ver al mismo tío que parecía seguirme el otro día; iba a entrar en pánico, así que aceleré aún más el paso. Recordé una frase que había visto en algún sitio: «de camino a casa quiero ser libre, no valiente». Me venía como anillo al dedo.

Abrí la puerta lo más rápido que pude, pero antes de ser capaz de reaccionar alguien me había empujado hacia dentro del portal y me había arrinconado contra la pared. Un sudor frío me recorrió la espalda. Me asusté de verdad.

Sin ser consciente de lo que hacía me quité el bolso y se lo di.

—Coge lo que quieras, o todo, pero no me hagas daño. —Me trababa al hablar y en breve me pondría a llorar como una histérica.

—María, no voy a hacerte nada, llevo días vigilándote. Soy amigo de tu padre, me ha dicho que te diga que quiere verte. Tiene algo que decirte. Está en Alcalá Meco, puedes visitarlo cualquier sábado o domingo.

Después de decir esto salió por la puerta como si tal cosa. Yo fui resbalándome por la pared hasta que caí al suelo. Me pasé las manos por la cara y el pelo para serenarme. Giré la cabeza y miré a Kinder, que movía el rabo sin parar.

—Menuda defensa tengo contigo.

Subí las escaleras como pude, ya que mis piernas parecían de gelatina. Cuando abrí la puerta agradecí que Raquel y Alba no estuvieran por ahí.

Fui a la cocina y bebí un vaso de agua para que se me bajara el nudo de nervios que tenía en la garganta. Nada más acabar, me dirigí rápidamente a mi habitación, estaba segura de que si Alba o Raquel aparecían en ese momento al ver mi cara tendría que explicarles todo lo que me había pasado, y no me apetecía nada.

Pasé la noche en blanco dándole vueltas a la mejor manera de afrontar aquella situación. Barajé la posibilidad de decírselo a mi madre, incluso a Hugo, pero no quería preocuparlos y que lo pasaran mal. A Alba tampoco quería decirle nada porque estaba segura de que si me acompañaba la liaría, y no era para menos, era mi padre biológico y no estaba segura de que yo misma pudiera controlarme.

Así que decidí no decir nada a nadie y el sábado me fui sola a la cárcel. Lo había pensado mucho; si en veintiocho años Rafa no había querido saber nada de mí, me picaba la curiosidad de por qué ahora sí. Además, que estuviera en la cárcel me acabó de convencer. Allí no podría hacerme nada, ¿verdad?

Cuando aparqué el coche y me dirigí al interior de la prisión, me pareció que todo eso no tenía nada que ver con mi vida. Me sentía extraña, jamás pensé que iría a ver a alguien a una prisión, y mucho menos que sería allí donde conocería a mi padre biológico.

Estaba sentada en una silla con un cristal de por medio y aun así no me sentí segura.

Vi salir al que se suponía que era mi padre, y al contrario de lo que imaginaba, no sentí absolutamente nada. Estaba bastante demacrado, pero pude apreciar algunos de mis rasgos en él. Los ojos y la boca no, esos eran exactamente iguales que los de mi madre, pero la forma de mi cara y la nariz sí se parecían bastante a las suyas.

Se sentó frente a mí con bastante dificultad.

—Hola, hija.

—Yo no soy tu hija, yo ya tengo un padre y no eres tú.

—Vale, vale, tampoco hace falta que te pongas a la defensiva, eres igual que tu madre.

—Gracias por el cumplido; ¿qué quieres?

—Directa al grano. Me gusta. Pues, verás, me estoy muriendo.

—Si eso es todo, para mí llevas muerto desde el momento en que nací. —Me di cuenta de que aquella visita no había sido una buena idea y arrastré la silla hacia atrás para irme.

—Tranquila, mujer, que no es todo. Siéntate, por favor, intentaré ir al grano y explicarte todo lo más rápido posible. Verás, estos últimos años la vida me ha sonreído, por lo menos en lo que a dinero se refiere, y tengo una importante suma en el extranjero. No todo es legal, pero mis abogados están trabajando en ello. Así que en cuanto yo la diñe, que por lo que me ha dicho el médico no creo que tarde mucho en hacerlo, vas a ser una mujer muy rica.

—No quiero tu dinero.

—Sabía que dirías eso. No voy a engañarte, ese dinero es en su mayoría ilegal y por lo tanto lo he ganado haciendo cosas que mejor ni te las cuento, pero si no lo coges tú irá a parar a gente que hará un uso de él que seguro que no te gustará. Tómatelo como una compensación por estar ausente toda tu vida. Eres lo único que tengo, así que todo es para ti.

—No puede ser tuyo algo que nunca tuviste.

Entonces sí que me levanté y me fui de allí sin mirar atrás. Quería decirle muchas cosas, entre ellas por dónde podía meterse su herencia, pero no estaba yo para hacerle ascos a algo de dinero. Me entraron ganas de gritarle un montón de cosas, pero no me apetecía discutir con él, no quería que nada de lo que me había dicho me afectara. No conocía de nada al señor que acababa de dejar atrás y no iba a darle la satisfacción de que me viera alterarme lo más mínimo.

En el preciso momento en que salí por la puerta de la prisión, tomé una decisión que llevaría a cabo en cuanto pudiera. Una cosa que llevaba mucho tiempo pensando, pero que con aquella visita recibió el empujón que necesitaba.

No volví la vista atrás, ni siquiera para verlo una última vez, ese que acababa de dejar allí dentro no era mi padre.

Después de la visita a la cárcel, no le di más vueltas al tema. Rafa me ingresaría algo de dinero cuando muriera y punto. Unos días más tarde me llegó una carta de un bufete de abogados. Dudé si ir o dejarlo correr, pero me pudo la curiosidad. Cuando me presenté allí

me informaron de que mi padre biológico había muerto y yo era su única heredera. Esas palabras no me afectaron lo más mínimo, para mí llevaba muerto mucho tiempo. Me entregaron un sobre con la suma a la que ascendía la herencia de Rafa. No fui capaz de contar los ceros, me faltó muy poco para desmayarme. Y eso que después de asesorarme me dijeron que esa cantidad era menos de la mitad de lo que Rafa tenía, ya que todo lo demás fue confiscado porque la procedencia era dudosa. Pues para ser menos de la mitad, me había convertido en una mujer muy rica.

### 33. *Mi casa*

Después de eso tardé una semana en ir a ver a mi madre, necesitaba asimilar toda la información. Necesitaba poder hablarlo con ella con la máxima serenidad.

En los días que había pasado en Nueva York había pedido un montón de material que había mandado a casa de mi madre, así que cuando piqué a la puerta estaba nerviosa e impaciente por verlo y también por explicarle a mi madre un montón de cosas, entre ellas que era muy pero que muy rica.

Abrí todos los paquetes como si fuera el día de Navidad. Mi madre me observaba desde la puerta con una sonrisa en la cara.

—Hacía muchísimo tiempo que no te veía así.

—Igual la estoy cagando y he cometido una locura, me da la sensación de que no sé lo que quiero y que estoy probando sin tener las cosas claras.

—Ay, María, cariño, en esta vida las cosas claras se tienen muy pocas veces. Prueba lo que tengas que probar, hacía tanto tiempo que no te veía tan contenta que solo por eso merece la pena.

Pasé el día en casa de mi madre. Hablé con ella de un montón de cosas y entre un tema y otro le solté la bomba.

—Mamá, mi padre biológico ha muerto. —La vi palidecer y tardó un rato en volver a recuperar el color, aún pasaron unos minutos más hasta que pudo hablar.

—¿Cómo lo sabes?

Se lo expliqué todo. Que desde mi vuelta de Nueva York tenía la sensación de que alguien me seguía, mi visita a la cárcel, todo lo que me había dicho Rafa y la cantidad de ceros que tenía mi cuenta corriente.

—Después de veintiocho años ya era hora de que ese cabrón hiciera algo por ti. ¿Qué piensas hacer con tanto dinero?

—Pues de momento he donado un pico a unas cuantas ONG y a unas pocas protectoras de animales. También le he dicho a Alba que

pida por esa boquita, pero ya sabes cómo es. Solo me ha pedido una cosa, la única que yo no quería hacer. He pagado el ingreso de su madre en una de las mejores clínicas de Madrid.

—Alba no se dará cuenta nunca de que tiene que ser su madre quien tome la decisión de desintoxicarse. Habrá decidido ingresar para que Alba la deje en paz, pero en cuanto necesite volver a beber se escapará y nada de lo que hagáis habrá servido. Pobre Alba.

—Lo sé, pero Alba jamás me pediría algo para ella, ya sabes cómo es. No he podido negarle eso. Y no hace falta ni que te lo diga, pero si necesitáis cualquier cosa, solo tienes que pedírmela.

—Lo único que necesito es verte feliz. Y eso no se consigue con dinero.

Nos fundimos en un abrazo eterno, de esos que necesitas y que sabes que echarás de menos incluso antes de que se acabe.

Hablé muchísimo con Natalia y le prometí que la recogería el próximo sábado para pasar un día juntas. Se entusiasmó muchísimo con la idea e hicimos numerosos planes para ese día.

Decidí esperar a Hugo y cenar todos juntos, llevábamos años sin hacerlo. Cuando llegó se sorprendió al verme.

—Bienvenida a casa, preciosa.

—Gracias, Hugo.

—Estás guapísima; quiero decir, mucho más guapa de lo habitual.

Había dejado mis trajes y mis moños y poco a poco estaba encontrando mi estilo, como decía Alba; arreglada pero informal.

Al oír las últimas palabras de Hugo mi madre salió disparada de la cocina.

—¿Qué has hecho?

—¡¿Yo?! Nada.

—Hugo, desembucha.

Yo los miraba a una y a otro, y no podía evitar sonreír. Se conocían tan bien que a mi madre le bastó una frase para saber que Hugo le escondía algo. Y Hugo la miraba y le sonreía al verse pillado.

—Vale, de acuerdo. Le he hecho una visita a Rodrigo.

—¿¡Qué!?! —Mi madre y yo contestamos a la vez.

—Hugo, ¿tienes que ser siempre tan protector? Ya lo habíamos solucionado nosotras.

—Y lo habíais hecho muy bien; solo he ido en calidad de policía, quería aclararle qué pasa cuando alguien te denuncia por malos tratos.

—Pero si yo no lo he denunciado y, además, el que salió peor parado fue él.

—Ya, cariño, pero eso no lo sabe nadie, no hay parte médico; sin embargo, tu madre sí que hizo uno tuyo. O por lo menos eso es lo que le he dicho a él.

Me guiñó un ojo, me sonrió y no pude evitar levantarme a abrazarlo. Hugo siempre me había cuidado de una manera discreta y en segundo plano, dejando que fuera mi madre la que tomara las decisiones en lo referente a mí, pero en todo momento había estado en la «sombra», y lo más importante era que yo siempre había sentido su cariño.

## 34. Soy un tío paciente

*Hacía días que había vuelto del rodaje y estaba que me subía por las paredes. Después de darle muchas vueltas a la mejor manera de aproximarme a María, lo único que se me ocurrió fue pasarme por su trabajo e invitarla a un café. No era una grandísima idea, pero sí la única que me venía a la cabeza.*

*No sabía bien lo que le iba a decir, pero después de mucho pensarlo y por mucho que me jodiera que me hubiera mentido, si había una pequeña brecha en esa relación que tenía con su prometido yo quería meterme en ella. Me quedé de piedra cuando su jefe me dijo que ya no trabajaba allí. Tampoco me dio demasiadas explicaciones y fue bastante más cortante que otras veces, así que no insistí.*

*Tenía el número de María, pero me resistía a llamarla; después de cómo había acabado todo, me parecía un poco frío mantener una conversación por teléfono con ella. Así que solo quedaba una opción. Me la había guardado como último recurso o como un comodín, pero había llegado el momento de usarlo. Visitaría a cierta pelirroja sexi a ver si estaba dispuesta a ayudarme.*

*Llegué a la floristería fácilmente y me sorprendió lo bonita que era; viendo a Alba siempre pensé que su negocio sería algo caótico. Nada que ver con la realidad. Olía muy bien, como todas las floristerías, pero poseía un algo, que podríamos llamar «encanto», que desde luego no todas lo tenían.*

*Localicé rápido a Alba, desde luego su pelo me lo puso muy fácil, era inconfundible.*

*—Buenos días, preciosa, venía buscando flores.*

*Alba levantó la cabeza de lo que estaba haciendo y me sonrió, pensé en lo bonita que era cuando se relajaba.*

*—Pues has venido al sitio perfecto. ¿Te preparo un ramo como el de tu hermano? —A los dos nos dio la risa.*

*Alba dejó unas cuantas instrucciones a una chica que trabajaba en la tienda y salimos a tomar un café.*

*—He pensado que si venías a hablar conmigo debía de ser importante, así que vamos a hablar tranquilamente.*

*—Muchas gracias, en realidad venía a hablar de María.*

*—Ya me imaginaba.*

*Entramos en una cafetería y los dos pedimos lo mismo: un café corto muy caliente. Le sonreí. Era extraño, pero con Alba tuve una conexión casi instantánea.*

*—Pues tú dirás.*

*—En realidad no sé ni por dónde empezar. Sé que María y yo apenas pasamos unos días juntos y que no tengo derecho a pedirle explicaciones de nada, pero lo último que imaginaba era que tuviera una pareja esperándola... Me quedé flipando cuando vi el pedrusco en su mano, aunque no la vi ni muy segura ni muy enamorada de su prometido. Si hubiera notado que estaba convencida yo me habría retirado y aceptado mi derrota, pero no sé... —Alba no me dejó terminar la frase.*

*—María lo ha dejado con ese imbécil después de que Rodrigo le pegara un guantazo y ella le estampara un jarrón en la cabeza.*

*Tuve que cerrar la boca. ¿Qué era lo que acababa de decir? No me hizo falta hacer la pregunta en voz alta porque Alba me lo explicó todo de manera más pausada. Me quedé alucinando, pero me alegré al saber que estaba en lo cierto y que María no se había enamorado de semejante elemento. ¿Qué tío era capaz de ponerle la mano encima a una mujer?*

*—Yo se lo dije desde el principio, ese tío era gilipollas y con el tiempo, lejos de ir a mejor, cada vez iba a peor.*

*—Tengo que darte toda la razón, es un gilipollas. Pero lo que realmente quiero saber es si tengo alguna oportunidad con María.*

*—Pues no sé qué decirte, María está en un momento de su vida en el que necesita estar un tiempo sola. No creo que empezar otra relación ahora sea lo que necesite.*

*—Puedo esperar, soy un tío paciente.*

*—Eso era exactamente lo que esperaba que contestaras.*

*La sonrisa de Alba se ensanchó y yo supe que tenía una aliada.*

## 35. *Álex*

Cuando Alba llegó a casa yo me moría por explicarle todo lo que había hecho y aprendido ese día. Hacía muchísimo tiempo que no era tan feliz.

Mientras estuve en Nueva York, hice todos los trámites para apuntarme a un curso de fotografía con uno de los mejores fotógrafos del momento. Eso y el equipo fotográfico que recibí en casa de mi madre casi me llevan a la ruina, pero después de cobrar la herencia el dinero ya no me preocupaba.

Una de las cosas más importantes que hice en Nueva York y por la que pagué una factura astronómica fue hablar con Alba, que al trabajar en una floristería podía ponerme en contacto con parejas de novios para hacerles el reportaje de ese día tan especial.

Jamás en mi vida había disfrutado tanto con algo, pensé que si podía trabajar como fotógrafa sería como un sueño. Llevaba unos días yendo a la formación y estaba entusiasmada; además, Alba me había conseguido una entrevista con una pareja que se casaba más o menos por la misma fecha en la que yo acababa el curso.

Por primera vez en mucho tiempo el nudo de mi estómago casi había desaparecido. Alba se sentó a mi lado con una cerveza en la mano, me tendió otra para mí y, aunque yo no solía beber cerveza porque no me entusiasmaba su sabor, la acepté.

—Hola, María, ¿a que no sabes con quién he tomado un café hoy?

—Ni idea.

—Con *Álex*

Le di un sorbo tan grande a mi cerveza que casi me la bebí entera. El nudo de mi estómago hizo un salto mortal y volvió a apretarse un poco. Notaba la mirada de Alba fija en mí. Estaba esperando que le preguntara, pero Alba no tenía paciencia para eso, al final acabó hablando ella primero.

—Estaba muy guapo, y como siempre ha sido muy agradable.

Seguí callada esperando que Alba me explicara más, pero por primera vez en mi vida me equivoqué con ella. Dio media vuelta, dejó la cerveza vacía encima de la mesa y se metió en la ducha, dejándome con cara de boba y con toda la intriga del mundo.

No volvimos a hablar del tema, Alba no era especialmente paciente y sabía que tarde o temprano me lo contaría todo, o por lo menos eso era lo que yo esperaba.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, Alba me pidió como favor que bajara a la floristería a echarles una mano. Ese día no tenía curso, así que fui encantada. Sabía que Alba lo hacía más por mí que porque ella necesitara ayuda, y yo se lo agradecía. Me estaba costando acostumbrarme a tener tantas horas libres, pese a que muchas tardes salía a hacer fotos por la ciudad y a la gente que paseaba por ella. Con la luz del atardecer las fotos quedaban preciosas.

Cuando llevaba una hora más o menos en la floristería, tuve la sensación de que alguien me observaba; levanté la vista y ahí estaba él. Hacía bastante tiempo que no lo veía, pero mi corazón se aceleró exactamente igual que hacía siempre.

Álex me miraba con intensidad y a mí me temblaron las piernas. Estaba guapísimo, llevaba barba de dos días y sonreía de esa manera que a mí me hacía estremecer.

—Hola, María, ¿cómo estás?

—Hola, Álex. Ya ves, aquí ayudando un poco; ¿y tú?

—He venido a tomar un café con Alba.

Me quedé tan cortada que creo que se me notó. Esa era la última respuesta que esperaba, pues al verlo allí pensé que había ido para hablar conmigo.

—Ah. —Toma ya mi don de palabra. «Sí, señor. Lo has bordado, María».

Los vi salir juntos y me fijé en Álex, que sonreía a Alba de una manera que no me hizo ninguna gracia. Ella se abrazó fuerte a su brazo mientras le besaba en la mejilla y a mí tanta intimidad me puso nerviosa.

Sí, vale, ya sabía que no tenía ningún derecho sobre Álex, la había cagado bien con él; si la cosa hubiera sido al revés y yo hubiera estado en su situación, no querría verlo ni en pintura. Además, estaba intentando poner en orden mi vida. Todo eso estaba muy bien y era muy racional, pero hubiera dado lo que fuera por pegarle un empujón a Alba y ocupar su lugar. Ver a Álex abrazando y sonriendo a otra, aunque fuera mi mejor amiga, me puso de tan mal humor que acabé echando a perder las flores que tenía en ese momento entre las manos. Salieron por la puerta bromeando y a mí las dos siguientes horas se me hicieron eternas.

## 36. La cena con Alba

*Al salir de la floristería habíamos ido a tomar un café al mismo sitio de siempre. Alba estaba explicándome una cosa y he de reconocer que hacía mucho tiempo que no me reía tanto.*

*—Ay, Alba, no habrá un hombre lo suficientemente bueno para ti.*

*—Eso lo tengo clarísimo desde que me quitaron el pañal y lo pillé a la primera. En fin, a lo que vamos, que me lío a hablar y no hay quien me pare. María ha flipado un poco, pero es que hay veces que necesita un empujoncito. Que no le ha hecho ninguna gracia lo sé bien, pero también sé que no sacará el tema conmigo ni me preguntará nada. Hay veces que creo que tiene horchata en las venas, por eso hay que llevarla un poquito al límite.*

*—Yo a este plan le veo lagunas.*

*—Confía en mí, conozco a María desde hace mucho. Y si para que se ponga celosa del todo tenemos que acostarnos, yo tampoco tengo ningún problema; de adolescente no, pero ahora estás buenísimo. —No pude evitar soltar una carcajada.*

*—Tú tampoco estás mal, pero hay cierta morena amiga tuya que me tiene loco.*

*—Eso suele pasarme cuando María está cerca. Pero bueno, alguna tenía que ser la graciosa, porque María es muy guapa, pero muy sosa. Y que conste que esto se lo puedo decir yo, pero como oiga a alguien decirle sosa a María le rompo los dientes.*

*Continuamos hablando como si nos conociéramos de toda la vida y cuando quise darme cuenta habían pasado dos horas.*

*Estuvimos haciendo lo mismo durante bastantes días, y pese a que yo no notaba ningún cambio en la actitud de María, Alba me decía que íbamos por buen camino. Yo estaba empezando a dudar del plan; Alba era un encanto, pero estaba un poco loca.*

*Esa noche había quedado para cenar con ella, según Alba aquel era el momento álgido del plan. Yo estaba encantado con su compañía, pero en verdad con quien quería cenar era con María, aunque como ya he dicho soy una persona paciente.*

*Fui a buscar a Alba a su casa. Me abrió la puerta María y yo me quedé un poco cortado.*

*—Pasa, Álex, no te quedes en la puerta, Alba saldrá enseguida.*

*¿Me lo parecía a mí o en su voz había cierta acidez? La miré de arriba abajo y noté cierta presión entre las piernas. Llevaba una camiseta de tirantes y un pantalón tan*

*corto que al girarse pude verle medio culo ¡Y qué culo! No pude evitar pensar en los días que pasamos en México... Tuve que parar mis pensamientos, o al final rompería el pantalón y María acabaría dándose cuenta.*

*Estábamos tan tensos que el ambiente se podía cortar con un cuchillo, y yo estaba deseando que saliera Alba para destensarlo.*

*—¿Qué tal te va todo? —Decidí hablar con ella, a ver si de esa manera nos relajábamos un poco.*

*—Pues muy bien, he dejado mi trabajo en el periódico y estoy haciendo un curso de fotografía que me está encantando, aprendo mucho.*

*—Me alegro por ti, de verdad. ¿Y tu prometido?*

*Ya sabía muchas cosas de las que me estaba contando, y por supuesto sabía lo de Rodrigo, pero quería que me las explicara ella.*

*—Es una larga historia, si te apetece un día tomamos un café y te lo cuento.*

*—Claro, cuando te vaya bien me llamas.*

*Me guiñó un ojo y yo me quedé totalmente descolocado, menos mal que en ese momento salió Alba. Aunque yo continué con la boca abierta, porque nunca había visto a Alba tan guapa; qué coño guapa, estaba espectacular.*

*—Madre mía, Alba, estás preciosa.*

*—Preciosa tú, yo cuando quiero soy resultona.*

*Yo continuaba sin hablar, no parecía ella. Se había hecho algo en el pelo, iba maquillada y llevaba un vestido muy corto. En lo único que seguía siendo Alba era en los zapatos, que, a pesar de tener un tacón de infarto, eran de colores.*

*—Estás preciosa. —Fue lo único que pude decir.*

*Al acabar de decir esa frase y de manera inconsciente me giré para mirar a María, que había bajado la cabeza...; ¿estaría celosa?*

*—Gracias, tú tampoco estás mal.*

*Nos despedimos de María y salimos de allí. Al montarnos en el coche le expliqué a Alba la conversación que acababa de tener con María. Dio un grito que por poco no me estampo con el coche de delante.*

*—¡Por fin! Que María te haya pedido un café para explicártelo todo es increíble, es mucho más de lo que yo esperaba. Supongo que le habrás dicho que sí. —Asentí con la cabeza, con un poco de miedo por si la había cagado y Alba me echaba la bronca—. Estupendo, a ver qué pasa.*

*Sonreí porque por fin veía resultados al loco plan de Alba.*

*Entramos los dos de muy buen humor en el restaurante hasta que vi a Alba cambiar el gesto. Dirigí la vista hacia donde ella estaba mirando y me encontré con los ojos de*

*mi hermano. Nos acercamos a saludar.*

*—¿Qué tal, Mario?, no esperaba encontrarte por aquí. Hola, Ana, ¿cómo estás? — Ana era por entonces la pareja de mi hermano; aunque no la conocía mucho, habíamos coincidido en un par de ocasiones.*

*—Hola, Álex. Muy bien, ¿y tú?*

*—Bien. Mira, te presento a Alba. Alba, ella es Ana, la pareja de mi hermano.*

*Ana se levantó y le dio dos besos a Alba. Intercambiaron unas palabras y yo me fijé en que Mario no despegaba los ojos de Alba. Me dio miedo lo que pudiera pasar, así que intenté despedirme lo más rápido posible.*

*Ana se disculpó y se fue al baño. Entretanto, Mario no dejaba de mirar a Alba con intensidad, no sabría decir si su cara reflejaba admiración o enfado.*

*—Veo que al final te has quedado con el más feo de los hermanos. —Mierda. Ese era Mario buscándole las cosquillas a Alba.*

*—Si eso hubiera pasado, estaría cenando contigo. —Alba sonrió con un gesto de lo más pícaro mientras contestaba a Mario, su voz destilaba sarcasmo y algo más que no supe interpretar.*

*—¿Sabes, pelirroja? Cuando te peinas pareces hasta guapa.*

*—Te pasa exactamente lo mismo cuando cierras esa boca que tienes.*

*En el momento en que Ana volvía a la mesa, cogí a Alba del brazo y fui tirando de ella mientras nos despedíamos de mi hermano y su acompañante. Pero Alba giró la cabeza y les dijo:*

*—Espero que te gustara el ramo; porque era para ella, ¿verdad?*

*Vi a mi hermano atragantarse con la comida y maldecir algo por lo bajo. Yo casi corrí hacia nuestra mesa.*

## 37. *El secreto de Raquel*

Estaba agotada, así que cuando llegué a casa saludé a Alba con la cabeza y me dirigí a mi habitación. No quería caer en la tentación de preguntarle cómo había ido la cena con Álex, por lo que aligeré el paso. Cuando pasé por la puerta del cuarto de Raquel, me paré, escuché atentamente y salí al comedor para avisar a Alba. Raquel estaba llorando, y aunque se oía flojito no cabía duda de que algo le pasaba.

Picamos a la puerta y Alba, como siempre, no se esperó a obtener respuesta, entró como si la habitación fuera suya.

—¿Qué te pasa, Raquel?

Las dos nos sentamos en la cama junto a ella y cuando levantó la cabeza me sorprendió. Debía llevar bastante tiempo llorando, tenía los ojos muy hinchados.

—Es bastante largo de explicar.

—Tenemos toda la noche.

Me levanté y fui a buscar una caja de pañuelos mientras pensaba que estaba molida, pero algo gordo le pasaba a Raquel para que llorara así.

—Creo que esta conversación la debería haber tenido con Alba hace mucho tiempo.

—Nunca es tarde.

—Si quieres me voy. —Me dio la sensación de que sobraba.

—No hace falta, María, ya no. Además, me gustaría que tú también lo supieras. Pues ahí voy. Así, sin paños calientes ni nada: Alba, durante mucho tiempo he estado enamorada de ti. Ahora ya no, pero me he pasado mucho tiempo bastante colgada.

Me asusté, me daba miedo la reacción de Alba, no porque se lo fuera a tomar mal, sino porque soltara alguna de las suyas, pero por primera vez en la vida habían dejado a Alba sin palabras. Abría y cerraba la boca como un pececillo, pero no salía de ella sonido alguno. Decidí intervenir.

—Vaya, Raquel, nos conocemos desde hace mucho y no tenía ni idea de que te gustaran las mujeres.

—Bueno, mi familia sí lo sabe, pero me daba miedo que, al decíroslo a vosotras, Alba se diera cuenta de que estaba enamorada de ella.

—Me lo podías haber dicho. —Por fin Alba había recuperado el habla.

—¿Qué hubiera conseguido? Nunca habrías sentido nada por mí, te gustan demasiado los tíos.

—Eso también es verdad, pero podíamos haber probado, tienes que comerlo de muerte.

—¡Alba!

Miré a Raquel, que sonreía; las dos sabíamos que Alba lo había dicho para destensar un poco el ambiente.

—Y ahora ya no te gusto. —Alba lo dijo con cara de pena, esta chica era un caso.

—No. Creo que ese es el motivo por el que te lo cuento en este momento; bueno, ese y que me he enamorado de otra persona, y como tengo el radar hecho una mierda, resulta que después de llevar más de seis meses saliendo con ella me he enterado de que está casada. ¡Y con un tío!

Si ya es difícil que alguien deje a su pareja por una amante, imaginaos encima dejar a tu marido por una tía. No lo va a hacer y yo estoy destrozada.

—Voy a por unos chupitos.

Esa era Alba en modo rescate. Pero creo que más que para Raquel los chupitos los necesitaba para ella. Aunque después de escuchar la historia que acababa de explicarnos Raquel hasta yo me iba a tomar uno.

Alba volvía de la cocina con una sonrisa en la cara y yo sabía que ya había asimilado la información y que iba a soltar una de las suyas.

—Mientras cogía los vasos he estado pensando que es normal que te enamoras de mí. Soy irresistible. Y este pelazo mío es la hostia.

—Tienes un pelo precioso, Alba, pero lo que más me gusta de ti es que escondes toda tu mierda con ese humor tan tuyo.

—Lo sé, soy la leche. —Después de oír a Raquel la sonrisa de Alba flaqueó un poco, pero casi ni se le notó.

De nosotras tres, Alba era la que más humor le echaba a todo y la que había tenido una vida mucho más jodida.

Después de tomarnos los chupitos, Raquel nos estuvo explicando cómo se había sentido respecto a Alba y los sentimientos que tenía en esos momentos hacia Abril. También nos explicó que sus padres lo habían aceptado bastante bien, pero en una conversación su hermana le había dicho que cómo podía estar tan segura de que no le gustaban los hombres si no los había probado. Raquel le contestó preguntándole si ella había estado alguna vez con una mujer para saber que no le gustaban. A su hermana no le quedó otra que callar, pero no acababa de aceptarlo.

Estuvimos hablando hasta pasadas las cuatro de la madrugada. Cuando noté que los ojos se me cerraban di las buenas noches a las dos, pero Alba se quedó un poco más con Raquel. Mientras salía oí cómo le daba las gracias por habérselo explicado. Alba era una de las mejores personas que había conocido nunca, aunque a veces tuviera ganas de matarla.

## 38. *Somos amigos. Nada más*

Habían pasado algunas noches desde nuestra conversación con Raquel, y aunque esta seguía triste y cabizbaja, nuestra relación con ella se había estrechado, ya que ahora no nos rehuía y hablaba abiertamente de sus sentimientos con nosotras. La pobre lo estaba pasando fatal. Había decidido dejar de ver a Abril y le estaba costando muchísimo hacerse a la idea.

Estábamos en ese mismo momento sentadas en el sofá, me acababa de explicar un montón de cosas sobre ella que yo desconocía. Nos habíamos bebido una botella casi entera de vino y eso nos había soltado la lengua y ayudado a ponernos casi al día de nuestra vida sentimental.

Hacía diez minutos que habíamos decidido ver una peli. Lo agradecí, porque esa noche estaba histérica; Alba había vuelto a quedar con Álex para cenar y ahí estaba yo, sentada en el sofá mirando la tele sin verla y esperando que llegara. Por si eso no me pusiera ya bastante nerviosa, sabía que tenía que llamar a Álex para tomar un café con él, pues fui yo la que se lo propuso, pero antes de eso quería hablar con Alba.

Cuando llegó se sentó con nosotras en el sofá. A pesar de que ese tipo de cosas me cuestan mucho, no podía seguir así o al final me iba a salir una úlcera. Le pregunté directamente qué había entre ella y Álex.

—Pensaba que no me lo ibas a preguntar nunca. No hay absolutamente nada; es muy mono, demasiado, pero no es mi tipo. Somos amigos y me gusta hablar con él. Nada más.

Alba nunca se andaba con rodeos, era siempre tan sincera que me quedó clarísimo que entre ellos dos no había nada. Se fue a dormir y yo me metí en mi habitación, aunque fui incapaz de pegar ojo. Desde que Kinder llegó a mi vida todas las noches se acurrucaba a mis pies en la cama y ahí dormía la mar de a gusto. Al principio intenté que no subiera, pero al final me acostumbré y me calmaba tenerla cerca.

Empecé a pensar en Álex; bueno, él siempre ocupaba mis pensamientos, pero como soy una controladora nata quise analizarlo todo detenidamente. No podía empezar a salir con él. Primero necesitaba centrarme un poco, acabar el curso de fotografía y organizar mi vida. Me di cuenta de que lo que de verdad me hacía falta era estar un tiempo sola. Tenía claro que eso era lo que necesitaba, pero hay una gran diferencia entre lo que se necesita y lo que se quiere.

Vi cómo Kinder se removía y soltaba un quejido; me asusté un poco, porque en cualquier momento se podía poner de parto. Al final la veterinaria no tenía que dar en adopción a ningún cachorro. Alba se quedaba uno, mi madre iba a regalarle otro a Natalia y a la *abu* le faltó tiempo para decir que quería uno. También algún cliente de Alba se había interesado y aunque se trataba de una perra pequeña y no tendría muchos cachorros habíamos decidido preguntar a bastante gente por si acaso. Kinder se volvió a dormir y yo me relajé. Me fui quedando dormida con un pensamiento en la cabeza. No era un buen momento para empezar una relación con nadie, pero Álex y yo podríamos ser amigos, ¿no?

Me levanté con un dolor de cabeza espantoso y más sueño que cuando me había ido a dormir. Últimamente casi cada noche Álex se colaba en mis sueños, lo que me hacía dormir poco y mal. Y es que jamás había tenido unos sueños tan eróticos con nadie.

Salí al salón y allí vi a Alba y a Raquel. Las dos estaban desayunando y no pude evitar fijarme en lo diferentes que eran sus desayunos. Alba tomaba café solo, corto y sin azúcar, y Raquel un chocolate en el que mojaba magdalenas. Quien no las conociera pensaría que Alba se cuidaba mucho y Raquel no. Nada que ver con la realidad; la única comida fuerte que hacía Raquel era el desayuno, y a Alba por la mañana no le entraba nada, pero luego se pasaba el día comiendo. Seguían enfrascadas hablando del tema que ocupaba nuestras conversaciones desde que Raquel nos lo había contado. Alba no entendía por qué Raquel no nos había explicado antes que le gustaban las mujeres. Raquel le había repetido un montón de veces que lo hizo cuando estuvo preparada, pero a Alba le costaba

asimilarlo; yo, por el contrario, la entendía perfectamente y respetaba su decisión.

—Haz el favor de dejar de mirarme el culo, Raquel. —Vi a esta poner los ojos en blanco.

—No te lo estaba mirando, no sé cuántas veces te tengo que decir que ya no me gustas.

—Pero reconoce que tengo un culo espectacular.

—Tienes un buen culo, sí.

Las dos se rieron; desde luego había cosas que no cambiaban, y a Alba no la cambiaría nadie.

## 39. *Los cachorros*

Ese día había decidido dar una vuelta por la ciudad para ver si conseguía buena luz y hacía alguna foto que valiera la pena. Las horas, como siempre que me ponía detrás de una cámara, se me pasaron volando.

Cuando llegué a casa me extrañó que Kinder no viniera a saludarme, pese a que la llamé un par de veces. Me tranquilicé al verla acurrucada en su cestito, pero cuando me acerqué tuve que sentarme en el suelo. Kinder había tenido sus cachorros y yo había estado haciendo fotos por la ciudad. Sabía que no era un pensamiento racional; no era como una persona, junto a la que hubiera que estar en el momento del parto, pero me habría gustado presenciarlo. Llamé a la veterinaria y me dio unas cuantas pautas que seguir. Fui tranquilizándome poco a poco; todo había ido perfectamente y tanto a Kinder como a los cachorros se les veía bien.

Esperé a que llegaran las chicas. A Alba por poco no le da un infarto, estaba contentísima.

—Madre mía, que rápido todo. Ojalá nosotras pariéramos así, y encima tres. Eres una campeona. —Se acercó a Kinder y le acarició la cabecita mientras le decía—: Menos mal que está aquí la tita para bautizar a los cachorros.

—Miedo me das; además, tú solo vas a quedarte uno, igual no deberías ponerles nombre a todos.

—Lo tengo bien pensado; ya sabes que soy una friki de Harry Potter, así que se van a llamar Hermione, Harry y Ron. Yo me quedo con Hermione, por supuesto, que es, con diferencia, la más lista. Tu hermana Natalia querrá a Harry, es igual o más friki que yo, y a tu abuela le damos a Ron. Como seguro que no sabe de qué va, le decimos que es por la bebida y seguro que le gusta.

Yo no las tenía todas conmigo, pero cuando llegaron los implicados a casa Natalia parecía encantada con los nombres, así que decidí

callarme. Vi a mi hermana tan entusiasmada con el perrito que decidí explicarle que no se lo podía llevar aún.

—Natalia, cariño, ya sabes que los cachorros tienen que estar con Kinder un tiempo, deberían pasar unas pocas semanas hasta que puedas llevártelo a casa.

—Sí, ya me lo explicó mamá, y también me ha dicho que esta tarde iremos a comprarle cosas a Harry.

Vi a la *abu* hablando tranquilamente con Alba y de pronto el tono de voz subió. Miedo me daban aquellas dos discutiendo, así que me acerqué hasta donde estaban.

—¿Se puede saber qué os pasa?

—Tu amiga, que se piensa que soy tonta.

—Usted no tiene ni un pelo de tonta, señora.

—¿Pues entonces por qué me dices que Ron es una bebida? Es para que no quiera quedarme con Hermione, que sin lugar a dudas es la más lista de los tres. —A mí me dio la risa.

—Abuela, no se te escapa una.

—Si a mí no me importa, me encanta Ron; si sale igual que el personaje será estupendo espabilarlo.

Alba miró a mi abuela con una mezcla de simpatía y admiración. Ya sabía yo que a la *abu* no se la pegaban. Se quedaría con Ron, pero porque ella quería. Si se le llega a meter en la cabeza que quiere a Hermione, Alba no habría tenido nada que hacer.

Al final alguien bajó a encargar unos pollos con patatas. Decidimos comer todos juntos antes de que Alba y Raquel se fueran a trabajar. Yo metí a Kinder y los cachorros en mi habitación y cerré la puerta, pues la veterinaria me había dicho que tenían que estar tranquilos y con todos en casa la tranquilidad brillaba por su ausencia. La *abu* fue a recoger los pollos y subió con un par de botellas de vino, y así fue como el parto de Kinder se convirtió en un motivo de celebración.

## 40. La cita

*María me había llamado y habíamos quedado para vernos ese mismo día. Estaba tan nervioso que no atinaba a hacer nada, así que decidí salir antes y esperarla en la cafetería en la que nos habíamos citado, y a la que yo estaba acostumbrado a ir porque me ponían bastante apartado de la gente.*

*No tenía ni idea de a dónde nos llevaría aquella cita, tampoco estaba seguro de que después de esa hubiera alguna más, así que tenía que poner toda la carne en el asador y hacer que María quisiera repetir. Pensar todo eso no hacía más que echarme presión encima y que cada vez me pusiera más nervioso. Ya no conseguía engañar a nadie, y menos aún a mí mismo: estaba totalmente enamorado de María, lo que pasaba era que ella no se podía enterar o saldría corriendo a la primera de cambio. Sería un hombre maduro que le dejaría su espacio y tendría una paciencia infinita con ella. O por lo menos eso esperaba yo.*

*Cuando la vi entrar pensé que igual no era tan paciente como creía; a ver cómo cojones lo hacía para mantener las manos apartadas de ella durante tanto tiempo.*

*María estaba contenta con lo que hacía y se notaba. Había dejado de lado aquellos trajes y los moños estirados y había encontrado un estilo que le quedaba estupendo, y aunque yo no tenía ni puta idea de moda, me gustaba mucho más así, con una trenza despeinada, esa ropa que le sentaba de maravilla y que le hacía parecer bastante menos estirada que antes. Ahora ya caminaba y se sentaba como las personas normales y no daba la sensación de que llevara un palo metido por el culo. Se la veía muy relajada y tranquila, y eso hacía que resultara incluso más guapa.*

*—Buenos días, María.*

*—¿Qué tal, Álex?*

*Me levanté esperando que me tendiera la mano, pero se acercó a mí y me dio dos besos. Ese simple contacto hizo que me pusiera duro. Lo sé, era un enfermo, pero es que mi cuerpo también la echaba mucho de menos.*

*—Yo estoy bien, como siempre. Ahora he acabado de rodar una película y hasta la promoción tengo un tiempo de descanso. ¿Y tú?*

*—Me alegro mucho por ti. Yo me siento muy bien, la verdad. No sé por dónde empezar a explicarte y ni siquiera sé si te interesa todo lo que te quiero contar.*

—Empieza por el principio, y ten por seguro que me interesa todo lo que tengas que decirme.

María empezó por el principio. Me explicó la historia de su madre, cómo escapó de un padre maltratador y la crio sola, con la ayuda de una amiga que se convirtió en su tía. Muchas de las cosas que me contaba ya me las había dicho, pero estaba embalsada y no sería yo quien la cortara. También me explicó cómo poco a poco se fue volviendo una persona controladora; parte de la culpa fue suya, o por lo menos eso explicaba, y otra de su madre, ya que era muy exigente con ella.

Me habló de sus sentimientos cuando oyó a través de la puerta del lavabo en Londres la conversación que Ramón y yo tuvimos. Y en ese punto tuve que contenerme para no abrazarla, había tanta vulnerabilidad en su voz que me enterneció. Si ella supiera lo mal que lo pasé yo por aquel entonces, cuando ella desapareció sin dejar rastro... La de noches que me dormí pensando en María, y la de días que pasé en que lo único que hacía era soñar despierto con ella. Pero como eso no se lo iba a decir, me dediqué a escuchar cómo me explicaba el inicio de su relación con Rodrigo y cómo esta se fue complicando y deteriorando hasta alcanzar el punto de llegar a las manos. Aquí me tensé; primero, porque me habló de sus sentimientos hacia Rodrigo y a mí no me hizo ni puta gracia, y segundo, porque al pensar que un tío le había puesto las manos encima a María me daban ganas de matarlo.

—Y es por eso por lo que ahora mismo necesito estar sola. No quiero que ningún otro hombre me anule y me haga ser como era cuando estaba con Rodrigo.

—No todos los tíos somos iguales.

—Lo sé, menos mal. Pero es que el problema no es de los hombres, es mío. Soy yo la que tengo que quererme y valorarme, para que la persona con la que comparto mi vida también lo haga.

—Me parece una decisión estupenda, pero podríamos seguir viéndonos mientras te encuentras a ti misma, en plan amigos, quiero decir.

Sí, en ocasiones yo parecía imbécil... No sabía si podría quedar muchas veces con María sin tocarla o besarla, pero quería intentarlo. Tampoco pensaba que ella fuera a pasarlo excesivamente bien. Me había fijado en cómo miraba mi boca mientras le hablaba y tenía la palabra «deseo» pintada en la cara, pero de eso tendría que darse cuenta ella solita. Además, yo no quería que María solo me deseara; lo quería todo, y para eso tendría que esperar. Cuando ella estuviera preparada para empezar una relación, yo estaría ahí. Porque estaba seguro de que cuando se encontrara a sí misma y se valorara como merecía todo valdría la pena con ella.

## 41. *Mi primera boda*

Habían pasado algunos meses desde que Álex y yo decidimos ser amigos. Nos veíamos como mínimo un par de veces a la semana, y a mí la situación cada vez se me hacía más difícil.

No quería empezar una relación, estaba en un momento laboral estupendo, me sentía feliz y en ese mismo instante me dirigía a hacer el reportaje de mi primera boda. Aunque yo era consciente de que me faltaba algo. Hacía mucho tiempo que el nudo de mi estomago se había aflojado y ya no sentía que me ahogaba, dormía bien y estaba relajada, pero tenía un anhelo que no sabía a qué se debía; bueno, en realidad sí lo sabía. Mi anhelo era Álex. Pensaba en él constantemente, me dormía con su imagen en la mente... Tenía sueños con él que jamás había tenido con nadie. Y cuando nos veíamos, era incapaz de quitarme de la cabeza las imágenes de los dos desnudos en México. Empecé a creer que quizá me estaba obsesionando. Pero no quería dar el paso y cagarla; ¿qué pasaría si decidía empezar con él una relación y al poco tiempo volvía a ser la imbécil que fui con Rodrigo? Estaba segura de que Álex no me trataría así, pero es que en aquellos momentos me sentía fuerte, me sentía bien, y quería seguir sintiéndome así.

Sin darme cuenta había llegado a casa del novio. Piqué al timbre y subí mucho más nerviosa de lo que esperaba. Era mi primer trabajo y quería que quedara perfecto. No era una boda tradicional; los novios llevaban un montón de años juntos, pero habían decidido casarse en una ceremonia muy íntima con muy pocos invitados. Esta tendría lugar en unos jardines preciosos en los que estaba segura de que saldrían unas fotos maravillosas.

Me abrió la puerta el propio novio, que iba vestido con pantalones y camisa. Era una vestimenta informal, pero le quedaba muy bien.

—Hola, María, encantado de volver a verte. Pero pasa, no te quedes en la puerta.

Había hablado con Sergio y Adriana semanas antes, me dejaron muy claro qué tipo de fotos querían. Nada demasiado formal, para ellos era una comida con unos cuantos amigos y algún familiar, y lo que buscaban era que eso quedara reflejado en las fotos.

Salí de casa del novio muy contenta con el resultado. Le había hecho unas cuantas fotos a Sergio y otro montón con su mejor amigo —Lucas, creo que se llamaba—. Incluso siendo algo mayores que yo, los dos eran muy guapos.

Cuando llegué a casa de la novia y la vi, me quedé impresionada. A pesar de ir muy sencilla, ya que había elegido un vestido muy informal, estaba preciosa. Les hice unas cuantas fotos a ella y a su hijo Aitor, y nos reímos un montón. Iba a resultar un reportaje de lo más divertido.

Fui haciendo fotos al entorno y a los invitados hasta que los novios llamaron mi atención. Querían que les hiciera una foto con todos los niños y niñas, así que les hice una con su hijo Aitor y con unas gemelas; aunque estas podían tener más o menos la edad de mi hermana Natalia, me costó la vida que se estuvieran mínimamente quietas. Al final tuvo que intervenir la madre.

—Como no os estéis un poco quietas esta noche no veis la serie esa que tanto os gusta.

—Hombre, Lucía, no sé yo si ese castigo...

—Claro que sí, cariño, tú mantente duro con ellas.

A todos nos dio la risa al ver la cara de Lucas.

—Adriana, coge en brazos a tu ahijada, que ya ha acabado de comer.

Lucía se acercó con otra chica hasta donde estaban los novios, cada una llevaba un bebé entre los brazos. Lucía le dio el suyo a Adriana y la otra chica puso el suyo en brazos del novio. Por lo que entendí la otra chica era Daniela, la hermana de Lucía, y su bebé se llamaba igual que yo.

Al final conseguí hacer alguna foto un poco decente, a pesar de que las gemelas no hicieron caso a su madre y no pararon de moverse. Mientras se iban a jugar oí cómo Lucas le decía a Sergio:

—No sé por qué Lucía las castiga tanto, si son clavadas a ella.

El día se me pasó volando, cuando quise darme cuenta me estaba despidiendo de todo el mundo y en lugar de haber estado trabajando parecía que hubiera sido una invitada más. Habían sido realmente encantadores conmigo.

El camino a casa lo hice con una sonrisa en la cara y supe que había acertado totalmente; si en eso consistía mi trabajo, a partir de entonces iba a ser una persona muy feliz.

## 42. Alba y sus planes

*Habían pasado meses y mi relación con María estaba totalmente estancada. No quería dar un paso en falso. La hubiera besado un montón de veces, pero me daba miedo que se volviera a meter en su caparazón y no me dejara acceder más a ella. Aunque estaba claro que algo tenía que hacer o podríamos estar así toda la vida, y la verdad, empezaban a dolerme bastante los huevos. Era estupendo verla y quedar con ella, pero, joder, se me hacía insoportable no poder ni siquiera besarla. Así que decidí ir a ver a cierta pelirroja que, a pesar de estar loca de remate, con respecto a María parecía que sabía lo que hacía.*

*Nada más entrar en la floristería y mirar a Alba a la cara, esta lo arregló todo y en dos minutos estábamos sentados en una cafetería. Hacía calor, pero era impensable tomar algo en la terraza, ya que no nos dejarían hablar, así que nos fuimos al interior y nos sentamos en una mesa apartada. Nada más sentarme Alba soltó a bocajarro:*

*—Lo sé, eres una persona muy paciente y toda esa mierda, pero estás a punto de que te revienten los huevos.*

*—No podría haberlo dicho mejor.*

*—Vale, tenemos que hacer algo para despertar a Blancanieves de su letargo, y no estoy hablando de un beso sin su consentimiento, porque entonces soy yo la que te los revienta. Estoy hablando de la palabra mágica para que María reaccione: «celos».*

*—No sé si María a estas alturas sentiría celos.*

*—No veas si sois tontos los tíos; perdón, no quiero generalizar, pero María te tiene seguro, quedáis una o dos veces por semana y a ella de momento esta situación ya le va bien, y conociéndola igual le va bien hasta dentro de unos años.*

*—¡No pienso estar años así!*

*—Tranquilo, como te he dicho, a María le hace falta cierto empujoncito. ¿Macarena y tú lo habéis dejado ya?*

*—Macarena y yo no teníamos nada desde hacía mucho tiempo, pero sí, oficialmente lo dejamos hace algunas semanas.*

*—Y María lo sabe, claro.*

*—Por supuesto.*

*—En fin, has jugado fatal tus cartas, pero aquí estoy yo para ayudarte. ¿Cuándo tienes el próximo evento?*

—Pues el viernes hay un estreno bastante importante. —No tenía ni la menor idea de adónde quería llegar Alba, y empezaba a darme miedo.

—¿Habrá prensa?

—Sí, claro, en este tipo de eventos siempre la hay.

—Vale, pues ese es el día. ¿Puedes conseguir que una tía te acompañe y te meta la lengua hasta la campanilla delante de las cámaras?

—Pero ¡¿qué dices, loca?!

—Necesitamos que María lo vea, y si no hay cámaras será como si no hubiera pasado. Ya sabes, ojos que no ven... —No la dejé acabar la frase, aquello era una locura.

—Este plan tiene lagunas. Lo siento, pero no lo veo, Alba.

—Lo entiendo; si se te ocurre alguno mejor, házmelo saber.

Se levantó de la silla y a mí me entró el pánico. Si tenía que estar años en esa situación con María me iba a dar algo.

—Vale, de acuerdo. Siéntate y lo hablamos.

Me tranquilicé cuando vi cómo se volvía a sentar, pero me dio miedo la sonrisa que asomó a su cara un segundo después.

—Pues si el plan te parece bien, estoy dispuesta a sacrificarme.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que seré yo la que te meta la lengua hasta la campanilla.

Creo que se me quedó cara de gilipollas, porque Alba sonrió y a mí me dio miedo de verdad.

—A ver, no podemos dejar que otra tía se deje besar por ti o tú por ella y se haga ilusiones, te acabes enamorando de ella y todo esto se vaya a la mierda.

—¿Pero de qué cojones estás hablando?

—Bueno, es igual, yo me entiendo. Yo vivo con María, puedo avivar sus celos y no me da tanto miedo que me beses a mí como que lo hagas con otra. Porque no te vas a enamorar de mí, ¿verdad? Ya sé que soy irresistible y esas cosas, pero yo te quiero como amigo.

—Estoy hasta los cojones de ser el puto amigo, pero, aunque la tentación es muy grande, yo ya estoy enamorado de María.

—Bien, pues con las cosas claras, vamos a trazar el plan.

¿En qué cojones estaba pensando para pedirle consejo a Alba? Me caía muy bien y era una tía estupenda, pero aquel plan no había por dónde cogerlo. En fin, solo podían pasar dos cosas: que María me mandara a la mierda o que reaccionara de una vez. Solo esperaba que fuera la segunda opción.

## 43. *El estreno*

Era viernes y al día siguiente tenía una entrevista con una pareja de novios. Sergio y Adriana les habían hablado muy bien de mí y querían conocerme. Verdaderamente no había nada mejor que el boca a boca.

Pensé que Álex me llamaría para quedar y cenar juntos esa misma noche. Los viernes era el día que mejor nos iba a los dos, pero no supe nada de él, así que me duché, me puse el pijama y me senté en el sofá dispuesta a ver una peli.

Cuando vi salir a Alba de su habitación me quedé de piedra. Llevaba un vestido largo de color verde botella que le quedaba impresionante, pero es que, además, se había hecho un moño con trenzas de diferentes tamaños y se había maquillado tan bien que parecía una estrella de cine. Quería preguntarle, pero no me salían las palabras.

—Bueno, ¿no me vas a decir nada?

—Joder, Alba, estás espectacular.

—Has dicho «joder», así que me hago a la idea de que debo estar que rompo. —Sonrió con algo de inseguridad.

—Me has dejado sin palabras.

—Bueno, voy a un estreno importante; tenía que arreglarme, que hay prensa.

Incluso antes de preguntar sabía que era mejor no hacerlo, porque estaba segura de que iba a doler, pero de todas formas lo hice.

—¿A un estreno?

—Sí, Álex me ha pedido que lo acompañe esta noche, por lo visto es un evento importante.

—Ah.

No pude decir nada más, creo que ni siquiera me despedí de Alba. Me levanté del sofá, me metí en mi habitación y me acurruqué con Kinder y Hermione en la cama. No podía dejar de pensar que todo aquello lo había buscado yo. ¿No quería que Álex y yo fuéramos solo

amigos?, pues ahí estaba, eso era lo que éramos. Aunque como amigos podía haberme pedido a mí que lo acompañara; ¿por qué se lo había dicho a Alba?

En esos momentos sentía muchas cosas, pero había dos que estaban por encima de las otras: me sentía enfadada y triste. No entendí por qué mi cuerpo reaccionaba así, si era yo la que no quería una relación. Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas. Me las sequé y pensé que no tenía por qué llorar. Alba y Álex solo eran amigos, ¿verdad?

## 44. El beso

*Había llegado la gran noche. Fui a buscar a Alba a su casa y tardé un rato en encontrar las palabras adecuadas para decirle que estaba espectacular. Y me quedaba muy corto. Ella no le dio importancia y me explicó que María casi no había reaccionado cuando le dijo que iba conmigo al estreno. Según Alba eso era bueno, yo no estaba tan seguro.*

*Estuvimos hablando todo el camino del mejor momento para el beso.*

*—Ya sé que estoy buenísima, pero controla los nervios, solo es un beso.*

*—La verdad es que lo estás. Pero es que no puedo evitar ponerme nervioso, no sé si estamos haciendo lo correcto.*

*—Confía en mí, ¿cuándo te he fallado yo?*

*Me hizo gracia la pregunta y los dos sonreímos destensando el ambiente.*

*Lo mejor era besarse en el photocall, sabía que ahí era donde se concentraría toda la prensa. Así que nada más bajar del coche agarré la mano de Alba y nos dirigimos hacia allí.*

*Vi a mucha gente conocida y fui saludándola con la cabeza. Nada más llegar y con un montón de cámaras fijas en nosotros, cogí con suavidad la cara de Alba y la besé. No sé por qué pensé que Alba me metería la lengua hasta la garganta, pero nada que ver con la realidad, fue un beso de lo más casto. Mientras nos separábamos no pudimos evitar que una sonrisa asomara a nuestros labios, estaba claro que ese beso no había significado nada para ninguno de los dos. De pronto un brazo me agarró con fuerza y me apartó del foco de atención de la prensa.*

*—¿Se puede saber qué cojones haces?*

*—¡¿Se puede saber qué hace este imbécil aquí?!*

*Vale, a ver cómo manejaba yo aquella situación. Mi hermano me miraba con cara de querer matarme y Alba miraba a Mario de igual manera.*

*—Alba, cariño, Mario es mi representante, va a todos los eventos a los que asisto yo.*

*—¿Cariño? Tú te has vuelto loco, o eres gilipollas. ¿Cómo se te ocurre traer aquí a la pelirroja y besarla delante de todas las cámaras? Voy a tener que dar un montón de explicaciones por eso. Hay veces que pareces tonto.*

*—Te estás pasando, Mario. Todos los actores se besan con un montón de chicas, no creo que sea tan difícil de explicar. Di que es un rollo y ya está.*

—¿Eso es? ¿Un rollo? ¿Con la pelirroja? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Vamos a ver, ¿tú no eres su representante? Pues di a la prensa lo que te está diciendo Álex y ya está.

—No te metas en esto.

—Me meto donde me da la gana, que la cosa también va conmigo. Y no se te ocurra hablarme así.

—¿O qué?, ¿qué vas a hacerme, pelirroja?

Mario se había acercado tanto a Alba que sus bocas casi se rozaban, yo los contemplaba sin acabar de entender nada. ¿Por qué se llevaban tan mal? Mario era muy desagradable con ella, pero, aunque tampoco era una persona encantadora con el resto del mundo, no solía ser tan borde.

Separé a Alba de Mario; ambos continuaron mirándose con mala cara hasta que entramos en la sala. El resto de la noche no se volvieron a dirigir la palabra.

Yo solo esperaba, más bien deseaba, que todo aquello sirviera para algo. Ahora le tocaba a María dar el paso, yo ya no sabía qué más hacer para que me viera como algo más que a un amigo. Haciendo gala de la paciencia que siempre presumo de tener, solo me quedaba esperar.

## 45. Siempre ella

Casi no pude pegar ojo en toda la noche y justo me quedé dormida cuando llegó Alba. Me sabía mal despertarla, así que esperaría para hacerle el interrogatorio, desayunaría tranquilamente y la dejaría dormir un poco más.

Me hice un café con leche y me senté en la mesa de la cocina a mirar el móvil mientras me lo tomaba. Puse el primer periódico que encontré y cuando la imagen ocupó toda la pantalla me atraganté, me dio la tos y ensucié la mesa de la cocina. No podía creer lo que estaba viendo. Alba y Álex se besaban; la imagen iba acompañada de un titular que decía: «La desconocida nueva pareja de Álex Rodríguez».

Recogí todo lo que había manchado, me vestí y salí a la calle. Necesitaba que me diera el aire, hacía muchísimo tiempo que no tenía esa sensación de ahogo. Mientras mis pies me llevaban a casa de mi abuela, intenté serenarme, respirar con más tranquilidad, pero me resultó casi imposible. Cuando me abrió la puerta no pude contenerme más y me abracé a ella llorando.

—Tranquila, mi niña. Te doy quince minutos para que te desahogues, luego se acabó esta tontería.

Nos fuimos hacia el sofá cogidas de la mano y con Ron dando saltos a nuestro alrededor. Al sentarnos el perrito se subió a las faldas de mi abuela.

No pude aguantar más y fui directa al grano.

—Abu, Álex y Alba están juntos.

—Claro que sí, cariño y Manolo es Richard Gere.

—*Abu*, te lo digo en serio. No quería empezar una relación con Álex hasta que estuviera del todo preparada, pero creo que me he pasado.

—De verdad que pareces tonta, niña. Deja de controlar hasta cuándo quieres que empiece una relación. No me prestas atención. Entiendo que tenías que valorarte y todo eso, pero, coño, no estés toda la vida encontrándote, porque igual otra encuentra antes a Álex. Si sientes algo por él no puedes estar negándotelo siempre; ¿no ves

que eso es de ser imbécil? Yo creo que ya te lo has pensado bastante, así que haz el favor de ir a por lo que quieres de una vez por todas. En esta familia parecéis todos tontos, joder, tengo que ir siempre detrás de vosotros para que actuéis. Y eso que dicen que son los jóvenes los que hacen las cosas sin pensar. Menuda panda de ineptos.

Se fue hacia la cocina refunfuñando y la mar de enfadada. A mí me hizo gracia, porque mi abuela era la única persona que yo conocía capaz de decirte las cosas claras, sin rodeos, y sin importarle mucho cómo te lo tomaras. Alba tampoco tenía mucho filtro, pero incluso ella era algo más delicada.

Total, que la visita a mi abuela, más que una charla para desahogarme, había sido una bronca en toda regla; pero quizá era eso lo que necesitaba, necesitaba que alguien me hiciera reaccionar, estaba comportándome como una cría, posponiendo algo que no podía controlar.

Por lo menos tras esa «sacudida» mi cabeza parecía tener las cosas más claras. Amaba a Álex y no podía estar toda la vida buscando el momento perfecto para empezar una relación con él, porque el momento perfecto siempre es ahora, y aunque me había costado mucho entenderlo por fin lo veía claro, así que iba a luchar por lo que quería.

## 46. *Hacer algo al respecto*

Cuando llegué a casa me sentía ligeramente nerviosa por la charla que tendría con Alba, pero estaba tan segura de lo que quería y tan enfadada con ella que fui muy decidida hacia su habitación.

Entré sin picar y encendí la luz mientras me cruzaba de brazos y me apoyaba en el marco de la puerta. Alba se despertó totalmente desconcertada, le costó un rato darse cuenta de dónde estaba.

—¿Tú quieres matarme de un infarto o qué?

—Matarte no, pero un par de hostias sí te daba. —La vi abrir los ojos como platos, y es que no estaba acostumbrada a que yo hablara así—. Ya puedes explicarme qué hay entre Álex y tú.

—¿Por qué? ¿Vas a hacer algo al respecto?

—Lo que yo vaya a hacer no te importa, pero ten la seguridad de que voy a luchar por él; luego que Álex decida, que para eso es mayorcito. Si creías que te iba a dejar el camino libre, estás muy equivocada.

Alba se empezó a reír a carcajadas y yo me quedé totalmente descolocada. Esperaba muchas reacciones distintas por parte de ella, pero aquella no. Se levantó de la cama y me abrazó. Yo me quedé tiesa como un palo y no le devolví el abrazo. Estaba esperando que dijera algo, no que me abrazara.

—María, cariño, tienes vía libre. No me interesa Álex lo más mínimo, y que conste que está buenísimo, pero es todo tuyo.

—¿Y lo de anoche?

—Lo de anoche era precisamente para esto, hay veces que necesitas un pequeño empujoncito. Y a mí me encanta que los planes salgan bien.

—¿Y para eso tenías que besarlo?

—Hombre, algo tenía que sacar yo de todo esto, ¿no? A ver, tonta no soy...

Me guiñó un ojo; yo no sabía si reír o matarla. Había pasado una noche y una mañana de mierda, para que me acabara diciendo que

todo aquello era un montaje de ella.

No me malinterpretéis, estaba encantada de que entre Alba y Álex no hubiera nada, pero, joder, esa chica era capaz de llevarlo todo al límite.

—Ahora cierra la puerta y déjame dormir; y, por favor, ve y habla con Álex, estáis hechos el uno para el otro.

Me acerqué a su cama y le di un beso grande en la frente, creo que ya se había vuelto a dormir y ni se enteró.

Me fui al sofá y me senté a pensar en todo lo que me había pasado en los últimos días. Álex y yo llevábamos mucho tiempo saliendo. Era verdad que salíamos en plan amigos, pero es que muchas veces esa es la parte más difícil de una pareja. Yo estaba segura de que lo nuestro funcionaría; nos llevábamos bien, nos complementábamos en muchas cosas, y lo más importante era que, aunque hasta ese momento yo había estado intentado esconder mis sentimientos, llevaba enamorada de Álex desde la primera vez que lo vi, hacía más de diez años.

Tomé una decisión en ese mismo momento. Me daba miedo, pero no podía ser una cobarde toda mi vida; además, si no lo intentaba, siempre me quedaría con el «¿y sí...?». Y no hay nada más triste que lamentarse por no tener algo cuando ni siquiera has intentado tenerlo.

## 47. *Me quiero más a mí*

Decidí coger las riendas de mi vida e ir a ver a Álex.

Empecé a darme cuenta de que durante mucho tiempo mi problema había sido el control.

Quería controlarlo todo, incluidas todas las facetas de mi vida.

Con un padre ausente (cuando era pequeña no tenía ni idea de que era un maltratador) y una madre con un nivel de exigencia alto, me vi obligada a refugiarme en el control y lo convertí en mi aliado. Lo malo fue que nunca supe librarme de ese control y al final se apoderó de mi vida.

Ese pensamiento rondaba por mi cabeza cuando piqué al timbre de casa de Álex. No podía evitar que las piernas me temblaran. Por primera vez en mi vida no tenía ni idea de lo que iba a decir.

Cuando me abrió la puerta y lo miré pude ver las ojeras que había debajo de sus ojos. Me entraron unas ganas inmensas de abrazarlo.

—Pasa, María. Quería hablar contigo.

Casi no conseguí moverme del sitio, eso no sonaba nada bien. Me desplacé como pude y me apoyé en la pared.

—He hablado con Alba y sé que entre vosotros no hay nada. —Lo vi asentir con la cabeza; aunque yo estaba segura de que Alba no me mentía, necesitaba que él me confirmara que no sentía nada por ella.

—Nunca ha habido, ni habrá, nada entre Alba y yo, más que nada porque Alba me ha dicho mil veces que no soy su tipo y porque yo estoy enamorado de ti. —Tuve que tragar saliva ante esa declaración tan directa—. María, no voy a darle muchas vueltas. No puedo seguir viéndote, no puedo seguir con esto; no me malinterpretes, te quiero, pero creo que no de la misma manera que tú a mí. No puedo ser tu amigo, no lo acepto, no puedo aceptarlo. Yo lo quiero todo o nada. Te quiero, pero si tú no sientes lo mismo que yo, esta será la última vez que nos veamos.

Se acercó y me dio un beso en los labios que me dejó anclada en el suelo. ¡Tenía que moverme y decirle lo que sentía!

—Verás, Álex, esto no va a ser una declaración de amor demasiado normal, y sé que va a sonar raro, pero me ha costado mucho aceptarme y quererme tal y como soy. No podía quererte si no me aceptaba primero a mí, y, aunque suene fatal, por fin me he dado cuenta y he aceptado que estoy enamorada de ti y que te quiero muchísimo, pero me quiero más a mí.

Sonrió y se me acercó. Cogió mi cara entre sus manos y me dijo muy bajito:

—No permitiría que fuera de otra manera.

Con las palabras de Álex me di cuenta de que no todas las relaciones restan. Algunas son una mierda, te hacen sentir pequeña y anulan una parte importante de ti, pero otras suman.

Cuando estaba junto a Álex me sentía mejor. No se trataba de que él me hiciera sentir mejor ni de que fuera él el que me diera la felicidad. No se trataba de ser una pareja feliz, se trataba de ser felices los dos y hacer una buena pareja.

## 48. Cásate conmigo porque...

Unos meses después

*Acababa de salir de un rodaje e iba a casa para comer con María. Llevábamos un tiempo viviendo juntos y estábamos bien, pero cuando le dije, hacía ya unos meses, que con ella lo quería todo o nada, hablaba muy en serio. Por ese motivo llevaba una cajita de terciopelo en el bolsillo y estaba tan nervioso que temblaba como un flan. Como si fuera un niño pequeño, me había apuntado en un papel todo lo que quería decirle, e incluso así no estaba muy seguro de hacerlo bien.*

*Cuando llegué, María estaba en la cocina, así que la llamé; quería acabar con aquello cuanto antes o serían los nervios los que acabarían conmigo.*

*—María, me gustaría hablar contigo, ¿puedes venir al salón?*

*La vi mirarme algo desconcertada y reí entre dientes; si ella supiera...*

*Saqué la caja y se la di sin más ceremonias. Cuando la abrió quiso decir algo, pero noté que no le salían las palabras, así que decidí hablar yo.*

*—Nunca te he dicho esto, pero llevo enamorado de ti desde el primer momento en que te vi. Siendo un adolescente, me inventé que iba mal en mates para poder pasar tiempo contigo. Luego un malentendido nos separó, pero el destino quiso que volviéramos a estar juntos.*

*»María, cástate conmigo y prometo que serás feliz todos los días, y no porque yo te haga feliz, sino porque a mi lado serás tú. Cásate conmigo porque, aunque no puedo prometerte que todo será de color de rosa, juntos los problemas pesan menos. Cásate conmigo porque discutiremos y nos enfadaremos, pero te garantizo que las reconciliaciones valdrán la pena. Cásate conmigo porque jamás permitiría que dejaras de ser tú, porque te quiero así, queriéndote a ti misma por encima de todo. Porque cuando te quieres a ti es cuando más amor desprendes. Y cástate conmigo porque estoy totalmente enamorado de ti.*

*Ya estaba, ya lo había soltado todo, esperaba no haberme dejado nada de la chuleta, pero ya estaba dicho. Ahora solo faltaba esperar a ver qué contestaba María.*

*—Sí quiero, porque a tu lado puedo ser yo, con todo lo que eso implica. Sí quiero, porque eres mucho más que mi pareja; eres mi compañero, mi amigo y mi amante. Sí*

*quiero, porque estar a tu lado no me hace mejor persona, pero soy una versión mejorada de mí. Y sí quiero porque llevo enamorada de ti un montón de años.*

*¡Joder! Y eso que ella no llevaba chuleta. Me acerqué a María y la besé con todas mis ganas, como siempre que la besaba.*

*No podíamos estar seguros de que aquello duraría para siempre, ni siquiera podíamos estar seguros de que fueran semanas, meses o años, pero al final lo importante no era el destino, sino el camino.*

## 49. Papá

*Unas semanas después*

Caminaba hacia casa de mi madre con una carpeta debajo del brazo y una sonrisa en la cara. Estaba segura de que iba a ser un día lleno de emociones. Esa tarde haría realidad la decisión que tomé el día que salí de la cárcel después de ver a mi padre biológico. En ese momento tuve claro que lo haría y allí estaba, pasados algunos meses y mucho papeleo.

Piqué al timbre y me abrieron al momento. Al llegar a la puerta mi madre y Hugo me estaban esperando. Contemplé la impresionante pareja que hacían. Al mirarlos a los ojos, los vi preocupados; no pude evitar sonreír.

—María, cariño, ¿qué pasa?

—¿Por qué tiene que pasar algo?

—Hombre, nos has llamado esta mañana diciendo que querías hablar con los dos. Nos has dejado preocupados.

—No pasa nada, mamá, pasad y os lo explico.

Pasamos los tres al salón y nos sentamos a la mesa. Tanto mamá como Hugo estaban tensos, así que fui directa al grano.

—Primero me gustaría hablar contigo, Hugo.

Lo vi tragar saliva y ese gesto me enterneció; supe con una certeza abrumadora que estaba haciendo lo que me decía el corazón.

—Adelante, preciosa.

—Desde que tengo diecisiete años hasta ahora te has comportado como un padre para mí, y ha llegado el momento de agradecértelo.

Le pasé la carpeta que había dejado encima de la mesa y él la abrió con mucha delicadeza. Lo vi agrandar los ojos y girarse hacia mí.

—¿Qué es esto, María?

—Estos son los papeles para que me adoptes legalmente. Si estás de acuerdo tienes que firmar donde he puesto las señales con boli. Solo he hecho una pequeña matización, y es que me gustaría que mi

primer apellido fuera el de mi madre. Así que si aceptas a partir de ahora pasaré a llamarme María Ramírez Román.

Transcurrieron unos segundos en los que Hugo tragaba saliva una y otra vez. Apartó la silla y se puso de pie, yo hice lo mismo. Me abrazó, y nunca un abrazo había significado tanto para mí.

—¿Cómo no voy a aceptar? Es un verdadero honor.

Le susurré al oído un «gracias por todo, papá», y ahí, la primera vez que llamé a Hugo papá, fue cuando se derrumbó y lloró como un niño.

Pasados unos minutos en los que conseguimos reponernos un poco de tantas emociones, me giré hacia mi madre.

—Ahora te toca a ti, mamá.

—Miedo me das.

—Gracias por educarme lo mejor que has sabido y podido. No puedo admirarte más de lo que lo hago. Gracias por estar siempre. Gracias por las decisiones tomadas. Gracias por hacer mi vida más fácil a costa de sacrificar muchas partes de la tuya. Gracias por hacerme entender que las mujeres podemos valernos por nosotras mismas y que no necesitamos a un hombre que nos salve, pero, sobre todo, gracias por enseñarme que es maravilloso compartir la vida con la persona adecuada.

Por todo esto, y aun sabiendo que ahora Hugo es mi padre oficialmente y que tendría que ser él el que me llevara al altar, me encantaría ir de tu mano, mamá.

Miré a mi madre y vi que dos enormes lágrimas caían por su cara. A pesar de que los tres llorábamos, yo no podía ser más feliz.

## 50. *La cena de la abu*

La abuela se había empeñado en invitarnos a todos a cenar, una semana y un día antes de nuestra boda. Según decía, «para celebrar que no me casaba con un gilipollas», palabras textuales de ella.

Había elegido un restaurante muy acogedor que tenía una terraza preciosa, por lo que no pude evitarlo y tuve que llevarme mi cámara de fotos. Nos había reunido a todos. A mi peculiar familia al completo y a la familia de Álex, mucho menos extensa, ya que solo estaban sus padres y su hermano. Álex y yo habíamos decidido casarnos de una manera muy discreta y a nuestra boda vendrían un puñado más de personas de las que esa noche cenábamos allí.

Estaba haciendo fotos a la zona de las bebidas, por lo que vi venir el encontronazo incluso antes de que pasara. Alba y Mario se habían evitado toda la noche, pero justo en ese momento coincidían en la barra del bar.

Decidí acercarme para evitar que corriera la sangre. Antes de llegar oí cómo Mario le decía a Alba:

—Ya decía yo que tu aspecto del otro día en el estreno no duraría mucho, ya vuelves a ser tú.

—Yo voy como me da la gana en todo momento y nadie, mucho menos tú, me va a decir cómo vestirme o peinarme. Quien me quiera tendrá que hacerlo de todas las maneras, porque esta soy yo.

—¿Estás segura de que alguien te querrá?

Vi cambiar la expresión de la cara de Alba; eso le había hecho daño e incluso Mario se dio cuenta, porque torció el gesto, pero antes de que nadie pudiera reaccionar mi abuela le había pegado a Mario un tortazo tan fuerte en la espalda que todos callamos.

—¡Eh!, que me ha hecho daño.

—Eres tan alto que no llego a darte una colleja, pero vuelve a meterte con Alba y te doy una que te tragas los dientes.

Alba se fue alejando mientras le sacaba la lengua a Mario y este se quedó clavado en el sitio con cara de enfurruñado.

El resto de la cena transcurrió muy bien. Que Alba y Mario se sentaran cada uno en una punta de la mesa también ayudó. Mientras hacía fotos a toda mi familia me di cuenta de que la presión del pecho ya no estaba, había desaparecido por completo. Estaba tranquila y contenta; Álex había ayudado a que desapareciera del todo, pero era gracias a mí por lo que ya no la sentía.

Por fin había tenido el valor de elegir un trabajo con el que disfrutaba, por fin había decidido valorarme y quererme y por fin era feliz. Había descubierto que mi felicidad no dependía de nadie de mi alrededor, de mi felicidad solo era responsable yo. Me había dado cuenta de que querer a alguien con quien pasas un tiempo (o, con un poco de suerte, mucho más) es importante, pero que mucho más importante es no olvidarse de quererse a uno mismo, que en definitiva es con quien tenemos que pasar todos los minutos de nuestra vida.

## 51. *La noche antes de la boda*

Pasé la última noche de soltera en el piso con las chicas. No quería nada especial, simplemente hablar un poco con ellas y no irme a dormir muy tarde para estar descansada al día siguiente.

Ya podéis imaginar la que lio Alba con estos planes. Lo único que no había conseguido quitarle de la cabeza era que bebiéramos chupitos, de momento yo la había engañado y solo me había bebido uno. A Raquel la pillé tirando uno en una maceta mientras Alba no miraba, y esta llevaba por lo menos cinco.

—Aún no me puedo creer que en tu última noche de soltera estemos encerradas en casa. No podéis ser más sosas.

—Alba, cariño, mi boda es mañana y te conozco; si te hacemos caso seguramente no llegaré ni a la hora del pastel.

—Eso también es verdad; bueno, no pasa nada. Es increíble que vayas a casarte mañana. ¿Estás segura? Sabes que si dudas en algún momento yo te cubro.

Me hicieron gracia sus palabras, porque, aunque sabía que adoraba a Álex, Alba haría cualquier cosa por mí.

—Lo sé, pero nunca he estado tan segura de algo.

—Tiene que ser bonito casarte con la persona a la que quieres. — Raquel lo dijo con tanto anhelo que no pude evitar preguntarle:

—¿Sigues sin saber nada de Abril?

—Sin noticias. La lástima es que a la boda no venga una prima lejana tuya o de Álex a la que le interesen las mujeres. — Me di cuenta de que cambió rápido de tema y supe que no quería hablar de ella.

—Por no venir no viene ni un primo. Espero que por lo menos Álex tenga la decencia de traer a algún amigo guapo.

—Creo que alguno viene; y lo siento, Raquel, pero que yo sepa no hay ninguna prima de Álex lesbiana, aunque tampoco lo puedo asegurar, así que... nos tocará esperar a mañana.

—¿Estás nerviosa?

—La verdad es que no, lo único que quiero es que todo salga bien, pero como tampoco depende de mí, no pienso agobiarme.

—Te sienta bien el amor. A mí me agobiaría mucho pensar que me caso con alguien para toda la vida, solo con imaginármelo me da ansiedad.

—Nadie me puede asegurar que será para toda la vida, pero pienso disfrutar del tiempo que pasemos juntos.

—Me alegro por ti; yo seguiré acostándome con veinteañeros, lo único que me preocupa es que cuando cumpla los cuarenta tendré que subir la franja de edad, ¿no?

—Si esa es tu única inquietud, eres afortunada. —Cada vez que Raquel decía algo se notaba lo enamorada que estaba o había estado de Abril.

—Ya sabéis que yo no soy de nadie. No concibo el amor como vosotras, yo soy un ser libre.

—Hasta que te llegue, bonita. —Raquel puso una cara de lo más pícara.

—Y ¿sabes una cosa? Me encantará estar ahí para verlo. —Y lo decía en serio, aunque me costara imaginarme a Alba enamorada; cuando ese momento llegara no pensaba perdérmelo por nada del mundo.

## 52. *Mi hija*

*Olivia*

Llevaba a mi hija hacia el altar y mil imágenes venían a mi cabeza. María aprendiendo a andar, su primer día de colegio, las noches en las que estaba mala y se abrazaba con fuerza a mí, su primera salida...

Por fin me daba cuenta de que no podía cuidarla siempre, incluso no podía levantarla cuando caía, tenía que levantarse ella sola y yo simplemente estaría a su lado. Siempre. No podía protegerla de todos los Rodrigos del mundo, y aunque Álex parecía un buen chico, eso no quería decir que no le fuera a hacer daño. Pero en eso consistía para mí ser madre, en darles a mis hijas la libertad de elegir, pese a saber con toda la seguridad del mundo que se iban a equivocar. Que fue exactamente lo que pasó con Rodrigo. Aparté esos pensamientos de mi cabeza. Llevaba a mi hija cogida de mi brazo y resplandecía, nunca la había visto tan feliz, así que me quedaba con eso.

Cuando casi habíamos llegado al altar, me hizo gracia ver la cara de Álex; ese chico estaba loco por María y le resultaba imposible ocultarlo. Le di un beso en la mejilla a mi hija y me retiré a un lado... No pude contener las lágrimas ni recordar el día en que Hugo y yo nos dimos el sí quiero. Miré hacia donde él estaba y cuando me devolvió la mirada supe que por su mente rondaban los mismos pensamientos.

Desvié la vista y me fijé en Alba. Ella no era mi hija, pero en muchos momentos la había tratado como tal. Alba había vivido prácticamente con nosotras durante mucho tiempo y yo le tenía un cariño muy especial, quizá porque sabía que, al igual que la mía, su vida no había sido fácil. En esos momentos se la veía preciosa, pero en su mirada vi que estaba totalmente perdida. Deseé de todo corazón que Alba encontrara también la felicidad.

Después de todas las vueltas que había dado mi vida y de todo lo que había pasado, parecía que no lo había hecho tan mal con María. Había conseguido trabajar en lo que le gustaba y había encontrado a una buena persona con la que compartir su vida. En esos momentos era feliz, ¿qué más se podía pedir?

Vi interrumpidos mis pensamientos por un sollozo que oí justo detrás de mí; me giré y vi que ahí estaba Vicenta, intentando ocultarse detrás de una columna para que no nos diéramos cuenta de que María siempre sería su debilidad.

## Epílogo

*La mañana después de la boda*

Oí algo de fondo, un sonido de lo más molesto que no sabía bien de dónde procedía. Abrí un ojo e intenté situarme. A mi lado estaba Álex. Lo miré con cara de idiota; no podía verme a mí misma, pero sabía que tenía esa cara. Me costó darme cuenta, pero compartir mi vida con Álex fue una de las mejores decisiones que había tomado jamás. Lo veía clarísimo, porque no podía estar más segura ni ser más feliz. Tardé un rato en darme cuenta de que el sonido procedía de mi móvil; ¿quién era capaz de llamarme en la mañana posterior a mi noche de bodas? Salí de dudas en cuanto cogí el teléfono. Alba, quién si no. Tenía tres llamadas tuyas; me fui a la cocina para prepararme un café y mientras cogía el móvil para llamarla volvió a sonar.

—¿Se puede saber qué es tan importante para que me llames tantas veces justo el día después de mi boda?

—María, la he cagado, pero bien.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Has vuelto a perder las llaves?

—Ojalá; pero no, es un asunto mucho más jodido.

—Vamos, Alba, para ti no hay nada jodido, seguro que lo arreglas. Ahora, si me disculpas, me voy a la cama con mi recién estrenado marido.

—No lo entiendes, María... Ayer me acosté con quien no debía.

—Como si fuera la primera vez; venga, Alba, me voy a dormir, por si no lo sabes acaba de terminar mi noche de bodas y no he dormido mucho.

—No, si dormir, lo que se dice dormir, yo tampoco he dormido.

—Por cierto, ¿por qué hablas tan bajito? —Acababa de darme cuenta de que Alba susurraba; como yo también lo hacía por no despertar a Álex no había reparado en ello.

—Porque estoy recogiendo mis cosas y saliendo por la puerta de la casa del personaje con el que he pasado la noche.

—Para que tú lo llames personaje tiene que haber sido una noche de lo más entretenida.

—No lo sabes bien. Aunque «entretendida» no sería exactamente la palabra que yo elegiría. Ha sido una locura, entre otras muchas cosas.

—Alba, me estás asustando, sal rápido de ahí. Pero ¿con quién has pasado la noche?

—Con Mario, el hermano de Álex.

—Cojones, Alba, eso no es una locura, ¡¡¡es la madre de todas las locuras!!!

—Lo sé.

CONTINUARÁ...

## *Nota de la autora*

Perdonadme, no era mi intención que salieran tres historias. Cuando escribí *No soy una princesa* pensé acabar con la historia de María y Álex, pero entonces llegaron Alba con ese carácter suyo y Mario con esa mala leche, y decidí que se merecían su propia historia.

Voy a entrar en faena, a ver qué me cuentan, eso si no se matan entre ellos en el intento. Mi intención es que Alba y Mario pongan punto final a estas tres historias.

Si queréis saber más de mis personajes, podéis encontrarme en:

Instagram: @tamaramarín04

Twitter: @tamaramarín04

Facebook: Tamara Marín

## Agradecimientos

A mis hijas, por enseñarme tanto y hacerme mejor persona. Sois el mejor regalo que me ha hecho la vida. Os quiero mucho, siempre.

A mis padres, por estar siempre, que parece poco, pero lo es todo. El discurso que hace María a Olivia antes de la boda es para vosotros. Gracias.

A mi hermano, por acompañarme a todos los eventos y apoyarme en todo lo que hago. Mi vida sería totalmente gris sin tu color.

A mi pareja, te prometo que el próximo será para ti.

A Ana y José, gracias por acompañarme en esta aventura y por vuestras mil preguntas. José, de una manera indirecta te metí en el libro. Ana, tú apareces en todos.

A todo el equipo de mundopalabras, nada de esto sería posible sin vosotras y sin vosotros.

A Lucía, por acompañarme y animarme a dar el siguiente paso.

A Nerea, gracias por ayudarme en todo y porque te has vuelto a superar con esta portada. Por tu cercanía, sin que eso reste ni un ápice de profesionalidad.

A María Pilar, de Adictasromántica, por todo.

A Lorena, por prestarme su pelo y mucho más para crear a Alba.

A mis compañeras de trabajo, por entusiasmarse con todo lo que hago y transmitirme ese entusiasmo. Y al padre de una de ellas, Javier; gracias por venir a mis presentaciones y leer mis libros, me hace especial ilusión que sean los únicos que lees.

A toda la gente de mi pueblo, Ripollet. Gracias por el apoyo y el cariño.

El maltrato tienes muchas caras. En *No soy una princesa* mostré una y en *Me quiero más a mí* otra. A todas las mujeres que han conseguido afrontarlo en cualquiera de sus facetas les mando un beso enorme y mucha fuerza.

A todos los blogs y cuentas de redes sociales, a toda la gente que ha escrito una reseña de mis libros, gracias por hacerlos visibles. Gracias

por vuestro tiempo y vuestras palabras.

A todo el que ha tenido el valor de salir de su zona de confort; aunque muchas veces es difícil (y da un miedo de cojones), siempre merece la pena.

A todos mis lectores y a todas mis lectoras, y a la gente que me sigue por las redes sociales, que me escribe, me apoya y me anima. Mil gracias por vuestro calor.

Y a ti, que acabas de terminar la historia de María y Álex; deseo de corazón que la hayas disfrutado.